



KARIN
SLAUGHTER

EL
ÚLTIMO
ALIENTO

HarperCollins



KARIN
SLAUGHTER

EL
ÚLTIMO
ALIENTO

HarperCollins

**KARIN
SLAUGHTER**

EL
ÚLTIMO
ALIENTO



Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El último aliento

Título original: Last Breath

© 2017, Karin Slaughter

© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York,
U.S.A.

Traductora: Victoria Horrillo Ledesma

Todos los derechos están reservados, incluidos los de
reproducción total o parcial en cualquier formato o
soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de
HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares
y situaciones son producto de la imaginación del autor o
son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con
personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales,

hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Diego Rivera

Imágenes de cubierta: Dreamstime.com y Shutterstock

ISBN: 978-84-9139-197-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[8 de junio de 2004](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

8 de junio de 2004

1

—Venga ya, señorita Charlie. —La voz de Dexter Black sonaba rasposa a través del teléfono público de la cárcel. Tenía quince años más que ella, pero la llamaba «señorita» como muestra de respeto hacia sus posiciones respectivas—. Ya se lo he dicho, le pagaré la factura *na* más me saque de este lío.

Charlie Quinn giró los ojos con fastidio, tan bruscamente que se notó mareada. Estaba en el local de la YWCA, fuera del salón de actos lleno de *girl scouts*. No tendría por qué haber cogido la llamada, pero casi cualquier cosa era preferible a hallarse rodeada por una horda de adolescentes.

—Dexter, me dijiste exactamente lo mismo la última vez que te saqué de apuros y, en cuanto saliste de la clínica de desintoxicación, te gastaste todo el dinero que tenías en billetes de lotería.

—Podía haber *ganao*, y le habría *pagao* la mitad. No solo lo que le debo, señorita Charlie. La mitad.

—Eres muy generoso, pero la mitad de cero es cero.

Esperó a que él saliera con otra excusa, pero solo oyó el ruido de fondo del Centro de Detención para Hombres del Norte de Georgia. Rejas que se sacudían. Exabruptos. El llanto de hombres adultos llorando. Y guardias gritándoles que se callaran. Dijo:

—No voy a gastar más minutos de mi tarifa de móvil

para que te quedés callado.

—Tengo una cosa —repuso Dexter—. Una cosa por la que me van a pagar.

—Espero que no sea nada de lo que no quieras que se entere la policía a través de una conversación telefónica grabada desde la cárcel. —Charlie se secó el sudor de la frente. El pasillo era como un horno—. Dexter, me debes casi dos mil dólares. No puedo ser tu abogada gratuitamente. Tengo una hipoteca y préstamos de estudios que pagar, y me gustaría poder comer de vez en cuando en un buen restaurante sin tener que preocuparme de que rechacen mi tarjeta de crédito.

—Señorita Charlie —repitió él—, me he *dao* cuenta de lo que ha hecho, cuando *m'ha recordao* lo de que graban las llamadas, pero le digo de verdad que tengo una cosa que a lo mejor le interesa a la policía.

—Pues deberías buscarte un buen abogado para que te represente en las negociaciones, porque no pienso ser yo.

—Espere, espere, no cuelgue —le suplicó Dexter—. Me estaba acordando de lo que me dijo hace la tira de años, cuando nos conocimos. *¿S'acuerda?*

Charlie volvió a poner los ojos en blanco, con menos brusquedad esta vez. Dexter había sido su primer cliente cuando empezó a ejercer, recién salida de la facultad.

—Me dijo que pasaba de tener un trabajo de la hostia en Atlanta porque lo que *usté* quería era ayudar a la gente. —Dexter hizo una pausa para dar mayor énfasis a sus palabras—. *¿Ya no quiere ayudar a la gente, señorita*

Charlie?

Ella masculló un par de tacos que sin duda harían las delicias de los encargados de monitorizar las llamadas del centro de detención.

—Carter Grail —dijo, dándole el nombre de otro abogado.

—¿Ese viejo borrachín? —preguntó Dexter en un tono puntilloso poco apropiado para un hombre que vestía mono naranja de presidiario—. Señorita Charlie, ¿no puede por favor...?

—No firmes nada que no entiendas. —Charlie cerró su móvil y se lo guardó en el bolso.

A su lado pasó un grupo de mujeres con mallas de ciclista. A media mañana, el local de la YWCA estaba poblado principalmente por jubiladas y madres jóvenes. Se oía el *zum, zum, zum* lejano de la música en una clase de gimnasia. El aire olía al cloro de la piscina cubierta y por la ventana de doble hoja entraba el ruido sordo de los raquetazos de las pistas de tenis.

Charlie se apoyó contra la pared. Repasó mentalmente la llamada de Dexter. Otra vez estaba en prisión. Otra vez por un asunto de drogas. Seguramente se le había ocurrido delatar a algún camello o a algún yonqui colega suyo a cambio de que sobreseyeran su caso. Pero, si no tenía un abogado que negociara el trato con la oficina del fiscal del distrito, más le valía resignarse y seguir comprando billetes de lotería.

Charlie sentía su situación, pero no tanto como para

arriesgarse a no poder pagar la siguiente letra del coche.

Se abrió la puerta del salón de actos. Belinda Foster parecía al borde de la histeria. Tenía veintiocho años (la misma edad que Charlie), una hija pequeña en casa, un bebé en camino y un marido del que hablaba como si fuera un niño intratable. Ofrecerse como monitora de las *girl scouts* no había sido la mayor estupidez que había hecho ese verano, pero se hallaba entre las tres primeras.

—¡Charlie! —Belinda se tiró del pañuelo de punto que llevaba enrollado al cuello—. Si no vuelves ahí dentro ahora mismo, me tiro por la ventana.

—Solo conseguirías romperte el cuello.

Belinda abrió la puerta y esperó.

Charlie esquivó el vientre abultado de su amiga. En el salón de actos no había cambiado nada desde que el sonido de su móvil le había brindado la oportunidad de escabullirse. Una veintena de *girl scouts* de entre quince y dieciocho años, de cara fresca y risa fácil, absorbía todo el oxígeno de la habitación. Charlie intentó no estremecerse. Solo les sacaba diez años (como mínimo) a aquellas chicas, pero reconocía algo familiar en todas y cada una de ellas.

Las empollonas obsesionadas con las matemáticas. Las futuras licenciadas en filología inglesa. Las animadoras. Las Divinas. Las góticas. Las bobaliconas. Las frikis. Las genios de la informática. Intercambiaban entre sí las mismas sonrisas crispadas, sabedoras de que en cualquier momento una de ellas podía asestar la puñalada

proverbial: un corte de pelo que podía parecer ridículo, un color de uñas desacertado, unos zapatos poco a la moda, unas mallas nada favorecedoras, una palabra dicha a destiempo y de pronto estabas fuera, con la nariz pegada al cristal.

Charlie aún recordaba lo que suponía verse atrapada en esa especie de limbo exterior. No había nada más torturante, ni más solitario, que sentirse rechazada por una pandilla de adolescentes.

—¿Tarta? —Belinda le ofreció una ración de tarta tan fina como papel.

—Umm —acertó a decir Charlie.

Tenía el estómago revuelto. No podía evitar que sus ojos vagaran por la sala escasamente amueblada. Todas las chicas eran jovencísimas, delgadas y poseedoras de una belleza que Charlie no había sabido apreciar cuando se contaba entre ellas. Minifaldas cortísimas. Camisetas ceñidas y blusas con varios botones desabrochados. Parecían tan seguras de sí mismas que casi daban miedo. Se reían agitando sus largas melenas teñidas de rubio. Entornaban los ojos hábilmente maquillados mientras escuchaban. Llevaban los fajines torcidos, los chalecos desabrochados. Algunas infringían gravemente el reglamento indumentario de las *scouts*.

—No me acuerdo de qué hablábamos cuando teníamos su edad —comentó Charlie.

—De que las Culpepper eran un hatajo de zorras.

Charlie hizo una mueca al oír el nombre de sus

torturadoras. Le quitó el plato a Belinda, por tener algo en lo que ocupar las manos.

—¿Por qué no preguntan nada?

—Nosotras nunca preguntábamos —respondió Belinda, y Charlie lamentó de inmediato haberse burlado de las mujeres que iban a darles charlas sobre sus carreras profesionales cuando ella era jovencita y estaba en las *girl scouts*.

Le parecían todas tan viejas... Pero ella no era vieja. Todavía tenía en casa su fajín lleno de insignias, guardado en algún armario. Era una abogada estupenda. Tenía un marido adorable. Y estaba en mejor forma que nunca. Aquellas chicas deberían mirarla con admiración. Deberían estar acribillándola a preguntas sobre cómo había conseguido tener una vida tan maravillosa, en vez de ponerse a cuchichear en grupitos, seguramente para debatir cuánta sangre de cerdo pondrían en el cubo que le echarían por la cabeza.

—Es alucinante cómo van maquilladas —dijo Belinda—. Mi madre me restregó tan fuerte los ojos una vez que me puse rímel e intenté escabullirme que casi me arranca los párpados.

La madre de Charlie había muerto cuando ella tenía trece años, pero recordaba más de un sermón de Lenore, la secretaria de su padre, acerca de los peligros que entrañaban los vaqueros demasiado ceñidos. Aunque poco había podido hacer Lenore para impedir que se los pusiera.

—No pienso educar así a Layla —dijo Belinda refiriéndose a su hija de tres años, que estaba resultando ser un ángel, a pesar de la afición inveterada de su madre por la cerveza, los chupitos de tequila y los moteros en paro—. Estas chicas son un encanto, pero no tienen vergüenza. Se creen que todo lo que hacen está bien. Y no hablemos ya de sexo. Las cosas que cuentan en los encuentros... —Soltó un bufido, como si prefiriera callarse para no escandalizar a Charlie—. Nosotros no éramos así.

Charlie había visto todo lo contrario, sobre todo si había una Harley de por medio.

—Supongo que lo que pretende el feminismo es que puedan elegir por sí mismas, no que hagan justo lo que nosotras creemos que deben hacer.

—Bueno, puede ser, pero nosotras tenemos razón y ellas no.

—Estás hablando como una madre. —Charlie cogió un poco de la crema de chocolate de la tarta con el tenedor. La notó pastosa en la lengua. Le devolvió el plato a Belinda—. A mí me daba terror decepcionar a mi madre.

Belinda se acabó la tarta.

—A mí me daba terror mi madre, punto.

Charlie sonrió y se llevó la mano al estómago, donde el chocolate había empezado a dar vueltas como un trozo de madera en un tsunami.

—¿Estás bien? —preguntó Belinda.

Charlie levantó la mano. La náusea fue tan repentina

que ni siquiera pudo preguntar dónde estaba el baño.

Belinda conocía aquella expresión.

—Está al fondo del pasillo a la...

Charlie salió corriendo de la sala. Se tapó la boca con la mano mientras probaba a abrir puertas. Un armario. Otro.

Una *scout* de rostro lozano estaba saliendo por la última puerta que probó.

—¡Ay, qué susto! —exclamó la chica levantando las manos y retrocediendo.

Charlie se metió corriendo en el reservado más cercano y vomitó en el váter. Las arcadas eran tan fuertes que se le saltaron las lágrimas. Se agarró a los bordes de la taza con las dos manos. Emitía unos gruñidos que no quería que oyera ningún ser humano.

Pero alguien los oyó.

—¿Señora? —preguntó la adolescente, lo que empeoró aún más las cosas, porque Charlie no tenía edad para que la llamaran «señora»—. Señora, ¿se encuentra bien?

—Sí, gracias.

—¿Está segura?

—Sí, gracias. Puedes irte.

Se mordió el labio para no ponerse a maldecir como a un perro a la pobre criatura. Buscó a tientas su bolso. Lo había dejado caer fuera del reservado. Su cartera, las llaves, un paquete de chicles y algo de calderilla estaban desparramados por el suelo. La tira del bolso se extendía como una cola sinuosa por las baldosas grasientas. Hizo amago de cogerla, pero desistió al notar otra náusea. Solo

alcanzó a sentarse en el suelo sucio del retrete, se levantó el pelo de la nuca y rezó por que su malestar gástrico solo afectara a un extremo del circuito.

—¿Señora? —repitió la chica.

Le entraron unas ganas tremendas de decirle que se fuera al infierno, pero no podía arriesgarse a abrir la boca. Esperó con los ojos cerrados, a la espera de oír el ruido de la puerta cuando se marchase la chica.

Oyó que se abría un grifo y que empezaba a correr el agua del lavabo. La chica extrajo unas toallas de papel del dispensador.

Charlie abrió los ojos. Accionó la cadena del váter. ¿Por qué diablos se encontraba tan mal?

No podía haber sido la tarta. Tenía intolerancia a la lactosa, pero Belinda siempre utilizaba ingredientes artificiales en sus tartas. Y las cremas pasteleras eran pura química, así que no solían sentarle mal. ¿Sería el pollo de General Ho's que había cenado anoche? ¿El rollito de primavera que había sacado a hurtadillas del frigorífico antes de irse a la cama? ¿El fiambre que había engullido a toda prisa antes de irse a correr por la mañana? ¿El burrito que había comprado en Taco Bell de camino allí?

Cielo santo, comía como un adolescente de dieciséis años.

El grifo se cerró.

Debería al menos haber abierto la puerta del retrete, pero desistió al ver el estado en que se encontraba. Tenía la falda azul marino subida. Una carrera en las medias. Y

unas manchas en la blusa de seda blanca que seguramente no saldrían nunca. Y lo peor de todo era que se había arañado la puntera de los zapatos nuevos, unos de tacón alto, también azules, que le había ayudado a escoger Lenore para cuando tenía que comparecer en los tribunales.

—¿Señora? —preguntó de nuevo la adolescente, y le tendió una toalla de papel mojada por debajo de la puerta del reservado.

—Gracias —dijo Charlie. Se aplicó la toallita fresca a la nuca y volvió a cerrar los ojos. ¿Tendría un virus intestinal?

—Puedo traerle algo de beber si quiere —se ofreció la chica.

Estuvo a punto de vomitar otra vez al acordarse del ponche que había hecho Belinda para la reunión. Ya que la chica no parecía tener intención de marcharse, al menos podía hacer algo útil.

—Tengo dinero suelto en la cartera. ¿Te importaría traerme un *ginger-ale* de la máquina?

La chica se arrodilló en el suelo. Charlie vio su fajín caqui repleto de insignias. Fidelización del cliente. Planificación empresarial. *Marketing*. Educación financiera. Vendedora destacada. Por lo visto la chica sabía vender galletitas.

—Los billetes están en el bolsillo interior —dijo Charlie.

La chica abrió la cartera. Su permiso de conducir estaba

en la funda de plástico transparente.

—Creía que se apellidaba Quinn.

—Y me apellido así, cuando trabajo. Ese de ahí es mi apellido de casada.

—¿Cuánto tiempo lleva casada?

—Cuatro años y medio.

—Mi abuela dice que a partir de los cinco empiezas a odiarlos.

Charlie no se imaginaba odiando a su marido. Claro que tampoco se imaginaba manteniendo una conversación como aquella a través de la puerta de un retrete. Notó un picor en la garganta, un cosquilleo, como si otra vez tuviera ganas de vomitar.

—Es usted la hija de Rusty Quinn —dijo la chica, de lo que cabía deducir que no era una recién llegada.

El padre de Charlie era muy conocido en Pikeville debido a los clientes a los que defendía: atracadores de tiendas, traficantes de drogas, asesinos y delincuentes de todas clases. La opinión que la gente tenía de él solía depender de si algún miembro de su familia había necesitado alguna vez de sus servicios.

—He oído decir que su padre ayuda a la gente —dijo la chica.

—Sí. —Aquello le recordó desagradablemente lo que había dicho Dexter: que había rechazado un trabajo de cientos de miles de dólares al año en Atlanta para dedicarse a defender a personas necesitadas. Si algo tenía claro Charlie era que no quería parecerse a su padre.

—Apuesto a que es muy caro. ¿Usted es cara? — preguntó la chica—. Quiero decir cuando ayuda a la gente.

Charlie se llevó otra vez la mano a la boca. ¿Cómo podía pedirle a la chica que por favor le llevara un *ginger-ale* sin ponerse a gritar?

—Me ha gustado su charla —añadió la chica—. Mi madre murió en un accidente de tráfico cuando yo era pequeña.

Charlie esperó a que le aclarara el contexto, pero la chica se quedó callada, sacó un billete de dólar de su cartera y por fin, afortunadamente, salió del aseo de señoras.

En medio del silencio que siguió, Charlie no pudo hacer otra cosa que intentar levantarse. Casualmente, se hallaba en el reservado para minusválidos. Se agarró a las barras de metal y, temblando todavía, consiguió ponerse en pie. Escupió en el váter un par de veces y tiró de la cadena. Cuando abrió la puerta, vio en el espejo a una mujer pálida y de aspecto enfermizo, vestida con una blusa de seda de ciento veinte dólares manchada de vómito. Tenía el pelo revuelto y los labios tirando a azules.

Se levantó el pelo y se hizo una coleta. Abrió el grifo del lavabo, se enjuagó la boca y, al inclinarse para escupir, vio otra vez su reflejo.

Los ojos de su madre, sus cejas arqueadas, la observaban desde el espejo.

«¿Qué pasa dentro de esa cabecita tuya, Charlie?»

Cuando su madre vivía, Charlie oía esa pregunta tres o cuatro veces por semana, como mínimo. Estaba sentada en la cocina haciendo los deberes, o en el suelo de su cuarto tratando de hacer algún trabajo de manualidades, y su madre se sentaba frente a ella y le preguntaba: «¿Qué pasa dentro de esa cabecita?»

No era una muletilla para trabar conversación. Su madre era una científica, una erudita. Nunca había sido muy dada a charlar por charlar. Le interesaba muchísimo saber qué ideas poblaban la cabeza de su hija de trece años.

Hasta que Charlie conoció a su marido, nadie más había expresado un interés tan vivo por lo que pasaba dentro de su mente.

Se abrió la puerta. Había vuelto la chica con el *ginger-ale*. Era guapa, aunque no de una manera convencional. No parecía casar del todo con sus compañeras, tan bien peinadas. Tenía el pelo largo, moreno y liso, recogido a un lado con un pasador plateado. Parecía muy joven, unos quince años quizá, y curiosamente no iba maquillada. Llevaba la tiesa camisa verde de las *scouts* remetida en unos vaqueros descoloridos, lo que a Charlie le pareció una injusticia: en sus tiempos, las obligaban a llevar rasposas camisas blancas y faldas de color caqui con calcetines hasta la rodilla.

No sabía qué era peor: si haber vomitado o haber empleado la expresión «en mis tiempos».

—Le guardo el cambio en la cartera —se ofreció la chica.

—Gracias. —Charlie se bebió parte del *ginger-ale* mientras la chica guardaba cuidadosamente en su bolso las cosas desparramadas por el suelo.

—Esas manchas que tiene en la blusa —dijo— se quitan mezclando una cucharada de amoníaco, un vaso de agua templada y media cucharadita de detergente. Hay que dejarlo en remojo en un barreño.

—Gracias otra vez. —No estaba segura de querer dejar nada a remojo en amoníaco pero, a juzgar por las insignias de su fajín, aquella chica sabía de lo que hablaba —. ¿Cuánto tiempo llevas en las *scouts*?

—Empecé de lobezna. Me apuntó mi madre. A mí me parecía un rollo, pero la verdad es que se aprenden un montón de cosas. A llevar un negocio, por ejemplo.

—A mí también me apuntó mi madre.

A Charlie nunca le había parecido un rollo. Le encantaban los proyectos y las acampadas y, sobre todo, comerse las galletas que hacía comprar a sus padres.

—¿Cómo te llamas?

—Flora Faulkner —contestó la chica—. Mi madre me puso Florabama porque nací justo en la frontera con Alabama. Pero todo el mundo me llama Flora.

Charlie sonrió, pero solo porque sabía que más tarde se reiría de todo aquello con su marido.

—Hay nombres peores.

Flora se miró las manos.

—A algunas chicas se les da de maravilla inventar cosas horribles.

Estaba claro que era una especie de confesión, pero Charlie no supo qué contestar. Trató de refrescar sus conocimientos sobre problemática adolescente, aprendidos en programas de televisión de media tarde, pero solo consiguió acordarse de una película en la que Ted Danson está casado con Glenn Close y ella descubre que él está abusando de su hija adolescente, pero, como ella es frígida, parece que la culpa es suya, así que van todos a terapia para aprender a sobrellevarlo.

—Señorita Quinn... —Flora puso su bolso en la encimera—. ¿Quiere que le traiga unos *crackers*?

—No, estoy bien así. —Y era cierto, curiosamente: estaba bien. No sabía qué había provocado las náuseas, pero ya se le había pasado—. ¿Qué te parece si me das un minuto para que me lave un poco y luego me reúno contigo en el salón de actos?

—De acuerdo —contestó la chica, pero no se movió.

—¿Querías decirme algo más?

—Me estaba preguntando...

Flora lanzó una ojeada al espejo de encima del lavabo y luego fijó de nuevo la vista en el suelo. Charlie reparó de pronto en que parecía muy delicada. Cuando la chica levantó la vista, estaba llorando.

—¿Puede ayudarme? ¿Como abogada, quiero decir?

La pregunta sorprendió a Charlie. Aquella chica no se parecía a los delincuentes juveniles con los que salía

tratar, a los que detenían por vender marihuana detrás del instituto. Por su mente desfilaron los típicos problemas de las chicas blancas de clase media: embarazos, enfermedades de transmisión sexual, malas notas en la reválida. Pero, en lugar de hacer conjeturas, preguntó:

—¿Tienes algún problema?

—No dispongo de mucho dinero, por lo menos todavía, pero...

—No te preocupes por eso ahora. Solo dime qué necesitas.

—Quiero emanciparme.

Charlie sintió que su boca se redondeaba por la sorpresa.

—Tengo quince años, pero el mes que viene cumpla dieciséis y lo he buscado en la biblioteca. Sé que esa es la edad legal en Georgia para emanciparse.

—Si lo has mirado, entonces también sabrás cuáles son los requisitos.

—Tengo que estar casada o pertenecer al ejército y estar en servicio activo, o bien solicitar mi emancipación a través de los tribunales.

En efecto, se había informado.

—¿Vives con tu padre?

—Con mis abuelos. Mi padre murió. Una sobredosis, en prisión.

Charlie hizo un gesto afirmativo: sabía que aquello ocurría más a menudo de lo que la gente quería admitir.

—¿Hay algún otro familiar que pueda hacerse cargo de

ti?

—No, solo quedamos nosotros tres. Quiero a mis abuelos, pero son... —Flora se encogió de hombros, pero Charlie intuyó que lo importante no eran sus palabras, sino ese encogimiento de hombros.

—¿Te maltratan? —preguntó.

—No, señora, nunca. Son... —Otra vez ese gesto—. Creo que no les gusto mucho.

—Muchos chavales de tu edad sienten lo mismo.

—No son personas fuertes —añadió la chica—. De carácter, digo.

Charlie se apoyó contra la encimera del lavabo. No había incluido el abuso sexual en su listado de problemas adolescentes.

—Flora, la emancipación es un asunto muy serio. Si quieres que te ayude, vas a tener que darme detalles.

—¿Alguna vez ha ayudado a alguien a emanciparse?

Charlie negó con la cabeza.

—No, así que si no te sientes cómoda...

—No, no pasa nada —contestó Flora—. Solo era curiosidad. Imagino que no es muy frecuente.

—Y es lógico que así sea —repuso Charlie—. Normalmente, el tribunal se lo piensa mucho antes de apartar a un menor de su familia. Tienes que aportar razones de peso y, si de verdad te has informado sobre la normativa, existen dos aspectos fundamentales: tienes que demostrar que puedes desenvolverte sola, sin tutores legales, y que puedes ganarte la vida sin recurrir a

subsidios públicos.

—Trabajo en un restaurante, por las propinas. Y los padres de mi amiga Nancy dicen que puedo vivir con ellos hasta que acabe el instituto. Y luego, cuando vaya a la universidad, puedo vivir en una residencia.

Cuanto más hablaba, más decidida parecía.

—¿Alguna vez te has metido en líos? —preguntó Charlie.

—No, señora. Nunca. Tengo una nota media de sobresaliente y estoy dando clases de preparación para la universidad. Soy de las mejores alumnas del instituto y trabajo como voluntaria en el club de lectura. —Se llevó las manos a las mejillas, coloradas de tanto alardear—. Lo siento, pero usted me ha preguntado.

—No te disculpes. Es lógico que estés orgullosa —le dijo Charlie—. Mira, si los padres de tu amiga están dispuestos a acogerte, quizá puedas llegar a un acuerdo con tus abuelos sin necesidad de que intervengan los tribunales.

—Tengo dinero —dijo Flora—. Puedo pagarle.

Charlie no pensaba aceptar dinero de una quinceañera angustiada.

—No es cuestión de dinero, sino de lo que sea más sencillo para ti. Y para tus abuelos. Si este asunto va a los tribunales...

—No me refería a eso —dijo Flora—. Cuando mi madre murió, la empresa de transporte a la que pertenecía el camión tuvo que indemnizarme y ese dinero está en

fideicomiso.

Charlie esperó, pero la chica no añadió más detalles.

—¿Qué clase de fideicomiso?

—Para pagar mi manutención y mi atención sanitaria, cosas así, aunque no podré acceder a la mayor parte del dinero hasta que vaya a la universidad. Y me da miedo que ya no quede nada cuando llegue ese momento.

—¿Y eso por qué?

—Porque mis abuelos se lo están gastando.

—Si según las cláusulas del fideicomiso solo pueden emplear el dinero para...

—Compraron una casa y luego la vendieron, se quedaron con el dinero de la venta y alquilaron un apartamento. Y también me llevaron al médico y el médico dijo que yo estaba enferma, aunque no era verdad, y luego se compraron un coche nuevo.

Charlie cruzó los brazos.

—Entonces, te están robando y están cometiendo un desfalco. Son dos delitos muy graves.

—Lo sé. Sobre eso también me he informado. —Flora volvió a mirarse las manos—. No quiero meter a mis abuelos en líos. No puedo mandarlos a la cárcel. Así, no. Solo quiero poder... —Sollozó. Empezaron a caerle lágrimas por las mejillas—. Solo quiero ir a la universidad. Quiero tener posibilidades. Es lo que habría querido mi madre. No le gustaría nada verme atrapada en un sitio donde no quiero estar.

Charlie soltó un largo soplo. Su madre era igual,

siempre animándola a estudiar, a esforzarse más, a poner en juego su inteligencia y su ímpetu para ser útil a los demás.

—Se portaba muy bien conmigo —agregó Flora—. Era muy simpática y cuidaba de mí, y siempre se ponía de mi parte, daba igual lo que pasase. —Se secó los ojos con el dorso de la mano—. Lo siento. Es que todavía la echo de menos. Siento que debo honrar su memoria y asegurarme de que su muerte sirva para algo bueno.

Ahora fue Charlie quien se miró las manos. Tenía un nudo en la garganta. Había pensado más en su madre en los últimos cinco minutos que en el último mes. La añoranza que sentía, el deseo de tener una última oportunidad de decirle lo que pasaba por su cabecita, era un dolor que nunca se extinguiría.

Tuvo que aclararse la voz para preguntar:

—¿Cuánto tiempo llevas pensando en emanciparte?

—Desde que operaron al abuelo —contestó la chica—. Hace tres años se cayó de una escalera y se hizo daño en la pierna. Desde entonces no trabaja.

—¿Es adicto a los calmantes? —se aventuró a preguntar Charlie, porque la prisión de Pikeville estaba llena de adictos a los calmantes—. Dime la verdad. ¿Es por las pastillas?

La chica asintió con reticencia.

—No se lo diga a nadie, por favor. No quiero que vaya a la cárcel.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie —le prometió

Charlie—. Pero tienes que entender que, si esto se pone en marcha, se hará público. Dejarás de ser una menor protegida. Y los archivos judiciales puede consultarlos cualquiera. Pero lo peor no es eso. Para preparar tu solicitud de emancipación, tendré que hablar con tus abuelos, con tus profesores, con tu jefe, con los padres de tu amiga... Todo el mundo sabrá lo que te propones.

—No quiero hacerlo a escondidas. Puede hablar con quien quiera, hoy mismo, si quiere, ahora. No quiero meter en líos a nadie, no quiero que vayan a la cárcel. Lo único que quiero es independizarme para poder ir a una buena universidad y hacer algo con mi vida.

Su seriedad resultaba conmovedora.

—Es posible que tus abuelos se resistan. Tendrás que hablar abiertamente de los motivos por los que quieres dejar de vivir bajo su techo. No hace falta que menciones el asunto de las pastillas, pero tendrás que decirle al juez que consideras que no están cumpliendo con su deber como tutores y que prefieres vivir sola a estar con ellos.

—Charlie trató de hacerle ver la escena con claridad—. Tendréis que comparecer al mismo tiempo en el juzgado. Y tendrás que decirle al juez a las claras y delante de todo el mundo que no crees que puedas reconciliarte con ellos y que no quieres que tengan ningún control sobre tu vida.

Flora pareció no darse por enterada.

—¿Y si no se resisten? ¿Y si están de acuerdo?

—Eso facilitaría las cosas, desde luego, pero...

—Mi abuelo tiene otros problemas.

Charlie volvió a pensar en un posible problema de abusos sexuales.

—¿Te agrade de alguna manera?

Flora no respondió, pero tampoco apartó la mirada.

—Flora, si está abusando de ti...

Se abrió la puerta y se sobresaltaron ambas al ver la cara furiosa de Belinda.

—¿Se puede saber qué haces aquí escondida? —Intentó que su tono sonara ligero, pero saltaba a la vista que estaba alterada—. Ahí fuera hay un salón entero lleno de chicas que no tienen nada mejor que hacer que beber ponche y comentar lo seca que está mi tarta.

Flora miró a Charlie.

—No es lo que piensa —dijo con un dejo de desesperación—. De verdad, no es eso. Hable con quien tenga que hablar. Por favor. Le haré una lista. ¿De acuerdo?

Antes de que a Charlie le diera tiempo a contestar, la chica salió del aseo.

—¿De qué hablabais? —preguntó Belinda.

Charlie abrió la boca para responder, pero se acordó del tono de desesperación de Flora y de su insistencia en que no era lo que ella pensaba. Pero ¿y si lo era? Si su abuelo estaba abusando de ella, eso lo cambiaba todo.

—¿Charlie? —preguntó Belinda—. ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí escondida?

—No estoy escondida, estaba...

—¿Has vomitado?

Charlie no podía concentrarse en más de una cosa al mismo tiempo.

—¿La crema de la tarta la has hecho tú?

—No seas tonta. —Belinda entornó los párpados y la miró como si fuera un cuadro abstracto—. Tus tetas parecen más grandes.

—Creía que, después de pasar por el club femenino de la universidad, te habías curado de esa manía.

—Cállate —ordenó Belinda—. ¿Estás embarazada?

—Muy graciosa. —Se tomaba la píldora con rigurosa puntualidad: era lo más parecido a una práctica religiosa que había en su vida—. Llevo dos días manchando. Me duele la tripa. Tengo ganas de atiborrarme a dulces y de asesinar a todo el mundo. Sospecho que solo es un virus.

—Más te vale. —Belinda se frotó la tripa redondeada—. Disfruta de tu libertad antes de que todo cambie.

—Eso suena fatal.

—Ya verás. En cuanto empiezas a tener hijos, tu marido, ese ser cariñoso e ideal, empieza a tratarte como a una vaca lechera. Te lo digo yo. Es como si creyeran que te tienen bien agarrada. Y es verdad. Estás atrapada, y saben que los necesitas, pero ellos pueden marcharse cuando les dé la gana y buscarse a una jovencita de carnes turgentes.

Charlie no quería volver a hablar de ese tema. Tenía la impresión de que sus amigas solo cambiaban en un aspecto: en cuanto tenían hijos, empezaban a tratar a sus maridos como si fueran unos capullos.

—Háblame de Flora.

—¿De quién? —Belinda parecía haberse olvidado de la chica—. Ah, de ella. ¿Te acuerdas de *Chicas malas*, esa película que vimos el mes pasado? Pues ella sería el personaje de Lindsay Lohan.

—Así que forma parte del grupo pero no es una líder nata, y no se siente muy cómoda cuando las otras se portan como unas brujas.

—Es más bien una superviviente. Esas zorras son crueles a más no poder. —Belinda olfateó, mirando hacia el aseo de minusválidos—. ¿Has comido beicon para desayunar?

Charlie buscó en su bolso unos caramelos. Encontró unos chicles, pero se le revolvió el estómago al pensar en el sabor a menta.

—¿Tienes caramelos?

—Creo que tengo unas gominolas. —Belinda abrió la cremallera de su bolso—. Uf, debería limpiar esto. Gusanitos. ¿Cómo habrán llegado hasta aquí? Tengo unas pastillitas de menta. Y unas Oreo, pero no puedes...

Charlie le quitó el paquete de las manos.

—Creía que no podías tomar leche.

—¿De verdad crees que esta cosa blanca es leche? —Charlie mordió una Oreo y sintió que su cerebro se apaciguaba de inmediato—. ¿Qué hay de sus padres?

—¿De los padres de quién?

—Concéntrate, B. Te estoy preguntando por Flora Faulkner.

—Ah, vale. Su madre murió. Y también su padre. Vive con sus abuelos maternos. Es una máquina de vender galletas. Creo que hasta fue a la ceremonia de Atlanta el...

—¿Cómo son sus abuelos?

—Soy nueva en esto, Charlie. No sé nada de esas chicas, excepto que parecen creer que es facilísimo hacer una tarta y dar una fiesta para veinte adolescentes engreídas que no te agradecen nada y que encima piensan que eres vieja, gorda e idiota. —Tenía lágrimas en los ojos, pero últimamente las tenía a menudo—. Es exactamente igual que estar con Ryan. Creía que estaría bien tener algo que hacer fuera de casa, para variar, pero esas chicas piensan que soy un fracaso, igual que mi marido.

Charlie no se veía capaz de soportar otra sarta de lamentos acerca de lo malvado que era Ryan.

—¿Tú crees que lo están haciendo bien?

—¿Cuidar de ella, quieres decir? —Belinda se miró al espejo y se pasó cuidadosamente el meñique por debajo de los ojos—. No sé. Es buena chica. Le va bien en el instituto. Es una *scout* alucinante. A mí me parece muy lista. Y simpática. Además de muy educada. Cuando he llegado, me ha ayudado a sacar la tarta del coche mientras esa panda de holgazanas se quedaba de brazos cruzados.

—Vale, pero me estás hablando de Flora. ¿Qué me dices de sus abuelos? ¿Son buenas personas?

—No me gusta hablar mal de la gente.

Charlie se rio. Y también Belinda. Si no hablara mal de la gente, se pasaría la mitad del día callada.

—A la abuela la conocí el mes pasado —dijo—. A las ocho de la mañana ya olía como un barril de whisky. Eso sí, conducía un Porsche azul zafiro. Un Porsche impresionante. Y tenían una casa en el lago, aunque ahora viven en esos apartamentos de bloques de hormigón que hay cerca del Shady Ray.

¿Qué habría sido del Porsche?, se preguntó Charlie.

—¿Y el abuelo?

—No sé. Algunas chicas bromeaban con ella porque es muy guapo o algo así, pero debe de tener unos doscientos años, así que puede que solo quisieran tomarle el pelo. A ti siempre te gastaban bromas por tu padre, ¿no?

A Charlie no le gastaban bromas: la amenazaban, y a su madre la habían asesinado porque su padre se ganaba la vida sacando a criminales de la cárcel.

—¿Sabes algo más sobre el abuelo?

—No, solo eso.

Belinda se estaba revisando otra vez el maquillaje en el espejo. Aunque detestaba los tópicos, Charlie tuvo que reconocer para sus adentros que su amiga estaba resplandeciente: le cambiaba la cara cuando estaba embarazada. Se le iluminaba el cutis, tenía más color en las mejillas. Y a pesar de lo quisquillosa que era, dejaba de obsesionarse por tonterías. No parecía importarle, por ejemplo, que su barriga del tamaño de una sandía se apretara contra la encimera o que se le mojara de agua el

vestido. O que su ombligo sobresaliera como el rabillo de una manzana.

Algún día, a ella le pasaría lo mismo. Llevaría en su vientre un hijo de Ben. Sería madre. Y, con un poco de suerte, se parecería a su propia madre: se interesaría por sus hijas y las animaría a ser mujeres útiles e inteligentes.

Algún día.

En un futuro.

Ya lo había hablado con su marido. Tendrían un hijo en cuanto dejaran de agobiarles los préstamos de estudios que aún estaban pagando, y en cuanto su bufete se estabilizara; en cuanto dejaran de pagar sus dos coches y el friki de su marido estuviera dispuesto a renunciar a la habitación donde guardaba su costosa colección de *Star Trek*.

Charlie trató de calcular cuánto costaría la emancipación de Florabama Faulkner. Tasas administrativas. Trámites judiciales. Comparecencias en el juzgado. Eso por no hablar del coste que supondría para ella en horas de trabajo, porque no podía aceptar dinero procedente del fideicomiso de Flora, al margen de cuánto dinero quedara en él.

Si Dexter Black le pagaba lo que le debía, quizá pudiera cubrir los gastos.

Oyó la voz de su padre dentro de su cabeza: «Y si las ranas tuvieran alas, no se pasarían la vida saltando».

—¿A qué vienen tantas preguntas? —dijo Belinda.

—A que creo que Flora necesita mi ayuda.

—Espera, ¿como en esa película de John Grisham en la que un niño le da un dólar a Susan Sarandon para que sea su abogada?

—No —contestó Charlie—, como en esa película en la que una abogada idiota se arruina porque nunca le pagan.

2

Charlie dio una patada a la máquina expendedora del sótano del juzgado. El cristal se sacudió en el marco. Le dio otra patada. El paquete amarillo brillante de caramelos masticables tembló, atascado en la espiral metálica, pero no llegó a caer.

Levantó el pie para asestarle otra patada a la máquina. Total, ya tenía la puntera del zapato arañada.

—Eso es propiedad del estado.

Se giró bruscamente. Ben Bernard, uno de los letrados de la oficina del fiscal del distrito, bajaba parsimoniosamente por la escalera. Llevaba el cuello de la camisa abierto y la corbata torcida. Observó el paquete de caramelos atascado. Una pegatina de buen tamaño adherida al cristal advertía de que zarandear la máquina podía castigarse con multas y hasta con penas de prisión.

—¿Cuántas ganas tienes de comerte esos caramelos?
—preguntó.

—Tantas que, si los sacas, te hago una mamada en el armario de los suministros.

Ben agarró la máquina con las dos manos y le dio una violenta sacudida. Su marido no era ningún Arnold Schwarzenegger, pero estaba motivado. Solo hicieron falta dos empujones para que el paquete cayera. Ben estiró el brazo, lo sacó del cajón y se lo ofreció con una reverencia.

Charlie estaba dispuesta a cumplir el trato, pero le advirtió:

—Creo que debo advertirte que hace menos de veinte minutos tenía la cabeza metida en el váter.

—De todos modos, pusieron un candado en la puerta del armario después de la última vez. —Ben le tocó la frente—. ¿Te encuentras bien?

—Creo que es el SPM. —Abrió a mordiscos el paquete de caramelos—. Oye, quería pedirte información sobre una persona.

Su marido hizo una mueca, pasándose la lengua por los dientes. Hacía cuatro años que trabajaban cada uno en lo suyo, pero él era fiscal y ella abogada defensora y todavía no habían llegado a una conclusión acerca de cómo ayudarse mutuamente sin faltar a su ética profesional.

—No es un caso penal —le aseguró ella—. Por lo menos, en lo que a mí respecta. Hay una chica que quiere emanciparse de sus tutores legales.

Ben aspiró aire entre dientes.

—Sí, ya sé que es un marrón. —Charlie trató de quitar el envoltorio a un caramelo de color rojo—. He estado arriba, rellenando una solicitud de documentación acerca de un fideicomiso. Los tutores son los abuelos de la chica. Por lo visto no son trigo limpio.

Él cogió el caramelo y le quitó el envoltorio.

—¿En qué sentido?

—Pastillas, por lo que parece. Y alcohol. Y dinero del fideicomiso. Al parecer tienen intención de pulírselo antes

de que la chica cumpla los dieciocho.

—Entonces, ¿puede pagarte?

—Eh... —Charlie se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa que esperaba fuera irresistible.

—Dexter Black —dijo Ben.

—No es cliente mío.

—Sí, lo he deducido cuando se ha presentado en el despacho acompañado por Carter Grail. Querían hablarnos de un asunto. ¿Tienes idea de cuándo va a pagarte?

—Cariño, si mis clientes me pagaran, seguramente acabaríamos tomándonos unas largas vacaciones en Costa Rica o en algún sitio por el estilo, y tú te quemarías con el sol, y aumentaría tu riesgo de padecer melanoma, que es el tipo de cáncer de piel más mortífero, y entonces tendría que matarme porque no puedo vivir sin ti.

—De acuerdo, entonces.

Charlie sabía lo que trataba de hacer su marido.

—No estoy segura al cien por cien de que no estén abusando de ella.

—Joder...

—Bueno, no me ha dicho que estén abusando de ella. De hecho, lo ha negado, pero... —Volvió a encogerse de hombros.

No era vidente, pero había tenido un mal presentimiento al escuchar la negativa de Flora. Había visto una expresión fugaz en sus ojos, como si estuviera atrapada y no supiera cómo escapar.

—Aunque no sea verdad, la chica tiene problemas y creo que al menos tengo que intentar ayudarla.

Ben no vaciló.

—Entonces, respaldo tu decisión, sea cual sea.

Charlie ignoraba cómo había logrado casarse con un hombre tan maravilloso.

—Algún día acabaremos de pagar nuestros préstamos universitarios —dijo.

—Y a la seguridad social. —Ben levantó el caramelo. Ella abrió la boca para que lo depositara dentro—. ¿Cómo se llama la chica?

—Florabama Faulkner.

Ben levantó las cejas.

—¿En serio?

—La pobre ha tenido mala suerte desde el principio. —Charlie masticó un par de veces el caramelo y luego se lo pegó al interior de la mejilla—. Se ha criado con sus abuelos. Me ha dado sus nombres, pero su dirección la he conseguido en la lista de miembros de las *scouts*.

—Eso suena vagamente ilegal.

—Juré que todas las *scouts* serían mis hermanas, así que básicamente estoy espionando a mi hermana pequeña.

—Voy a distraerte con un juego de manos mientras intento no imaginarte vestida con el uniforme de las *scouts*.

Ben sacó la libretita de espiral que siempre llevaba en el bolsillo del traje. Le enseñó la tapa a Charlie: el capitán Kirk, muy pensativo, sopesando algún asunto importante

de la flota estelar. Sacó el pequeño bolígrafo encajado en la espiral y pasó las hojas hasta encontrar una en blanco.

—Leroy y Maude Faulkner. Viven en la calle del Shady Ray.

El bolígrafo no se movió.

—¿En esos apartamentos de bloques de hormigón?

—Sí.

—Mal sitio para criar a una niña.

—Antes vivían en el lago. Imagino que, entre sus adicciones y el fideicomiso, han tomado algunas decisiones poco sensatas. Belinda dice que la abuela se presentó una vez conduciendo un Porsche, borracha perdida.

—¿Qué tipo de Porsche? —Ben meneó la cabeza—. Da igual. Ya veo por dónde vas.

—Flora quiere ir a la universidad. Quiere que su madre esté orgullosa de ella, honrar su memoria. Y seguramente no podrá hacerlo si sigue viviendo con sus abuelos.

—Seguramente. —Ben anotó los nombres y cerró la libreta—. En la oficina corre el rumor de que ese edificio está bajo vigilancia permanente. La policía no suelta prenda al respecto, pero he visto algunas fotos colgadas en el despacho de Ken. Allí viven muchos adictos de todo tipo, además de unos cuantos vecinos honrados que no pueden mudarse a otro sitio y que viven aterrorizados. Hay un laboratorio de metanfetamina en los alrededores.

—¿Y la policía no lo encuentra?

Los laboratorios de metanfetamina solían instalarse en

caravanas o en sótanos ruinosos.

—Por lo que vi en las fotografías —contestó Ben—, sospechan que está en la trasera de una furgoneta.

—Eso es peligroso, además de ser una estupidez.

—La policía los cogerá en cuanto estalle la furgoneta.

—Ben volvió a guardarse la libreta en el bolsillo—. ¿Seguro que estás bien?

—Es solo que hoy no paro de pensar en mi madre. La madre de Flora murió cuando ella era pequeña y eso me ha removido muchas cosas.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor?

—Ya lo estás haciendo. —Charlie le pasó los dedos por el pelo—. Siempre me siento mejor cuando estoy contigo.

Sonrieron los dos. Era una frase cursi, pero ambos sabían que era cierta.

—Oye —añadió él—, ya sé que no puedo impedir que vayas a ese sitio, pero, por favor, no vayas sola, ¿de acuerdo? Propones una cita en terreno neutral. En una cafetería, por ejemplo. No sé qué es lo que pasa exactamente en ese sitio, pero está claro que es peligroso. Si no, las autoridades del condado no malgastarían su dinero en vigilarlo.

—Entendido. —Charlie le alisó la corbata. Sintió el latido de su corazón y le besó en el cuello. A él se le erizó la piel. Charlie se puso de puntillas y le susurró al oído—: Prometo compensarte por lo del armario de los suministros.

—Umm —contestó él en voz baja—, eso sería la

bomba, si no tuvieras el pelo manchado de vómito.

Pasó por casa para darse una ducha y cambiarse antes de ir al bloque de apartamentos. Le había prometido implícitamente a Ben que no pisaría por allí, pero su marido sabía sin duda que no cumpliría su promesa. Visitar el edificio de apartamentos equivalía, de hecho, a cumplir uno de los acuerdos tácitos de su matrimonio, a saber: que Charlie siempre hacía lo que le venía en gana.

Se alegró de poder quitarse su ropa de profesional adulta y sustituirla por unos vaqueros y una camiseta de baloncesto de los Blue Devils de la Universidad de Duke. Teniendo en cuenta lo que Ben y ella debían aún a la facultad de Derecho, le sorprendía que no les hubieran obligado a trabajar de anuncios andantes para saldar sus deudas.

Era casi la hora de comer y tenía hambre, así que engulló un sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada y media bolsa de Doritos mientras escuchaba los mensajes de su despacho a través del teléfono fijo de casa. El viernes debía comparecer en el juzgado y aún tenía que cumplimentar un trámite de última hora. El juez pedía un escrito aclaratorio acerca de una cuestión jurídica que no favorecía a su cliente. Y por si eso fuera poco, la habían llamado de la financiera de su tarjeta de crédito, y sospechaba que el motivo de la llamada no era darle las gracias por ser tan buena clienta.

Rebuscó en su archivador y encontró el recibo del mes anterior que, según una nota que ella misma había escrito en la hoja, había pagado con un día de retraso. Pero normalmente, cuando eso pasaba, no la llamaban por teléfono. Y aún tenía mil quinientos dólares de saldo.

Marcó el número que le facilitaban en el mensaje. Estaba buscando la tarjeta en su cartera cuando sonó su móvil. Contestó con el teléfono fijo todavía pegado a la otra oreja.

—Señorita Charlie —dijo Dexter—, por favor, no cuelgue.

—Creo que a quien de verdad querías llamar era a Carter Grail.

—Venga ya, no sea así. Fue *usté* quien me dijo que llamara a ese pavo.

—Porque me debes dos de los grandes. —Charlie escuchó la musiquilla del fijo: una versión para saxofón del *Losing my religion* de REM.

—Mire, señorita Charlie —dijo Dexter—, le pago el martes, fijo.

Charlie se acordó de Pílón, que siempre prometía pagar el martes la hamburguesa que se comía hoy, y cayó en la cuenta de que seguía teniendo hambre.

—Dexter, me llevaré una alegría si me pagas, pero hasta que eso pase no puedo asesorarte.

—Pero, oiga, que esto también la beneficia a *usté*. Ya le dije que, si me pagan a mí, yo le pago.

—No puedo hacer esa clase de tratos contigo. De lo

contrario, tendría un interés pecuniario en el resultado de tus... chanchullos. —Su Visa no estaba en el bolsillito de siempre de la cartera.

—¿Señorita Charlie?

—Estoy aquí. —Rebuscó atropelladamente en la cartera, con un nudo en el estómago, hasta que encontró la tarjeta metida entre los billetes de dólar de la billetera.

El aseo de la YWCA. El contenido de su bolso desparramado por el suelo. Flora debía de haberla guardado fuera de su sitio.

—Solo necesito que me diga si puedo hacer lo que quiero hacer y si pasa algo si no lo hago, porque, verá *usté*, es que la persona con la que estoy tratando como que no es... Que no se anda con chiquitas, vamos.

—No puedo negociar en tu nombre habiendo un conflicto de intereses tan evidente. —Charlie comprendió que se había caído en su trampa: ya le estaba prestando asesoramiento jurídico—. No voy negociar en tu nombre y punto, Dexter. No puedo decirte cómo transgredir la ley. Y si fuera tu abogada, tampoco podría llevarte al estrado a sabiendas de que ibas a mentir, ni permitir que firmaras un acuerdo de reducción de condena sabiendo que pensabas utilizar alegaciones tendentes a ofuscar la verdad de los hechos.

—Ofuscar —repitió él—. Conozco esa palabra por *Expediente X*. ¿Vio ese episodio? Va de un tío que le mete un chisme metálico a la gente por la nariz y les absorbe el color de la piel.

—*Teliko* —dijo Charlie, porque su marido era un friki que tenía todas las temporadas de *Expediente X* en VHS y en DVD—. Dexter, ¿hay algo en lo que pueda ayudarte que no suponga que infrinja la ley o que te asesore en la comisión de un delito, o que gaste minutos de mi contrato de móvil, o las tres cosas a la vez?

—Eh...

Charlie bostezó. De pronto se sentía agotada.

—¿Dexter?

Él esperó unos segundos. Luego preguntó:

—¿Qué me había preguntado?

Charlie cortó la llamada.

El teléfono fijo, que seguía teniendo pegado a la otra oreja, emitía un chisporroteo eléctrico. La grabación la informó de que el tiempo de espera para que la pasaran con un agente eran de tan solo dieciséis minutos.

Colgó.

Metió el recibo de la tarjeta en el bolso para acordarse de llamar en otro momento. Miró el sofá y pensó en lo fabuloso que sería echarse una siesta. Y entonces se acordó del problema de Flora. Tenía la agenda llena, pero había procurado tomarse ese día libre pensando que las *scouts* la acribillarían a preguntas sobre cómo conseguir que sus vidas fueran tan fantásticas como la suya. Si quería averiguar cómo ayudar a Florabama Faulkner, no podía dejarlo para otro día.

Cogió los Doritos al salir y condujo con la bolsa entre las piernas, con cuidado de no volcarla, mientras iba

haciendo un listado mental de las cosas que tenía que hacer.

Primero hablaría con los abuelos de Flora, a ver si la situación era tan mala como la pintaba la chica. La cuestión del abuso sexual seguía en el aire. Quizá Flora le había dicho la verdad y no pasaba nada raro. O quizás estaba dispuesta a mentir para que su abuelo no fuera a la cárcel. O puede que ella hubiera visto demasiados telefilmes. Se tratara de pastillas, de abandono o de abusos sexuales, el hecho de que Flora se esforzara porque sus tutores no fueran a la cárcel decía mucho a favor de su carácter.

En segundo lugar, tenía que hacerse una idea de cuál era la situación de Nancy, la chica cuyos padres se habían ofrecido a acoger a Flora. Tenía su dirección gracias a la lista que le había hecho Flora esa mañana, en la YWCA.

Y, por último, debía hablar con el jefe de Flora en el restaurante donde trabajaba para cerciorarse de que estaba contratada legalmente y cobraba un salario. O quizás eso no fuera lo último. Si le sobraba tiempo, podía hacer algunas llamadas desde casa para hablar con los profesores de Flora. Había hecho sus primeros pinitos en la abogacía trabajando en casos relacionados con menores y sabía que a menudo los profesores veían muchas más cosas acerca de la situación de un menor que cualquier otra persona, incluidos los padres.

Eran muchas tareas para un solo día, pero lo más complicado sería hablar con los interesados y sonsacarles

la verdad. Lo demás era simple papeleo.

Le sonaron las tripas. Estaba mareada, pero seguía teniendo hambre. Hizo las cuentas de cabeza y se recordó que tenía que venirle la regla en cualquier momento y que el manchado, el dolor de tripa, la hinchazón de los pechos y el hambre provocada por el SPM señalaban en la misma dirección que todos los meses.

Se comió un puñado de Doritos mientras adelantaba a un camión lleno de pollos. Los pollos la miraron embobados, pero ella seguía pensando en lo que le había dicho Belinda acerca de que un embarazo lo cambiaba todo.

Suponía que de eso se trataba, precisamente: de que tener un hijo te cambiaba la vida. Pero, por lo que había observado, pasaba lo mismo con todos los grandes acontecimientos de la existencia: una de dos, o te unían más a tu pareja, o te distanciaban de ella. Ryan, el marido de Belinda, había estado en Irak una temporada, trabajando en misión de apoyo. Había estado en el desierto, aunque no hubiera participado en los combates. Y al regresar a casa, durante un tiempo, solo parecía capaz de hacer dos cosas: gritarle a la tele y dejar embarazada a Belinda. La guerra le había cambiado. Y no solo la guerra, sino la insidiosa sospecha de que librar aquella guerra era como intentar cruzar a la carrera una zona de arenas movedizas. Esa sensación de inutilidad era solo una parte del problema. A ello había que sumar los periodos que pasaba destinado en el extranjero. Como su

marido pasaba tanto tiempo fuera de casa, Belinda se había acostumbrado a tomar todas las decisiones y, cuando Ryan regresaba con ideas distintas acerca de cómo debían hacerse las cosas, la tensión entre ellos se desbordaba, inundando todas las vertientes de su vida matrimonial.

En opinión de Charlie, el principal problema era su falta de objetivo vital. Tanto Belinda como Ryan buscaban una meta, un rumbo claro para su familia, y se estaban haciendo infelices mutuamente porque parecían incapaces de compartir esa responsabilidad.

Se rio, divertida por aquella reflexión tan al estilo de Oprah Winfrey. La culpa de que pensara así era de su madre, cuya cantinela constante había conformado su infancia: «Si no estás siendo útil, entonces es que estás siendo inútil».

¿Ella estaba siendo útil? Flora ansiaba llevar la vida con la que fantaseaba su madre. Ella tenía ese mismo afán. ¿Estaba honrando el recuerdo de su madre? ¿Tenía un objetivo vital claro?

Le faltaba concentración, de eso no había duda.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que se pasó el bloque de apartamentos.

—Mieeerda —dijo, y al mirar por el retrovisor lateral vio la mole de hormigón del edificio.

Dio media vuelta cruzando los cuatros carriles de la calle y paró junto al edificio dos plantas construido en una cañada, detrás de un largo tramo de guardarraíl abollado.

Se llevó una sorpresa al ver que los apartamentos tenían nombre: un discreto letrero daba la bienvenida a los apartamentos Ponderosa. En homenaje a *Bonanza*, tenía unas cuerdas entrelazadas alrededor de los bordes. Aquel, sin embargo, no era el lugar más adecuado para que Little Joe colgara su sombrero, a no ser que quisiera fabricarse una pipa con una bombilla y fumar un poco de cristal.

La mayoría de las plazas de aparcamiento estaban ocupadas por coches viejos y destartados, lo cual no era buena señal, teniendo en cuenta que casi todo el mundo tendría que estar trabajando a esas horas del día. Siguió hasta el fondo del aparcamiento por si acaso veía el Porsche del que le había hablado Belinda, pero su Subaru ranchera de tres años de antigüedad era el coche más sofisticado que había por allí. Aparcó cerca de la salida: le pareció lo más prudente, por si tenía que marcharse con prisas. Se acordó de lo que le había dicho Ben acerca de que el edificio estaba vigilado y se sintió más segura sabiendo que había policías cubriéndole las espaldas.

Aunque, pensándolo bien, también la estarían viendo entrar en una guarida de yonquis y traficantes de drogas.

Levantó la mirada hacia el edificio achaparrado y triste. Doce apartamentos en total: seis en la planta baja y seis en la de arriba. Paredes de bloques de hormigón pintadas de un gris anodino, una barandilla oxidada bordeando la planta de arriba, puertas de madera carcomida con números de plástico descoloridos, un tejado bajo, una cornisa putrefacta. Todas las puertas tenían al lado una

ventana, y todas las ventanas tenían una máquina de aire acondicionado debajo. Un caminito empinado conducía a una piscina de aspecto deprimente. Falsas antorchas sin encender jalonaban la valla de alambre. El lugar le recordó a esos moteles de aeropuerto en los que su madre los obligaba a alojarse en vacaciones porque eran baratos y estaban bien comunicados. El recuerdo más claro que guardaba de Disney World eran las noches de terror que pasaba imaginando que el tren de aterrizaje de un avión pasaba rozándole la cabeza mientras dormía.

(«¿Cuánto crees que nos darían de indemnización?», preguntó su padre cuando le contó por qué gritaba en sueños).

Se colgó el bolso del hombro al salir del coche. El aire caliente le dio un bofetón en la cara. Ya había empezado a sudar cuando se dio la vuelta para cerrar el coche. Un olor a pollo frito, a marihuana y a orines de gato (que podía deberse a la presencia en un montón de gatos en los alrededores, o de un montón de metanfetamina) se le metió en la nariz.

Según el listado de las *scouts*, los Faulkner vivían en el bajo número tres, justo en el centro: posiblemente, el peor apartamento del edificio. Vecinos a cada lado y ruido constante arriba. Mientras cruzaba el aparcamiento, oyó el bajo inconfundible de *Freek-a-leek* de Petey Pablo.

«Lleva un pendiente en la lengua y sabe qué hacer con él...».

El volumen de la música fue creciendo a medida que

recorría la acera rota.

«Con los ojos en blanco y los pies encogidos».

—Puaj —gruñó, asqueada por la letra de la canción y molesta por sabérsela de memoria.

Detestaba empezar las frases diciendo «en mis tiempos», pero todavía se acordaba de cómo vilipendiaron a Madonna por cantar acerca de sus sentimientos de virginidad renovada.

La música cesó de golpe.

El silencio repentino hizo que se le erizara el vello de la nuca. Tuvo la clara sensación de que la observaban mientras caminaba por la acera desigual hacia el apartamento número tres. La puerta de madera estaba combada y pintada de un rojo oscuro que no llegaba a cubrir del todo la pintura negra de debajo.

Levantó la mano. Tocó dos veces. Esperó. Llamó de nuevo.

Se agitaron las cortinas. La mujer cuya cara apareció detrás del cristal parecía mayor que ella, pero no porque perteneciera a otra generación, sino por los estragos de una vida dura, como si hubiera pasado los escasos años que las separaban en una obra o, más probablemente, en prisión. Llevaba los ojos pintados con una gruesa raya negra y sombra azul, y una espesa capa de maquillaje del mismo tono que el polvillo de Doritos que cubría el volante del coche de Charlie barnizaba su rostro. Lucía una melena rubia oxigenada a la altura del hombro que recordaba a la de Nancy Wilson en sus tiempos de

Barracuda.

Al ver a Charlie arrugó el ceño. Después, cerró las cortinas.

Charlie esperó en la acera recalentada, escuchando los gruñidos que emitían las máquinas de aire acondicionado. Miró su reloj. Empezaba a preguntarse si aquella mujer no iba a abrirle cuando oyó ruidos detrás de la puerta.

Una cadena que se descorría. Una cerradura que giraba. Y luego otra. Se abrió la puerta. Un delicado soplo de aire frío acarició su cara. Los gemidos del aire acondicionado competían con el *Hey ya!* de OutKast que sonaba de fondo, en algún rincón de la habitación en penumbra. La mujer vestía vaqueros y una camiseta roja corta, estampada con el bulldog de la Universidad de Georgia. Sostenía en una mano una botella de cerveza medio vacía y en la otra un cigarrillo. Sus uñas, muy largas y limadas en punta, estaban pintadas de rojo brillante. A Charlie le recordó a las Culpepper, aquellas macarras que la acosaban en el instituto. Tenía su misma *pinta*, como si, en caso de líos, fuera capaz de sacarte los ojos, o de arrancarte el pelo a puñados o de darte un buen mordisco en el brazo o en la espalda. Cualquier cosa con tal de salir vencedora.

—Pregunto por Maude o Leroy Faulkner —dijo Charlie.

—Yo soy Maude. —Hasta su voz sonaba malévola, como una serpiente de cascabel abriendo una navaja.

Charlie meneó la cabeza. Tenía que haber un error.

—Me refiero a la abuela de Flora.

—Soy yo.

Se quedó atónita.

—Sí. —La mujer dio una calada al cigarrillo—. Tenía diecisiete años cuando tuve a Esme, y Esme tenía quince cuando tuvo a Flora. Así que haz cuentas.

Charlie no quería hacer cuentas, porque las abuelas llevaban moño, gafas bifocales y veían culebrones en la tele, no vestían camisetas cortas que dejaban al aire sus ombligos perforados, ni bebían cerveza en pleno día mientras escuchaban a OutKast en su *loro*.

—¿Vas a seguir malgastando mi aire acondicionado o piensas entrar?

Charlie entró en el apartamento. El humo del tabaco pendía en el aire como una sucia cortina de encaje amarillo. No había más luz que la que entraba por la rendija de las cortinas de la ventana delantera. Las suelas de su deportivas se hundieron en la alfombra de pelillo marrón. El cuarto de estar tenía adosada una cocinita. El aseo estaba al fondo de un corto pasillo, con un dormitorio a cada lado. Había ropa por todas partes, cajas de cartón sin abrir y una máquina de coser sobre una mesa de aspecto endeble, arrimada la pared, junto a la cocina. Encajado en el rincón, al lado de la ventana, había un enorme aparato de televisión. El sonido estaba apagado, pero Jill Abbott gritaba a Katherine Chancellor en un episodio de una conocida telenovela.

—¿Leroy? —dijo la mujer.

Charlie pestañeó hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Enfrente del televisor había un sofá azul oscuro y, sentado en un butacón a juego, un hombre cuya corpulenta figura rebosaba del asiento. Tenía la pierna izquierda rodeada por una férula metálica. Seguramente había sido guapo en algún momento de su vida. Ahora, una cicatriz larga y rosada desfiguraba el lado izquierdo de su cara sin afeitar. El cabello castaño y lacio le llegaba hasta los hombros. Parecía dormido o inconsciente. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Su camiseta roja de la Universidad de Georgia era casi idéntica a la de la mujer. Sus pantalones vaqueros cortos no tenían el largo habitual hasta la rodilla, sino que habían sido acortados para dejar sitio a la férula y ofrecían un espectáculo lamentable a todo aquel que cruzaba la puerta.

—Por Dios, Leroy. —Maude le dio un puñetazo en el brazo—. Tápate los huevos, que tenemos visita.

Un destello de ira cruzó los ojos pitañosos del hombre. Entonces pareció reparar en Charlie y una mirada de azoramiento sustituyó rápidamente a la ira. Farfulló una disculpa, se puso de lado en el sillón y procedió a hacer algunos ajustes por debajo de la cintura.

Maude encendió su Zippo plateado para fumar otro cigarrillo.

—Maldito idiota.

—Perdón —se disculpó Leroy dirigiéndose a Charlie.

Ella no supo si sonreír o salir corriendo. Dejando a un lado el espectáculo que ofrecían sus pantalones cortos,

había algo de repulsivo en el abuelo de Flora. Si de joven había sido guapo, su atractivo debía de haber tenido un punto de siniestro, como esos tipos sospechosos que, cuando te miraban, no sabías si iban a pedirte bailar o a seguirte hasta el aparcamiento para violarte. O ambas cosas.

—Bueno, bonita. —Maude expelió el humo hacia el techo—. A ver, ¿qué quieres?

—Soy Charlotte Quinn. He hablado con...

—¿La hija de Rusty? —Leroy sonrió.

Tenía el labio inferior hundido como si le faltaran varios dientes. Teniendo en cuenta su edad, Charlie lo atribuyó a que la metanfetamina había ocupado el lugar de los calmantes en sus preferencias adictivas.

—Creo que la última vez que te vi fue antes de que muriera tu madre. Acércate para que te vea bien.

Charlie se acercó, a pesar de que todos los músculos del cuerpo le pedían a gritos que no lo hiciera, y no solo porque Leroy Faulkner le diera grima, sino porque despedía un olor químico y nauseabundo que conocía bien. Algunos de sus clientes, normalmente los que se desintoxicaban en el centro de detención, también olían así.

—¿Cómo es que conoce a mi padre?

—Me metí en algunos líos cuando era joven. Y luego, cuando ya me había encarrilado, me pasó esto. —Indicó su pierna—. El bueno de Russ me ayudó a pelearme con la compañía de seguros. Un buen hombre, tu padre.

Charlie, que no estaba acostumbrada a que la gente alabara a su padre, se permitió el lujo de sentir un instante de orgullo.

—Les dio bien por culo a esos cabrones —añadió Leroy, y el orgullo de Charlie menguó ligeramente—. Cuéntame, qué se te ofrece.

—¿Una cerveza? —Maude hizo girar los posos de su botella—. ¿O algo con más pegada?

—No, gracias —contestó Charlie, pero Maude ya estaba de espaldas, abriendo la nevera.

Decenas de botellas de cerveza tintinearón al chocar unas contra otras. Maude eligió una y, ayudándose con el bajo de la camiseta, giró el tapón. Echó la cabeza hacia atrás y engulló la mitad de la cerveza antes de mirar de nuevo a Charlie.

—¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote o piensas empezar a hablar de una vez?

—Si Rusty necesita ayuda... —Leroy levantó las manos, abarcando con un gesto el apartamento—. No podemos hacer gran cosa por él.

—No, no es eso. Vengo en nombre Flora.

Maude miró a Leroy.

—Ya te decía yo que tu princesita se traía algo entre manos.

El buen humor de Leroy se esfumó de repente. Se irguió en el sillón y se inclinó hacia Charlie.

—¿Eres una de sus profesoras?

—¿Y para qué cojones iba a venir aquí una profesora?

—preguntó Maude—. Dieron las vacaciones hace una...

—Los profesores también trabajan en verano —repuso Leroy.

—No, qué va. Casi no trabajan el resto del año...

—Soy amiga suya —les interrumpió Charlie, y enseguida se dio cuenta de lo inverosímil que sonaba aquella afirmación. No había muchas quinceañeras que tuvieran amigas de veintiocho años—. De las *scouts*.

—Creía que esa era... ¿Cómo se llama? ¿Melinda?

—Belinda. Ella es la monitora. Yo he ido a darles una charla esta mañana.

—Mierda —dijo Leroy—. Eres abogada, ¿a que sí? «En nombre de Flora».

Maude, alertada por las palabras de su marido, preguntó:

—¿Qué gilipollices te ha metido en la cabeza esa cría?

—Es todo mentira, te lo digo desde ya —terció Leroy.

Charlie no iba a permitir que los abuelos de Flora la acorralaran.

—A mí no me lo parece.

Maude se rio con un bufido.

—¿Te ha dicho lo de la indemnización? ¿Intentas meter mano en su dinero?

Leroy también resopló.

—Estos putos abogados, siempre intentado quedarse con lo que no es suyo. —Señaló a Charlie con el dedo—. Eso que he dicho de tu padre... Rusty iría a la cárcel por ese asunto. Y no creas que no estoy dispuesto a irme de la

lengua.

La amenaza erró el blanco. Charlie sabía que su padre jugaba al ratón y al gato con la ley, pero nunca Rusty cometería el error de dejarse coger, y menos aún por un don nadie como Leroy Faulkner.

—Su nieta quiere solicitar la emancipación legal —dijo.

Leroy y Maude se quedaron callados un momento. Luego, él carraspeó.

—¿La emancipación? ¿Como si fuera una esclava?

—No, imbécil —intervino Maude—. Ser adulta ante la ley, eso es lo que quiere decir. Que dejemos de tener su custodia.

Él se rascó la cicatriz de la mejilla. Tenía una expresión tan torva que Charlie sintió un escalofrío.

—Por encima de mi cadáver —dijo—. Esa cría no va a emanciparse.

—Seguramente querrá irse a vivir con Nancy —añadió Maude—. O puede que con Oliver.

—¿Oliver? —preguntó Charlie.

—El hermano de Nancy. Sale con él desde los catorce años.

Charlie se quedó de piedra. Flora no le había dicho que tuviera novio.

—Él tiene diecinueve —agregó Maude—. Solo la quiere para una cosa.

—Pues cuando yo le ajuste las cuentas no la querrá ni para eso. —Leroy clavó la mirada en el televisor—.

Mocosa imbécil...

Charlie sintió que se le quedaba la boca seca. Trató de analizar lo que acababa de decir Leroy. ¿Era simplemente un capullo machista de los que pensaban que el valor de una mujer se alojaba exclusivamente entre sus piernas, o era, además, un superdepredador que no quería que otro le estropeará su presa?

Maude no pareció reparar en el comentario. Le dijo a Charlie:

—Oliver tiene ya unos antecedentes del carajo. No tiene trabajo, ni perspectivas de encontrarlo. Joder, para lo que va a salir ganando, más le valdría quedarse aquí que irse a vivir con ese mierda.

Leroy apuntó a Charlie con el dedo.

—Por mí ya puedes ir a decirle que ni lo sueñe.

—Eso —convino Maude—. No voy a dejar que esa cría se desmande. Pasaría lo mismo que con su madre, solo que peor, porque se fundiría el dinero en un segundo.

—¿Qué ha sido del Porsche? —preguntó Charlie.

Siguió otro largo silencio.

—¿Qué Porsche? —Maude la taladró con la mirada al tiempo que se llevaba la cerveza a la boca. Levantó el culo de la botella y, al apurar su contenido, su garganta se movió como la de una oca cebada para paté.

Leroy se removió en su sillón. Charlie se dio cuenta de que intentaba reunir fuerzas para levantarse. Justo cuando estaba a punto de ofrecerle automáticamente la mano para ayudarlo, consiguió ponerse en pie.

—¿Qué te parece si salimos un rato a tomar el aire? — preguntó.

—Ándate con ojo —le advirtió Maude, pero no intentó disuadirle.

Leroy avanzó trabajosamente hacia la puerta, adelantando la pierna tesa como si fuera un guardia real. Dejó que Charlie saliera primero y la siguió renqueando.

Ella entornó los párpados, deslumbrada por el sol. Empezaron a lagrimearle los ojos. Se había dejado las gafas de sol en el coche.

—Por aquí —dijo Leroy.

Le siguió por la acera rota hasta un lateral del edificio que daba a una arboleda. Aquello era precisamente lo que le había advertido Ben: que no se dejara conducir a un sitio apartado por un individuo que hacía saltar tantas señales de alarma en su cabeza como si llevara dentro una sirena de bomberos.

Aun así, le siguió. Leroy tenía la pierna inutilizada. Si echaba a correr, no le costaría dejarle atrás. O ganarle, si se peleaban. O darle una patada en la rodilla mala.

A no ser que tuviera un arma.

—Aquí. —Le faltaba la respiración cuando por fin llegaron a la zona techada que había junto a la piscina.

Había dos mesas de pícnic desvencijadas, cada una de ellas con dos vasos de café repletos de colillas. En lugar de sentarse, Leroy se apoyó en el borde de una mesa y empezó a masajearse la cadera izquierda con el puño, dejando escapar un suspiro de dolor. La cicatriz rosa de su

mejilla destacaba al sol. Debían de haberle dado tropecientos puntos. Tenía el lado derecho de la cara casi partido en dos.

—Flora es buena chica —dijo—, pero a veces se le meten cosas en la cabeza y no hay quien la pare.

—No creo que esto lo haya hecho por capricho.

Charlie no sabía cuánto podía revelarles. No tenía pruebas de que Leroy estuviera abusando de su nieta, pero un yonqui era un yonqui, y sabía por experiencia que no te puedes fiar de alguien que ha cedido el control de su vida a una adicción.

—Esme, su madre —continuó Leroy—, era igual. Igual de cabezota. Por eso acabó muerta. Así lo veo yo, por lo menos. El día que murió, se peleó con su madre, agarró a Flora y se metió en el coche. Se salió de la carretera y al rato nos llamaron del hospital.

—¿Flora iba en el coche con ella?

—Tenía ocho años. —Leroy se acarició la cicatriz como si fuera un talismán—. El de la ambulancia nos dijo que la encontraron con la cabeza de Esme encima de las rodillas, y que la cría estaba berreando porque la tenía medio desprendida. La cabeza, digo. Un tráiler le dio de lado y casi la decapitó. Es muy duro ver morir así a tu madre. —Parecía avergonzado—. Pero, en fin, supongo que eso tú lo sabes mejor que nadie.

Charlie asintió lentamente con la cabeza. Después de varios intentos, Leroy había dado por fin en el blanco.

—Bueno... —Él hurgó en el bolsillo de sus pantalones

cortos y sacó un paquete de tabaco—. Imagino que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que no soy precisamente un abuelo modélico.

Charlie dejó que su silencio respondiera por ella.

—Mañana mismo empiezo a desintoxicarme. — Sorprendió la mirada de Charlie—. Sí, apuesto a que no es la primera vez que te lo dicen, pero yo es la primera vez que lo digo. Te lo digo de corazón. Estoy harto. No lo hago por Flora, aunque bien sabe Dios que la quiero mucho. Ni tampoco por Maude, ni porque sea lo correcto. Es que estoy hasta las narices, harto de estar hecho una mierda todo el tiempo.

Charlie supuso que era razón suficiente. Por lo menos sonaba más verosímil que las razones que solían alegar los drogadictos. Claro que Leroy era un yonqui y por tanto podía estar mintiendo. Si ella estuviera en su pellejo, si estuvieran a punto de quitarle a la nieta que le servía de sustento, seguramente haría lo mismo: jurar por lo más sagrado que iba a cambiar de vida.

Leroy adivinó lo que estaba pensando.

—Sí, ya, crees que todo eso son chorradas, ¿eh?

—Sí.

Él sacó un cigarrillo del paquete y encendió el mechero. Charlie le vio dar una profunda calada y expeler un chorro de humo al aire limpio.

—Puedes preguntarle a tu padre por mí —dijo Leroy—. Yo era un tío legal hasta que me pasó esto. —Se tocó la férula—. No es que fuera ninguna maravilla, pero era

un tío legal. Pagaba a tiempo las facturas. Cuidaba de mi familia. Me aseguraba de que tuvieran comida en la mesa y un techo. Y un buen techo, además, no esta pocilga.

Dio otra calada al cigarrillo mientras miraba el desangelado edificio de apartamentos. Luego añadió:

—Cuando da el sol a mediodía, esto se pone como un horno. Y yo me quedo ahí dentro, asándome, viendo la tele y pensando: «¿Qué clase de vida es esta? ¿Qué ejemplo estoy dando?».

Charlie observó su cara avejentada. Solía dársele bien adivinar el carácter de la gente, pero Leroy Faulkner la desconcertaba. Incluso su cara tenía una especie de dualidad. El lado de la cicatriz mostraba lo que él afirmaba haber sido: un tío legal. El otro mostraba a un yonqui dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguir su próxima dosis.

—Cuando pierdes la movilidad —continuó—, empiezas a pensar «¿De qué me sirve seguir viviendo?».

Yo he tardado unos años en darme cuenta, pero ahora sé que lo que tengo que hacer es levantarme cada mañana, ducharme, afeitarme, vestirme y aguantar como un hombre. —Tocó otra vez la férula metálica—. ¿Y qué, si necesito un poco de ayuda para mantenerme en pie? Hoy en día hay muy poca gente que pueda valerse sola, ¿sabes? Ves a esos chavales que vuelven de Oriente Medio sin una pierna, o sin las dos, o sin un brazo, o que no pueden hablar bien, ni pensar, ni mear sin ayuda porque han perdido la chaveta, y piensas «¿Quién soy yo

para lloriquear como un bebé porque me caí de una escalera?».

Charlie seguía sin saber si estaba siendo sincero o solo intentaba embaucarla. Pero eso poco importaba, porque ella estaba allí por Flora, y Flora le había dejado bien claro lo que quería.

—Espero que consiga desintoxicarse —le dijo—. De verdad. Pero Flora no puede esperar a ver qué pasa. Todavía es menor de edad, pero queda poco para que sea adulta.

—Lo sé. —Leroy volvió a mirar el edificio—. Está en esa edad en la que te encuentras en una encrucijada, ¿sabes lo que quiero decir? O acaba como tú o acaba como Maude. O en la cárcel, si no se anda con cuidado. Sobre todo, si sigue con ese Oliver. Ese chaval es tan retorcido como su padre. Si se tragara un clavo, cagaría un sacacorchos.

Charlie decidió aprovechar que Leroy parecía dispuesto a seguir hablando.

—Podría volver ahora mismo a mi despacho y rellenar la documentación para quitarles la custodia.

—De eso nada, muñeca. —Él apagó su cigarrillo en el vaso de café—. Es mi nieta, sangre de mi sangre. No voy a permitir que nadie me la quite.

—Sin duda se da usted cuenta de que estaría mejor viviendo en otra parte.

—Igual que yo y que Maude. ¿Qué tiene eso que ver?

—De todos modos, solo le quedan dos años para

alcanzar la mayoría de edad. Si la dejan marchar ahora, esa encrucijada de la que hablaba la llevará directamente a la universidad.

Él se echó a reír.

—Vosotros los Quinn siempre habéis tenido mucha labia.

—¿La está usted agrediendo?

Leroy giró la cabeza bruscamente.

—¿Eso le ha dicho?

—No ha contestado a mi pregunta.

—Ni pienso contestar.

Ella intentó ofrecerle una salida.

—Tiene que dejarla marchar, Leroy. No querrá que le formule estas preguntas en la sala de un tribunal, bajo juramento y delante de un juez.

Él la miró fijamente, quizá por primera vez. O, mejor dicho, le lanzó una mirada lasciva. Deslizó los ojos por el cuello de pico de su camiseta y los clavó en sus pechos. Se acarició la cicatriz con la yema de los dedos. Se humedeció los labios.

—Eres muy atractiva, ¿lo sabías?

Charlie reprimió el impulso de cruzar los brazos. De pronto se sintió trémula, atrapada. Leroy intuyó su nerviosismo. Era de nuevo el cerdo del bar que no aceptaba un no por respuesta. Aquella era su verdadera naturaleza. Se inclinó hacia ella, mirando su camiseta sin disimulo.

—Me gustan las tías peleonas.

Ella rechinó los dientes. Si Leroy intentaba intimidarla, había elegido mal sus palabras. Su miedo se disolvió, reemplazado por la ira: ira contra sí misma por haber estado a punto de dejarse embaucar, y contra él por ser tan cabrón. No estaba indefensa. Era una mujer adulta, licenciada en Derecho en una de las diez mejores facultades del país.

Ella también se inclinó hacia delante, hasta que su cara quedó a escasos centímetros de la de Leroy.

—Escúchame, gilipollas, si lo que quieres es pelea, la vas a tener. Voy a ayudar a Flora. Voy a hacer todo lo que pueda por apartarla de ti.

Él fue el primero en desviar la mirada. Volvió a fijarla en el edificio. Maude había salido del apartamento y estaba en el umbral, observándolos.

—No sé qué tendrás planeado, pero no soy yo quien tendría que preocuparte. También vas a tener que arrancársela a Maude de las manos, porque ni muerta va a dejarla marchar.

Charlie se dio cuenta de lo que pretendía.

—¿De verdad crees que un juez va a creerse que tu mujer no sabía lo que pasaba en la habitación de al lado?

—Vas por mal camino, nena. A mí puedes tocarme las narices todo lo que quieras, pero prueba a meterte con Maude. —Meneó la cabeza—. Acuérdate de que te lo he advertido.

—Acuérdate tú de esta conversación cuando te llame al estrado y tengas que poner la mano sobre la Biblia y jurar

que nunca has tocado a tu nieta.

Él mantuvo la mirada fija en su mujer.

—¿Tienes pruebas de lo que estás diciendo? ¿Vas a hacerle la misma pregunta a Flora después de que jure sobre la Biblia?

Charlie ignoraba si el aplomo que demostraba se debía a que sabía que era inocente o a que estaba seguro de que Flora le defendería a toda costa.

Solo le quedaba un as en la manga. Preguntó:

—¿Y si acudiera a la policía y les dijera que tú eres un yonqui y que tu mujer lleva tiempo desfalcando el dinero de Flora?

Leroy soltó una risa áspera.

—Te diría que te vayas al cementerio y le preguntes a tu mamá qué es lo que pasa cuando los clientes de tu papá se sienten amenazados.

3

Charlie tomó el camino más largo para regresar a su despacho. Necesitaba esos cinco minutos extra para tranquilizarse. Le temblaban las manos desde que había dejado a Leroy Faulkner en las mesas de pícnic y estaba otra vez mareada. Tuvo que parar en la cuneta y sacar la cabeza por la puerta, esperando a que los Doritos volvieran a hacer acto de aparición. Solo la suerte y la fuerza de voluntad lograron impedirlo.

No era la primera vez que la amenazaban. Era lo normal cuando una se dedicaba a defender a delincuentes. Pero hasta ese día las amenazas siempre habían sido poco creíbles, hechas normalmente por clientes desesperados que sabían que acabarían en la cárcel. Muchos cometían, además, la estupidez de amenazarla llamando desde el teléfono público de algún centro de detención, donde se grababan las conversaciones de los reclusos.

Esta era la primera amenaza que de verdad la había asustado.

Su madre.

Asesinada ante sus ojos.

Y el que había empuñado la escopeta era un cliente despedido de su padre.

Se estremeció con tanta fuerza que le castañetearon los dientes.

Todavía veía a Maude delante de la puerta del

apartamento, trasegando otra cerveza, fumando otro cigarrillo mientras sus ojillos la seguían hasta el coche. O al menos en dirección al coche, porque Charlie había olvidado dónde lo tenía aparcado y había tenido que pararse a mirar hasta que lo localizó al fondo del aparcamiento. Cuando arrancó, le sudaba el labio superior. Y al salir a la carretera y echar un vistazo por el retrovisor, vio a Maude siguiéndola con la mirada.

Comparadas con ella, las Culpepper eran una panda de aficionadas.

Por suerte, se le había asentado el estómago cuando entró en el aparcamiento de la parte de atrás del edificio donde su padre tenía el despacho. Los cinco minutos extra del trayecto habían conseguido tranquilizarla hasta cierto punto, aunque no le hubieran servido para aclarar sus ideas. Todavía tenía que hablar con los padres de Nancy. Eran casi las tres y media. Los Patterson volverían seguramente del trabajo en torno a las cinco. Tendría que hacer acopio de fuerzas para hablar con ellos en persona. Sería más cómodo llamarlos por teléfono, pero le parecía una cobardía hacerlo. Necesitaba ver la casa y evaluar su disposición y su capacidad para hacerse cargo de Flora, de modo que pudiera afirmar rotundamente ante el juez que la chica tenía un puerto seguro en el que refugiarse.

El hecho de que siguiera queriendo ayudar a Flora a pesar del peligro que suponía hacerlo era un defecto congénito, heredado probablemente de su padre. A lo largo de su carrera, Rusty Quinn había representado a

toda clase de clientes, a menudo situados en bandos opuestos: clínicas abortistas y fanáticos religiosos dispuestos a volarlas, o jornaleros indocumentados y agricultores a los que las autoridades sorprendían contratándolos bajo cuerda. El precio que su familia había tenido que pagar por ello había sido muy alto. Cuando Charlie tenía trece años, atacaron su casa con cócteles molotov. Y ocho días más tarde unos clientes de Rusty que creían que de ese modo podían saldar las deudas que tenían pendientes con su padre dispararon a su madre y su hermana.

Charlie debería haber escarmentado, pero, por el contrario, aquella tragedia le había dado aún más ganas de pelear.

Como solía decir Rusty, «si nadie te grita, es que no haces bien tu trabajo».

Aparcó en su sitio de siempre, detrás del despacho que compartía con su padre. Salió del coche. Cada paso que daba hacia el edificio le recordaba lo peligrosos que podían ser los enemigos de Rusty Quinn: la verja de seguridad que solo se abría con un código de seis dígitos, la valla de concertina de tres metros y pico de alto, las múltiples cámaras de seguridad, las gruesas rejas de las ventanas, la puerta blindada de la entrada de atrás y el panel de alarma iluminado que había a su lado.

Introdujo el código y utilizó su llave para abrir la imponente cerradura de seguridad cuya barra encajaba a ambos lados de la jamba de acero.

El primer olor que la asaltó fue el de los Camel sin boquilla que fumaba su padre. Luego, el de la extraña humedad que impregnaba la moqueta. Y, por último, el de los rollos de canela.

Siguió su aroma delicioso hasta la cocina. Lenore estaba delante de la nevera. Pese a que era casi treinta años mayor que Charlie, vestía una minifalda rosa y tacones a juego. Estaba mirando un televisor colgado de la pared. Otra vez aquella telenovela. Esta vez, era Katherine Chancellor quien gritaba a Jill Abbott. Charlie se avergonzó vagamente de conocer a los personajes de la serie.

—Qué mala cara tienes, niña —comentó Lenore.

—Tengo el estómago revuelto —dijo Charlie, mirando con deseo los rollos de canela que había encima de la mesa—. ¿Conoces a Maude y Leroy Faulkner?

—Ojalá no los conociera. —Lenore le puso la mano en la frente—. No tienes fiebre. ¿Has vomitado?

Charlie no contestó, pero el ceño fruncido de Lenore indicaba que lo había adivinado.

—No te acerques a los Faulkner —le dijo—. Él es un cerdo asqueroso y ella una zorra capaz de tirar de navaja a la menor oportunidad.

—Procuraré recordarlo.

Se sentó a la mesa. Tiró del borde del papel film que cubría la bandeja de los bollos. Lenore, que sabía que Charlie tenía problemas con la lactosa, siempre los hacía con compota y leche de almendras.

—La nieta de Maude quiere emanciparse de sus abuelos —dijo.

—¿Va a pagarte?

Charlie se rio. Lenore quitó hábilmente el film de la bandeja sin estropear el recubrimiento de los dulces y cogió un plato del escurridor que había junto al fregadero.

—¿Qué hay de Dexter Black?

—¿Qué pasa con él? —El nombre de aquel tipo empezaba a adquirir los tintes siniestros del nombre de Voldemort—. Seguro que no vas a decirme nada que no sepa ya.

—¿Y eso cuándo me ha impedido hablar? —Lenore abrió un cajón. Sacó una espátula y deslizó un rollo de canela en el plato de Charlie—. He visto que tenías un mensaje sobre tu tarjeta de crédito.

—Mierda. —Charlie se había olvidado por completo del asunto. Rebuscó en su bolso y sacó el extracto. Tenía que llamarlos, pero de pronto no se sentía con fuerzas. Estaba demasiado cansada. Miró la hoja mientras bostezaba, abriendo tanto la boca que le chascó la mandíbula.

—¿Estás bien, niña? —preguntó Lenore.

—Estoy hecha una mierda.

Ahora veía cuál era el problema con la tarjeta. La cuota mínima era de 121,32 dólares. Según lo que ella misma había anotado en el extracto, había hecho un pago de 121,31 dólares. Por un miserable centavo iban a cobrarle una comisión por retrasarse en el pago. Echó un vistazo al

extracto hasta que encontró la información sobre el periodo de gracia. Llegaba un día tarde.

—Si hubiera visto esto ayer, podría haberles pagado sin que me penalizaran.

Lenore miró el extracto por encima de su hombro.

—Ayer, no, nena, ni la semana pasada. La anterior. Hoy es veintitrés.

Lenore le indicó el calendario de la pared. Charlie se quedó mirando la fecha hasta que empezó a nublársele la vista.

—Mierda.

—Esto hará que te sientas mejor. —Lenore empujó el plato hacia ella y se sentó—. ¿Quieres que te cuente algo de Leroy Faulkner?

Charlie tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada del calendario.

—¿Qué?

—Leroy Faulkner, el marido de Maude. Es cliente fijo de Rusty. Desde los años ochenta.

Charlie dobló en dos el extracto de la tarjeta de la Visa y, al igual que Escarlata O'Hara, se dijo que ya pensaría en ello al día siguiente.

O al otro, quizá.

O la semana siguiente.

Lenore continuó tranquilamente:

—Leroy andaba metido en delitos de poca monta. Afanaba desbrozadoras y segadoras de césped en las casitas de los domingueros. Luego robó un cochecito de

golf John Deere y así dio el salto: pasó del hurto al robo.

Charlie repasó de memoria lo que acababa de decirle Lenore para ver si lo entendía. Llegó a la conclusión de que no era un dato sorprendente. Los delincuentes no solían acabar en la cárcel por ser precisamente unas lumbreras.

—¿Qué le pasó en la pierna? —preguntó.

—Trabajaba en mantenimiento, en la fábrica de vaqueros, antes de que la trasladaran a México. Se subió a una de esas escaleras de madera de antes para cambiar una bombilla y la escalera se rompió. Cayó como un plomo, de pie. Tenía una pierna más larga que la otra y fue esa la que se llevó todo el peso de la caída. Se destrozó los huesos hasta la cadera.

—¿Qué altura tenía la escalera?

—Nueve metros.

—Santo Dios.

—Sí, mal asunto. Vi las radiografías del hospital. Tenía el pie doblado hacia atrás y pegado a la pantorrilla.

Charlie se acordó de la férula de Leroy. ¿Su discapacidad le impedía perseguir a su nieta? Flora era joven, pero tenía aspecto de saber defenderse. Lo único que tenía que hacer era echar a correr. Claro que, si su abuelo, el hombre que había ocupado el lugar de su padre tras la muerte de este, estaba abusando de ella, era probable que se sintiera paralizada.

—Ya que hablamos de su lesión... —Miró a Lenore—. Me preguntaba si...

Ella levantó un dedo para hacerla callar. Aquella mujer tenía oído de murciélago. Pasaron tres segundos hasta que Charlie oyó los ruidos y chasquidos que indicaban que su padre avanzaba por el pasillo.

—¡Qué maravilla! —Rusty Quinn se llevó la mano al pecho al verlas—. ¡Dos mujeres preciosas en mi cocina! ¡Y encima rollos de canela! —Se sirvió uno—. Díganme, señoras, ¿cuál es la definición de un perfecto temtempié?

—Un buen rollo de canela —contestó Charlie—. Le estaba preguntando a Lenore por Leroy y Maude Faulkner.

Rusty levantó una ceja al tiempo que daba un gran mordisco al bollo. No le importó hablar con la boca llena.

—La última vez que tuve tratos con esos dos, Maude le había dado un navajazo en la cara a Leroy.

Charlie sintió que un trozo de cristal roto le atravesaba el corazón.

—¿Por algún motivo en particular?

—Lo normal: el socorrido estado de embriaguez, supongo. Cuando se le pasó la borrachera, Leroy no quiso presentar cargos. —Rusty cogió la servilleta de papel que Lenore le puso frente a la cara—. La suya es una relación amor-odio: les encanta odiarse mutuamente.

—¿Crees que serían capaces de delatarse el uno al otro? —preguntó Charlie.

—Por supuesto que sí, aunque luego volverían a las andadas. —Su padre sonrió mientras daba otro mordisco al rollo de canela—. Esos dos son como el dedo y el ano

del proverbio: nunca se sabe quién está jodiendo a quién.

Charlie estaba insensibilizada desde hacía mucho tiempo contra los comentarios soeces de su padre. Aunque se resistía, volvió a echar una ojeada al calendario. Notó una pátina de sudor en la nuca. Esforzándose por concentrarse, preguntó:

—¿Qué sabes de su nieta?

—Que perdió a su madre en un terrible accidente.

—¿Son capaces de cuidar de ella? Quiero decir sin hacerle daño.

Rusty le lanzó una mirada curiosa.

—¿Qué quieres decir?

Charlie no sabía cómo preguntarle si Leroy Faulkner era un pederasta. Aunque su padre lo supiera, probablemente estaba obligado a guardar silencio, dado que le había representado en calidad de abogado.

—¿Crees que está a salvo con sus abuelos?

—La gente suele tomar decisiones equivocadas cuando está pasando una mala racha.

—Entonces, ¿corre peligro?

—No he dicho eso. —Rusty cogió otro rollo de canela—. Pero sí que puedo decirte que, cuando murió su madre, el hecho de que hubiera una indemnización de por medio pesó mucho a la hora de convencerles de que debían criar a la niña. Es como atar una chuleta al cuello de una niña para que el perro juegue con ella.

A Charlie no le sorprendió la noticia.

—¿Qué pasará cuando se acabe el dinero?

—Eso quisiera saber yo.

Otra evasiva. Charlie trató de estrechar el cerco.

—¿Solo fingen quererla por el dinero de la indemnización? ¿O de verdad la quieren, aunque no haya dinero?

—«A veces, la pregunta es compleja y la respuesta sencilla».

Charlie soltó un gruñido: sabía que, cuando su padre empezaba a citar al doctor Seuss, todo iba de mal en peor.

—¿Cuánto dinero le conseguiste a Leroy por lo de la pierna?

—Arbitraje forzoso —respondió Rusty, lo que significaba que el caso no se había dilucidado ante un juez y un jurado, sino a través de un mediador profesional que probablemente trabajaba para la empresa demandada—. La mayor parte del dinero fue a parar al hospital, los médicos y la rehabilitación. No quedó gran cosa. El muy avaricioso de su abogado se quedó con lo que sobraba.

Charlie apartó la mirada para no ver cómo le caían migas de bollo de la boca. Rusty dio otro bocado.

—¿Algo más, Charlie querida?

Ella levantó la mano.

—No, ya me has ayudado bastante.

Su padre era inmune al sarcasmo.

—Ha sido un placer, mi amada hija.

Se marchó chasqueando los dedos y canturreando hasta que se atragantó con el bollo y empezó a toser como si se hallara en las últimas fases de la tuberculosis.

—¿Cómo le soportas? —le preguntó Charlie a Lenore.

—La verdad es que no le soporto —contestó ella, y a continuación le contó algo que Rusty no había querido revelar—: Tu padre redujo su minuta a la mitad para echarle una mano, pero Leroy se embolsó unos cincuenta de los grandes, que es mucho, aunque no tanto.

—¿Cobra pensión por discapacidad?

—Lo dudo. Es muy posible que no haya podido cobrarla, teniendo en cuenta sus antecedentes penales. No puede beneficiarse de vales de comida, ni de viviendas sociales, ni de ningún subsidio estatal.

—Imagino que Maude no trabaja.

—Pues en cerveza gasta lo suyo —comentó Lenore—. Y frecuenta el Shady Ray aún más que tu padre, así que alguna fuente de ingresos debe tener.

—¿Tú la conoces?

—Solo de vista. —Le guiñó un ojo—. Yo también frecuento el Shady Ray más que tu padre.

—¿Crees que se prostituye?

—Supongo que habrá hombres dispuestos a pagar para echarle un polvo, pero no creo que en este pueblucho de mierda tuviera suficiente clientela para conseguir ingresos regulares.

Eso Charlie no podía negarlo. Y tampoco se imaginaba a Maude Faulkner prostituyéndose. Pastoreando a un rebaño de prostitutas quizá sí, pero no haciendo el trabajo sucio. De lo que cabía concluir que seguramente el dinero que gastaba en cerveza procedía del fideicomiso de Flora.

—¿Estás bien, niña? —volvió a preguntarle Lenore.

Los ojos de Charlie volaron de nuevo hacia el calendario.

—Me han amenazado. Leroy, quiero decir, pero está claro que Maude le respaldaba.

—¿Por eso estás tan pálida?

Se obligó a mirar la bandeja de los rollos de canela, ya medio vacía. Se le hacía la boca agua al pensar en aquella delicia dulce y tibia, pero estaba tan cansada que no lograba mover los brazos.

—¿Charlotte?

De mala gana, lentamente, volvió a mirar el calendario. Fijó los ojos en los números, deseando que dieran marcha atrás. No se trataba únicamente de la cuota de la Visa. Se había saltado una semana entera. ¿Cómo era posible?

—¿Qué tal Belinda esta mañana? —preguntó Lenore.

—Cabreada —respondió, porque no había mejor forma de describir a su amiga—. La primera vez que se quedó embarazada también estaba cabreada.

—No está cabreada porque esté embarazada. Está cabreada porque su marido es un capullo.

—Dice que los hombres cambian cuando tienes hijos.

—Ryan ha sido siempre un capullo. Por eso es tan buen soldado. —Lenore la cogió de la mano—. ¿Qué te pasa, tesoro?

—¿Cómo era mi madre cuando estaba embarazada?

Lenore sonrió.

—Estaba emocionadísima. Y un poco asustada. Y

radiante. Yo no me creía esa chorrada de que las mujeres resplandecen cuando están embarazadas. ¿Qué pasa, es que son como bombillas? Pero en el caso de tu madre era cierto. Resplandecía de felicidad.

Charlie le devolvió la sonrisa. Había pensado lo mismo sobre Belinda esa misma mañana.

—Lo de tu hermana fue un feliz accidente —prosiguió Lenore—, pero contigo estaba todo planeado. Le dijo a tu padre exactamente cuándo iba a tenerte, cómo ibas a llamarte, qué asignaturas iban a ser tus preferidas en el colegio y cómo serías cuando fueras mayor.

—¿Y acertó?

—Qué tonterías preguntas. Tu madre siempre acertaba en todo. Y os quiso con locura a tu hermana y a ti hasta su último aliento —añadió.

Charlie había estado presente cuando su madre exhaló su último aliento. Sabía que Lenore tenía razón.

—No todos los hombres son unos gilipollas —dijo Lenore.

—Lo sé. —Se puso a pellizcar el rollo de canela hasta que se desprendió un trozo.

—Ben es una persona maravillosa.

—Eso también lo sé.

—Entonces... —Lenore se recostó en su silla y observó a Charlie—. ¿Vas a contarme de una vez que hace una semana que debería haberte venido la regla?

Charlie se metió el rollo de canela en la boca, entero, para no tener que responder.

4

Jo y Mark Patterson vivían en un barrio de nueva construcción en el que grandes chalés de cinco y seis dormitorios con parcelas de doce mil metros habían ocupado el lugar de los aparcamientos para caravanas y las granjas avícolas. Aquella zona de la ciudad era la máxima expresión del extrarradio urbano: sus pobladores eran personas con dinero más que suficiente para vivir en Atlanta, pero llevaban una vida tan acomodada que podían permitirse el lujo de hacer el viaje de dos horas en coche hasta la capital una o dos veces al mes para echar un vistazo a sus inversiones antes de regresar a su vida en el campo, más limpia y sosegada. Charlie y Ben solían bromear mordazmente acerca de aquellas mansiones horrendas, pero lo cierto era que envidiaban sus habitaciones de invitados y sus garajes para cuatro coches. Y, sobre todo, sus piscinas.

El garaje de los Patterson solo tenía sitio para tres coches, lo que le hizo sentir pena por ellos. Desde la calle, la casa de estilo semitador, construida en ladrillo y estuco, parecía impecable, pero al enfilear el largo camino de entrada Charlie advirtió que la pintura de la fachada estaba descascarillada en algunas partes. Todas las puertas del garaje estaban cerradas. En el camino había aparcado un BMW que parecía bastante viejo. Charlie confiaba en llegar a tiempo de encontrarse accidentalmente con

Oliver, el presunto novio de Flora Faulkner, pero dedujo por la pegatina que adornaba el parachoques del BMW (*MI HIJA ES UNA ALUMNA DESTACADA DEL INSTITUTO DE PIKEVILLE*) que Jo Patterson no trabajaba fuera de casa.

No se acordaba de cómo se llamaba la hija de los Patterson y tuvo que consultar las notas de su cuaderno.

Nancy.

Encontró su bolígrafo manchado de polvillo de Doritos. Había anotado en su lista que tenía que hablar con los profesores de Flora, pero decidió preguntarles también por Nancy Patterson. Y, de paso, por su hermano Oliver. Probablemente el chico había dejado los estudios hacía tiempo, pero los profesores solían acordarse de los alumnos conflictivos, y Charlie dedujo por el hecho de que ya tuviera antecedentes que Oliver habría dejado una huella indeleble en el instituto.

Al salir del Subaru, oyó el suave ronroneo del motor de un coche en la calle y un momento después vio aparecer por el camino de entrada un impresionante Porsche Boxter azul zafiro. Calculó que el chaval flacucho que iba al volante tenía aproximadamente diecinueve años y (citando a Maude Faulkner) unos antecedentes del carajo. El chico, que solo podía ser Oliver Patterson, tenía una buena mata de pelo rubio y la nariz aplastada, como si se la hubiera roto más de una vez. Al ver a Charlie, se subió las gafas de sol apoyándolas sobre la frente, entornó los ojos y frunció los labios. Intentaba hacerse el malote, pero

Charlie pensó únicamente que parecía un mono capuchino.

Los neumáticos del Porsche chirriaron cuando giró bruscamente en redondo al llegar al final del camino y volvió a marcharse por donde había llegado.

—Vale —masculló Charlie, preguntándose a qué venía aquella exhibición.

Si de veras Oliver Patterson era el novio de Flora, tendría que hablar seriamente con la chica acerca de los peligros de salir de Guatemala para caer en Guatepeor.

Se colgó el bolso del hombro y se dirigió a la casa. Comprobó que, vista de cerca, no solo tenía la pintura descascarillada: la madera también parecía podrida y en el recubrimiento de estuco se veían grandes desconchones. Algunos ladrillos estaban rotos. Al acercarse a la puerta delantera, se fijó en que el camino estaba agrietado y en que entre las grietas crecían hierbajos. El césped tenía calvas como un perro sarnoso. Las hojas de los arbustos de boj de delante del porche estaban arrugadas a causa de algún hongo. Uno de los paneles del ventanal tenía el cristal roto, y en los demás se acumulaba el vaho entre el cristal doble. Algunas tejas se habían caído y habían ido a parar al jardín. Los escalones del porche estaban podridos. Incluso la pintura de la puerta estaba descolorida: ya no era roja, sino tirando a rosa.

Charlie había tratado a mucha gente rica. O bien los Patterson provenían de una familia acomodada y eran muy descuidados, o bien eran nuevos ricos a los que el

dinero se les había agotado pronto.

Recordó el comentario de Leroy acerca de que Oliver era tan retorcido como su padre. Charlie se enfadó consigo misma por no haberse informado previamente sobre la familia. Su curiosidad intrínseca, el placer que le producía hurgar en los asuntos de los demás, era primordial en su trabajo como abogada defensora. Normalmente sabía más sobre sus clientes y posibles testigos que ellos mismos. Esta vez no, en cambio. Ni siquiera sabía cómo se ganaba la vida Mark Patterson. O cómo no se la ganaba, si resultaba que no trabajaba. Hoy estaba tan aturdida que creía a pie juntillas casi todo lo que le decían.

Como el timbre estaba recubierto de celofán, tocó con los nudillos cuatro veces y esperó. Luego volvió a llamar con más fuerza pensando que, con lo grande que era la casa, nadie la oiría.

Vio llegar otro coche. El vecino de enfrente, supuso cuando el Mercedes nuevécito se metió por el camino de la casa del otro lado de la calle. De él salió una mujer con una americana colgada del brazo y un maletín en la otra mano, como una personificación de la madre trabajadora. Miró fijamente a Charlie, arrugando la nariz como si pudiera deducir por el olfato qué hacía en el porche de sus vecinos.

—¿Sí?

Charlie dio un brinco y estuvo a punto de caerse por los escalones. La puerta de la casa se había abierto. Una

mujer menuda, de cuarenta y tantos años, vestida con pantalones negros de yoga y camiseta de tirantes verde fluorescente, aguardaba su respuesta. Llevaba una botella de agua en una mano y una escopeta en la otra.

—¡Joder! —Charlie levantó las manos a pesar de que la escopeta apuntaba hacia abajo.

—Ay, perdone. No está cargada. Por lo menos, eso creo.

Dejó la escopeta junto a la puerta y se secó la frente con una toalla. Tenía ese ligero brillo de sudor de las mujeres ricas que practican pilates o yoga, o cualquier otro ejercicio de estiramiento que requiera tiempo y dinero de sobra.

—Creía que era la vecina de enfrente —añadió—. Estaba arriba, haciendo ejercicio, y he visto su coche. Es una bruja. Todos los días llama a la puerta para darnos la lata por esto o aquello. Ni que fuera asunto suyo lo que hagamos en nuestra casa. —Le indicó que pasara—. Usted debe de ser la abogada. —No aguardó respuesta—. Soy Jo Patterson. Flora nos dijo que vendría. Es una chica estupenda. ¿Sabe usted que ha vendido más galletas que nadie en toda Georgia? Y es la mejor amiga de Nancy. Son uña y carne. Nosotros la queremos con locura. ¿Le apetece un té con hielo?

Charlie sintió el impulso de menear la cabeza para que aquella avalancha de información se ordenara hasta adoptar una forma comprensible.

—No, gracias.

—Vamos a la parte de atrás. Solo es cuestión de tiempo que esa zorra llame a la puerta.

Charlie la siguió de buena gana: siempre había querido ver el interior de una de aquellas casonas. Mientras avanzaban por el pasillo, Jo fue cerrando enormes puertas de madera y farfullando disculpas por el desorden. Charlie no se imaginaba ni en sus sueños más descabellados viviendo en una casa con tantas habitaciones, y mucho menos teniendo que amueblarlas. Al parecer, Jo Patterson se había topado con el mismo problema. Había una salita ocupada únicamente con dos pufes y un televisor viejo con una videoconsola debajo. En el comedor no había mesa ni sillas y la lámpara del techo estaba torcida, como si alguien hubiera intentado columpiarse en ella. Incluso el aseo mostraba indicios de desidia. El papel del techo se había desprendido. Alguien había hecho un intento poco enérgico de arrancarlo y solo había conseguido empeorar su aspecto.

—¿Hace mucho que viven aquí? —preguntó Charlie.

—Cinco o seis años. —Jo Patterson cerró la puerta de lo que parecía ser un despacho. Dentro había un escritorio metálico como los de los profesores de instituto, varias cajoneras de metal con gruesas cerraduras y numerosas cajas rebosantes de papeles—. Todavía estamos amueblándola, aunque la verdad es que llevo tiempo diciendo lo mismo, porque soy incapaz de tomar una decisión. Hay tanto donde escoger, usted ya me entiende.

A Charlie le habría encantado poder escoger entre

distintas opciones si se trataba de comprar un lavaplatos nuevo que no perdiera agua cuando ponías más de cuatro platos en la rejilla de abajo.

—Aquí es —dijo Jo y, estirando los brazos, le indicó una enorme cocina con sala de estar.

El sol entraba a raudales por los gigantescos ventanales. El techo abovedado tenía al menos nueve metros de alto, pero las vigas de madera vistas le daban un ambiente acogedor. La parte de atrás de la casa, al menos, sí estaba amueblada. Era lo único que parecía habitado. Mullidos sofás de cuero. Butacas. Y un descomunal televisor de pantalla plana colgado sobre la chimenea de piedra. Al ver la enorme estancia diáfana, a Charlie se le saltaron las lágrimas de envidia, no porque le gustara cocinar, sino porque quería tener una cocina que hiciera llorar de envidia a las visitas.

Si los Patterson no querían adoptar a Flora, podían adoptarla a ella: estaría encantada.

—No somos muy de jardín —comentó Jo como si Charlie le hubiera preguntado algo sobre el embarrado jardín trasero—. Eso nos trae problemas con las vecinas, porque hay no sé qué cláusula en los estatutos de la comunidad sobre el mantenimiento de los jardines. A nosotros nos trae sin cuidado, pero por lo visto en este barrio no puede una ni cagar sin pedir permiso. Pero, oiga, usted es abogada, ¿no? ¿No podría ayudar a quitárnoslos de encima? Son una panda de brujas que no tienen otra cosa mejor que hacer que venir a quejarse.

Charlie tuvo que sacudir la cabeza otra vez para entender lo que acababa de pedirle.

—No me dedico a ese tipo de cuestiones, pero puedo darle el nombre de un abogado que podría ayudarla.

—No, qué va. —La mujer meneó la mano, indicándole que entrara en la cocina—. Querría cobrarnos.

Charlie no señaló que ella también querría cobrar por su trabajo.

—¿Con o sin azúcar?

No había pedido té, pero quería tener una excusa para quedarse en la cocina admirando los electrodomésticos de acero inoxidable.

—Sin.

—Flora es increíble. La queremos una barbaridad. —Jo abrió la puerta de cristal del enorme frigorífico. El cristal se sacudió. Tuvo que empujar para volver a cerrarla. Le dijo a Charlie—: Nancy la conoció el primer día de instituto y enseguida se hicieron grandes amigas. Siempre se han llevado estupendamente. Son uña y carne. —Sacó dos vasos limpios del lavaplatos Miele que había junto al fregadero de porcelana—. Yo estaba muy preocupada cuando trasladaron a Mark desde Roswell, pero todo ha salido bien. Mi marido es promotor inmobiliario. Hoy, precisamente, ha ido a visitar unos terrenos para una empresa de Atlanta que quiere construir un restaurante Applebee's cerca de la 40 Norte. ¡Un Applebee's! ¿Se imagina? ¿Qué será lo siguiente? ¿Un Olive Garden? ¿Un Red Lobster? ¡Esto se pondrá de bote en bote!

Charlie se sentó junto a la encimera. La lisa superficie de granito era fría al tacto. Una nevera para vinos ronroneaba tras ella, vacía. Su envidia remitió ligeramente. Vista de cerca, la cocina parecía algo deteriorada. Había arañazos en las paredes, a la campana de madera le faltaba un trozo y, a la placa de la cocina, dos mandos de color rojo.

Jo, que no parecía percatarse de su mirada crítica, sirvió el té.

—Y luego hay también unos tipos que quieren construir un centro comercial en ese viejo molino que hay en la 515. ¿Sabe cuál le digo? —No necesitó que Charlie contestara para agregar—: Yo habría construido allí un spa. Me encanta esto, pero, Dios mío, la gente es insoportable. Creo que la mitad de los vecinos estarían de mucho mejor humor si de vez en cuando les dieran un buen masaje. Pero, en fin, no paro de hablar de mí misma. ¿Qué es lo que quiere que le cuente?

Se hizo un desacostumbrado silencio y Charlie se quedó escuchándolo.

—Sobre Flora —añadió Jo—. ¿Qué necesita saber?

Charlie tardó un instante en volver a calarse el birrete de abogada.

—Flora quiere emanciparse.

—Ya, eso nos lo ha dicho. ¿Se acuerda de esa película en la que Drew Barrimore quería hacer lo mismo...?

—Es un poco distinto de...

—¡Diferencias irreconciliables! —exclamó Jo

chasqueando los dedos—. Dios mío, me estaba volviendo loca intentando recordar el título de esa película. Me pregunto qué habrá sido de Shelley Long. Estaba estupenda en *Cheers*.

Charlie necesitaba recuperar el hilo de la conversación.

—Para conseguir su emancipación, habrá que convencer al juez de que Flora es capaz de desenvolverse como una mujer adulta: cuidar de sí misma, ser responsable y no vivir de subsidios estatales. Creo que es mucho más probable que ganemos si podemos demostrar que dispone de un buen hogar en el que instalarse.

—¿Qué puede haber mejor que esto? —Jo abrió los brazos con orgullo, como si la casa no se estuviera cayendo a pedazos—. Pero nosotros no la adoptaríamos, ¿verdad? Flora solo viviría aquí. Casi como una inquilina. No es que vayamos a pedirle que firme un contrato ni nada por el estilo. Será como una hija, pero sin serlo.

—Exacto —respondió Charlie, porque Flora seguía siendo muy joven y no podía valerse sola por completo—. Así que lo que necesito ahora mismo tanto de usted como de su marido es que firmen una declaración afirmando que están dispuestos a acoger a Flora en su casa hasta que cumpla dieciocho años.

—Por supuesto que sí. —Jo Patterson empujó un vaso de té por la encimera, hacia Charlie—. Es más, estamos dispuestos a acogerla hasta que se case. Y luego puede venirse a vivir al sótano si quiere. La queremos una barbaridad. El otro día se lo dije: que, necesite lo que

necesite, aquí nos tiene. Para lo que sea.

—Para lo que sea —repitió Charlie porque había una nota extraña, casi ensayada, en el tono de la mujer—. ¿Qué me dice de su hijo Oliver? ¿Todavía vive con ustedes?

—Claro que sí. Sigue siendo mi bebé.

—¿Cree usted que se casarán?

—Uf, ¿quién sabe con estos críos? —Se rio—. Oliver es tan tontorrón en lo que se refiere a Flora... Antes llevaba el pelo hasta aquí. —Puso la mano a la altura de su hombro—. Y siempre tenía granos porque la grasa del pelo le rozaba la cara y yo le decía «Ollie, lávate el pelo y no te saldrán granos», y él cerraba de un portazo su habitación y decía «¡Mamá!». Y entonces apareció Flora y Ollie se cortó el pelo igual que Mark, aunque no le diga a Ollie que lleva el pelo igual que su padre porque se pondrá...

Frunció la boca en un mohín y luego soltó una carcajada. Siguió riéndose. Y riéndose. Y pasado un rato se reía tan fuerte que Charlie empezó a preguntarse si de verdad había algo de tronchante en aquella situación. ¿Estaría pasando algo por alto?

Por ejemplo, ¿por qué se estaba cayendo la casa a pedazos?

¿Por qué la única habitación que estaba amueblada era la única en la que dejaban entrar a las visitas?

¿Por qué no contrataban a un paisajista para que se encargara del jardín?

¿Y por qué no a un empleado de mantenimiento que cuidara de la casa?

Y lo que era más importante, ¿por qué conducía Oliver un Porsche que, según Belinda, había conducido Maude Faulkner el mes anterior?

Charlie se recostó en su silla. Había una puerta abierta en la cocina que parecía conducir al sótano, lo cual estaba muy bien de no ser porque la pared de yeso no estaba pintada, de lo que cabía deducir que el sótano tampoco estaba acabado.

—¡Ay, señor! —Jo se secó las lágrimas de cocodrilo de los ojos—. Espero que se casen, sí. Todos queremos una barbaridad a nuestra pequeña Flora.

Charlie cruzó los brazos.

—Hábleme más de Oliver.

—Es un chico muy bueno y sensible. —Se llevó la mano al pecho, aparentemente sin darse cuenta de que se estaba contradiciendo—. Siempre está buscando maneras de ayudar a la gente, hasta cuando era pequeñito. Es lo que quiere hacer. Lo que queremos hacer todos, en realidad. Queremos ayudar a Flora, pero Oliver, sobre todo, está emperrado. —Se apoyó contra la encimera, todavía con la mano en el corazón—. Una vez, cuando era pequeño, recuerdo que me preguntó: «Mamá, ¿por qué los indigentes huelen tan mal?». Y yo le dije: «Tesoro, eso es porque no tienen una casa con ducha ni un sitio donde lavar la ropa», y en cuanto me descuidé se puso a hablar con un mendigo que había en la calle, en el centro de

Atlanta, y se ofreció a traerlo a nuestra casa para que se duchara y lavara la ropa. Yo no podía permitirlo, claro, pero aun así ya ve usted que tiene un corazón de oro.

A Charlie volvió a extrañarle su tono ensayado. Empezaba a tener la clara sensación de estar viendo el mejor espectáculo del pueblo sentada en primera fila.

—Y Nancy es nuestro orgullo y nuestra alegría — agregó Jo Patterson—. Más lista que el hambre. No le gusta mucho estudiar, pero lo capta todo al vuelo. Estamos muy orgullosos de nuestros angelitos. ¡Ah, aquí está mi niño grande!

Charlie se giró, esperando ver al perro de la familia, y se encontró con un hombre maduro, con el pelo canoso, una hendidura en la barbilla con la que podría cortarse un bollo de pan y la piel tan morena que sin duda pasaba innumerables horas bronceándose bajo una lámpara de rayos uva.

—Mark Patterson. —El hombre le tendió la mano dejando ver unos dientes blanquísimos, un grueso Rolex de oro y un vello tan espeso en los brazos que parecía lógico que su hijo fuera un mono capuchino—. Usted debe de ser la abogada —dijo—. Flora nos avisó de que vendría. ¿En qué podemos ayudar?

Charlie estrechó su mano sudorosa.

—Cuéntenme cómo viviría Flora en caso de trasladarse aquí.

Él miró un instante a su mujer.

—Bueno, para nosotros sería como una hija más.

Haríamos todo lo posible por ella. Me doy cuenta de que al emanciparse pasaría a ser legalmente adulta, pero todavía tiene dieciséis años...

—Quince —masculló Jo.

—Claro, quince ahora, pero cuando se instale aquí ya tendrá dieciséis. Lo que quiero decir es que todavía es una cría. Una adolescente. Una adolescente estupenda —añadió—. Quiero decir que Flora es maravillosa, pero sigue siendo muy joven.

Charlie sacó su cuaderno.

—¿Tendría su propia habitación?

—Claro que sí. Aquí tenemos espacio de sobra.

—Aunque puede que le apetezca compartir habitación con Nancy —agregó Jo—. Son uña y carne.

Charlie se alegró de que «uña y carne» no fuera uno de esos juegos en los que los contendientes tienen que beber chupitos de alcohol, porque a esas alturas ya estaría borracha.

—¿Podría ver dónde viviría Flora? —preguntó.

Mark y Jo cambiaron una mirada. Ella dijo:

—La planta de arriba está hecha un desastre, pero se la enseñaré encantada otro día. O puedo hacer unas fotos y mandárselas. ¿Le valdrá con eso?

Charlie se preguntó cuántas habitaciones sin amueblar había arriba. Y a continuación se preguntó cómo iba a sonsacarles la verdad a los Patterson.

—¿Y qué me dicen de un coche?

—¿Un coche? —repitió Jo.

—Como usted misma ha dicho, Flora cumplirá pronto los dieciséis. Necesitará un coche.

Jo Patterson buscó de nuevo la mirada de su marido. Lo obvio habría sido contestar que el fideicomiso cubriría las necesidades de transporte de Flora, pero Mark ofreció otra alternativa.

—Nancy tendrá coche en cuanto cumpla los dieciséis, el mes que viene —dijo—. Un Honda viejo que voy a comprarle a un antiguo cliente. Imagino que lo compartirán. De todos modos, van siempre juntas a todas partes. Son uña y carne.

Lo del «uña y carne» era como un mantra para aquella familia. De hecho, parecía casi una cantinela ensayada.

—¿Y qué hay de la comida? —preguntó Charlie—. ¿La ropa? ¿Los gastos escolares?

—Eso no es problema —respondió él—. Flora ya es como una hija para nosotros. Será un placer ocuparnos de esas cosas. Es una chica estupenda. La queremos una barbaridad.

Charlie observó que Jo daba un respingo al oír que su marido repetía sus mismas palabras.

Daba la impresión de que seguían un guion.

—Hacen muy buenas migas, ¿verdad?

—Exacto. —Sonrió como si acabara de aprobar un examen—. Muy buenas migas.

—El caso es —dijo Jo, tratando de reparar los daños— que los Faulkner, sus abuelos, no son una buena influencia. Lamento tener que decirlo, pero se trata del

futuro de Flora, de su educación, de cómo va a vivir su juventud. Ellos lo intentan, pero tienen un carácter... — Se detuvo.

Seguramente había estado a punto de decir lo mismo que le había dicho Flora esa mañana en el cuarto de baño del local de las *scouts*. Por fin añadió:

—Sé que Flora no dirá una palabra en contra de sus abuelos, pero Leroy tiene problemas con las drogas y Maude es... Bueno, ya la habrá visto. Se habrá hecho una idea de cómo es. Yo no me metería con ella ni por todo el oro del mundo, pero queremos tantísimo a Flora... Es una chica increíble. La queremos...

—¿Una barbaridad? —preguntó Charlie.

—N-no —tartamudeó Jo.

Mark se apresuró a intervenir:

—Imagino que lo que iba a decir mi esposa es que no podíamos permitir que Flora siguiera en esa situación tan horrible.

—¿Qué tiene de horrible exactamente?

Una mueca de desagrado arrugó la nariz morena de Mark.

—Ese edificio de apartamentos es un horror. Está justo al lado de la autopista.

—Creo que es lo único que pueden permitirse. Pero ser pobre no es un delito, ¿verdad? —Charlie observó su expresión, tan pétrea como la de una estatua de mármol —. A menos que esté pensando en el fideicomiso.

—¿Fideicomiso? —dijo Mark con voz aguda—. ¿Qué

fideicomiso?

Su débil intento de disimular casi hizo reír a Charlie.

—Flora me ha dicho que les ha contado lo del dinero que tiene en fideicomiso.

Los Patterson parecieron relajarse ligeramente. Jo soltó una risa nerviosa: la segunda risa de su repertorio, después de la carcajada estruendosa.

—Bueno, no estábamos pensando en el fideicomiso —dijo su marido— porque, evidentemente, ese dinero es para los estudios de Flora y para que pueda independizarse más adelante. Es una chica muy lista. La verdad es que podría ir a cualquier colegio. —Hizo un gesto abarcando la casa—. No quiero parecer grosero, pero obviamente no nos hace falta el dinero.

—Obviamente —repuso Charlie.

Jo se rio otra vez, pero solo con un «ja, ja» que sonó exactamente como si lo estuviera leyendo en la parte de atrás de una caja de cereales.

—Una cosa más. —A Charlie le encantaba decir «una cosa más», porque esa «cosa» solía ser el quid de la cuestión—. Lamento decírselo, pero Leroy ha hecho algunos comentarios poco halagüeños sobre usted, Mark. Ha dicho algo así como que era muy retorcido.

—Santo cielo. —Jo soltó su risa número uno: una profunda carcajada—. Parece un chiste: un constructor y un abogado entran en un bar...

Mark se sumó a sus carcajadas. Incluso se llevó la mano al estómago. Charlie estuvo observándolos hasta

que sus risotadas se fueron por el desagüe.

—¡Ay! —dijo Mark secándose los ojos—. Bueno, ya sabe lo que opina la gente de los constructores. Nos meten a todos en el mismo saco.

—Creía que era usted promotor inmobiliario.

—Constructor, promotor inmobiliario... Viene a ser lo mismo.

—¿De veras? Tenía entendido que una cosa tenía mucho más que ver con la especulación que la otra —comentó Charlie—. Y que era económicamente más arriesgada.

—A nosotros nos va muy bien —dijo Jo—. Mark es buenísimo en lo suyo.

—Eso es estupendo. —Se quedó callada, mirando a Mark como si esperara una explicación.

Él tenía la boca tan seca que se le pegó el labio a los dientes cuando sonrió.

—¿Quiere hacernos alguna otra pregunta?

—No, gracias. —Charlie cerró su cuaderno, puso la capucha al bolígrafo y fingió que no notaba que los dos suspiraban al unísono—. Solo necesitaré que pongan por escrito lo que acaban de decirme: que no tocarán el dinero del fideicomiso.

Los Patterson se miraron otra vez con ojos saltones.

—¿Se refiere a una carta o algo así? —preguntó Jo con voz aguda.

—No. —Charlie bebió un sorbo de té, pero solo para hacerles esperar—. Necesitaré una declaración jurada en

la que se comprometan a no recibir ningún dinero del fideicomiso de Flora ni directa ni indirectamente. — Sonrió—. Y, naturalmente, también tendrán que subir al estrado durante la vista y declarar lo mismo delante del juez, lo que supongo que no supondrá ningún problema, ¿verdad?

Mark se mordisqueó el labio.

—Mhmm.

Charlie aumentó un poco más la presión.

—Porque, si se comprometen a no tocar el dinero del fideicomiso y no cumplen su palabra, eso sería perjurio.

—Perjurio —repitió Mark.

—Bueno... —Jo se aclaró la garganta—. No soy abogada, pero, si no he entendido mal, Flora ya estará emancipada. —Sonrió débilmente—. Así que será ella quien controle el dinero, no nosotros. Puede hacer con él lo que quiera.

—Correcto, pero si recibieran ustedes dinero, si ella les pagara un alquiler, por ejemplo, o pagara enseres de la casa o les ayudara con la hipoteca o con la compra o con cualquier otra cosa, eso equivaldría a detraer dinero de su fideicomiso. Por eso me alegro de que hayan dicho que no sería una inquilina, porque ello podría considerarse un incentivo económico para ustedes, podría sospecharse cierto ánimo de lucro y, dado que todavía es menor de edad y no se ha emancipado, el juez no lo vería con buenos ojos. Por eso tenemos que cerciorarnos de que lo que han dicho es cierto: que Flora será como una hija más

para ustedes, no la gallina de los huevos de oro que pueda sacarles de posibles apuros económicos. —Charlie guardó su cuaderno en el bolso—. ¿De acuerdo?

—Mhmm —repitió Mark.

—El caso es —prosiguió Charlie— que el juez designará a un trabajador social y un albacea para que se encarguen de hacer el seguimiento del caso, porque quitarles la custodia de una menor a sus familiares y declararla adulta, todo ello bajo la premisa de que estará mejor atendida con otra familia, es un asunto muy serio. El juez querrá tener garantías de que todo el mundo cumple lo acordado. El trabajador social hará visitas de inspección. Y el albacea se encargará de vigilar los movimientos de dinero para asegurarse de que no haya irregularidades. Y, naturalmente, todo el mundo tendrá muy presente el tema del perjurio, un delito que puede acarrear hasta cinco años de prisión y una multa de hasta doscientos cincuenta mil dólares.

—Vaya —dijo Mark—. Es bueno saberlo.

—Sí —añadió Jo esbozando una sonrisa trémula—. Por mi parte no hay problema en firmar ese documento. No tenemos intención de tocar ni un centavo de ese dinero.

—Cierto —terció Mark, reaccionando de inmediato—. Nuestra única intención es asegurarnos de que Flora disponga de ese dinero para sus estudios.

Deberían haber sabido que no convenía intentar embaucar a una abogada.

—Me temo que las intenciones no tienen tanta fuerza

como los contratos jurídicamente vinculantes. Al juez no le interesarán sus intenciones. Querrá una declaración jurada.

—Bueno... —dijo Jo.

—Evidentemente, el dinero no es lo que cuenta —la interrumpió Mark—. Flora es muy importante para nosotros. La queremos una barbaridad. —Sus ojos se movían como el carro de una máquina de escribir—. Como usted ha dicho. Antes, quiero decir. Es lo que ha dicho. Que la queremos una barbaridad.

Charlie emuló su sonrisa falsa.

—Obviamente.

5

Charlie había aparcado frente al restaurante casi desierto, decorado en vinilo rojo y cromo, al estilo de los años cincuenta, y aún estaba sentada dentro del coche. Una rápida llamada al juzgado (una llamada que debería haber hecho esa mañana) le había desvelado que Mark Patterson debía varios millones de dólares. El Range Rover que había visto aparcado en el camino de entrada al marcharse de casa de los Patterson estaba a punto de ser embargado. La cuota final del chalé estaba pendiente de pago. Incluso debía tanto dinero a un colegio pijo de Roswell que la dirección había dejado el asunto en manos de una agencia de cobro a morosos.

Obviamente, querían a Flora por su dinero. Antes de seguir adelante con el asunto, Charlie tenía que averiguar si habían llegado a un acuerdo con ella para que les hiciera un pago por adelantado o les abonara un alquiler mensual, o habían pactado algún otro subterfugio.

Había, además, otros interrogantes.

Flora afirmaba que quería desvincularse de sus abuelos antes de que acabaran con todo el dinero del fideicomiso. ¿Para qué iba a molestarse en pedir la emancipación para caer en las garras de otra pareja igual de avariciosa? ¿Creía acaso Flora que podría controlar a los Patterson una vez fuera declarada oficialmente adulta?

Solo había un modo de averiguarlo y era preguntárselo

a la propia Flora, pero Charlie se había sentido paralizada por el cansancio al aparcar frente al restaurante.

¿Por qué Flora no había sido sincera con ella desde el principio? ¿Temía decir la verdad o es que la tomaba por tonta?

A través de las ventanas del restaurante, la vio hablar con su último cliente. Le produjo la misma impresión que esa mañana: la de una adolescente amable, simpática y espontánea. Seria. Honrada. Un poco frágil, pero también obstinada.

Se había recogido el pelo en un moño y vestía un delantal blanco encima de los vaqueros azules y la camisa verde de las *scouts*. El cliente era un hombre mayor, flaco y amojamado, con el pelo peinado en cortinilla, el tipo de hombre que siempre tenía a mano un arsenal de anécdotas aburridas que contarles a las jovencitas guapas. Flora parecía dispuesta a escucharle. Sonrió y asintió con la cabeza una vez, y luego otra, y a continuación dejó discretamente la cuenta sobre la mesa y se alejó.

El de la cortinilla le dio una palmada en el culo.

Charlie sofocó un grito de sorpresa.

Saltaba a la vista que no era la primera vez que Flora se encontraba en una situación así. Sonrió y miró al viejo verde meneando el dedo. Después volvió al trabajo. El hombre prácticamente babeaba cuando ella se inclinó para recoger los platos de una mesa cercana.

Sonó su móvil y Charlie reconoció el número del despacho de Ben. Seguramente el equipo de vigilancia de

la policía le había informado de su visita al apartamento de los Faulkner.

Esperó a que el teléfono dejara de sonar, sintiendo una punzada de mala conciencia.

Cuando volvió a mirar hacia el restaurante, Flora se estaba riendo con la boca abierta y los ojos cerrados. Había otra camarera, una chica más o menos de su edad. Probablemente le había contado algo gracioso a Flora. Esa parecía ser su única contribución al trabajo. Había estado rellenando desmañadamente los botes de ketchup y tenía el delantal tan manchado de rojo que parecía recién salida de una matanza. Su cabello rubio oxigenado y la serpiente que llevaba tatuada en el antebrazo tampoco le hacían ningún favor.

Charlie sacudió la cabeza al ver la serpiente. Antes, solo los moteros y los delincuentes llevaban tatuajes. Ahora, eran tan corrientes que ya ni siquiera podían considerarse un signo de afirmación personal, como no fuera para decir «Eh, que soy como todos los demás».

Se le encogió el estómago. Ya estaba otra vez comportándose como una abuela. O quizá no como una abuela, sino como una *madre*.

Se llevó la mano al vientre y pensó en Escarlata O'Hara viendo alejarse a Rhett.

Lo de dejar las cosas para mañana tenía sus ventajas.

Apartó aquella idea de su mente y volvió a fijarse en la escena que se desarrollaba dentro del restaurante.

El de la cortinilla se levantó trabajosamente de la mesa.

Flora le obsequió con la misma sonrisa pizpireta hasta que el hombre dio media vuelta para marcharse. La cara de asco que puso entonces era idéntica a la de un sinfín de mujeres cuyo salario depende de que coqueteen convincentemente o no con un hombre por el que no sienten ninguna atracción.

Charlie no podía quedarse en el coche indefinidamente, lamentando las injusticias que sufrían las mujeres. Apagó el motor y se dirigió al restaurante.

Una ráfaga de aire frío envolvió su cuerpo cuando empujó la puerta de cristal. Notó un fuerte olor a patatas fritas que le dio hambre y, un instante después, vio un tarro de mayonesa que le revolvió el estómago. Fijó la mirada en las relucientes molduras de cromo que remataban todas las superficies. Había peores sitios en los que comer. Los asientos corridos de vinilo rojo parecían mullidos y acogedores. Los Beach Boys sonaban a través de los altavoces. En el local solo quedaba un cliente: un hombretón sentado junto a la barra al que se le veía buena parte de la raja del culo. Charlie supuso por su atuendo que era el conductor de la furgoneta de una empresa de fontanería que había en el aparcamiento.

La camarera tatuada estaba sirviendo un café. Levantó la vista y sonrió a Charlie. La chapa con su nombre decía *NANCY*. Señaló con la cabeza hacia una mesa vacía de la parte delantera del local.

—Enseguida estoy con usted.

Charlie recorrió el restaurante con la mirada, pero no

vio a Flora.

—Primero voy a usar el aseo.

Recorrió el pasillo trasero por el que había visto desaparecer a Flora. Había tres puertas a la izquierda, cada una con su correspondiente rótulo. *CHICOS. CHICAS. ALMACÉN*. La puerta del fondo estaba entreabierta. El sol cortaba el suelo de damero como una cuchilla. Charlie notó un olor a tabaco. Oyó risas.

—No, gilipollas —dijo Flora, cuya voz sonaba mucho más ronca que antes—. No pienso hacer eso. Qué asco.

—¿Por qué? —respondió una voz masculina, muy aguda, probablemente perteneciente a un mono capuchino—. ¿Es que no me quieres?

—Si *tú* me quisieras, ni siquiera me lo plantearías.

Charlie cerró los ojos. A los quince años, ella había tenido conversaciones parecidas.

—Mira —añadió Flora—, tú aguanta unos días más. Esa abogada va a hablar con tus viejos, y entonces viviremos en la misma casa y será más fácil.

—No, si interviene tu abuela.

—De mi abuela me encargo yo.

Él soltó una corta risotada.

—Si tú lo dices.

—Claro que lo digo. —Flora hizo una pausa—. Venga, nene, no seas así.

Charlie oyó el sonido inconfundible de unos labios y unas lenguas entrelazándose. Lo cual era una asquerosidad, porque espiar a Flora enrollándose con su

novio era justamente lo que haría un tipo como el de la cortinilla.

Retrocedió y entró en el aseo de *CHICAS*.

El olor a lejía le produjo picor en la nariz. Una de las camareras (Flora, seguramente) había limpiado el aseo a conciencia. El lavabo prácticamente brillaba. Hasta el suelo estaba impecable.

Parpadeó cuando empezó a nublársele la vista. Se sentía inexplicablemente mareada. Otra vez tenía el estómago revuelto. Apoyó la mano en la pared. No iba a vomitar el rollo de canela que se había comido hacía una hora, pero, por si acaso, entró en un reservado. El asiento del váter, recién limpio, tenía la tapa levantada. Se quedó allí de pie, mirando su reflejo en la lisa superficie del agua, y esperó.

¿Iba a vomitar?

Sí, iba a vomitar.

Se inclinó. Sintió una arcada. Su garganta emitió el gorgoteo propio de las ocas cebadas para paté, pero no sucedió nada.

Esperó unos segundos para asegurarse. Se incorporó. Se acercó al lavabo.

El espejo reflejaba la imagen de una mujer aterrorizada ante la posibilidad de que toda su vida cambiara de repente.

¿Para bien o para mal?

Se llevó otra vez la mano a la tripa, no porque tuviera ganas de vomitar sino porque se preguntaba qué había allí

dentro.

Podía pasarse por una farmacia. Comprar una de esas pruebas. Podía hacer pis en un palito y al cabo de unos minutos saldría de dudas.

Pero ¿de verdad quería saberlo?

Se recogió el pelo en una coleta y se la sujetó con un pasador. Encontró una barra de carmín en el bolso. Se estaba pintando los labios pálidos cuando se abrió la puerta.

—¿Se encuentra bien, señorita Quinn? —preguntó Flora.

—Siempre me encuentras en el peor momento —le dijo Charlie al reflejo de la chica en el espejo—. ¿Ese era Oliver, tu novio?

Flora se apoyó contra la pared. Ella también le habló al espejo.

—Yo no lo llamaría mi novio.

—Sea lo que sea, no hagas nada con él que no quieras hacer.

—No lo haré.

Parecía muy segura de sí misma.

—¿Te han dicho tus abuelos que he hablado con ellos? —preguntó Charlie.

—Me ha llamado la abuela. Está muy enfadada con usted.

—Ya me lo dejó claro cuando la vi. —No podía fingir que las cosas seguían igual que la última vez que Flora la había sorprendido vomitando en un aseo público—.

También he hablado con los Patterson —dijo.

Apoyada contra la pared, Flora cruzó los brazos y esperó.

—Sabes que quieren sacarte dinero, ¿verdad?

La chica fijó la mirada en el suelo. Charlie volvió a guardar el carmín en el bolso.

—No puedo ayudarte si no eres sincera conmigo.

—He sido sincera —afirmó Flora—. Necesito escapar de mis abuelos. Van a fundirse mi dinero y...

—¿Has llegado a algún tipo de acuerdo con los Patterson?

La chica no respondió.

—Necesito saber la verdad, Flora.

Asintió lentamente con la cabeza.

—Cariño, los Patterson no son buena gente. Te están estafando.

—No te pueden estafar si sabes lo que está pasando.

—Eso no es del todo cierto. —Charlie también cruzó los brazos—. ¿Qué pasará si dentro de un año quieren más dinero?

—Que no se lo daré.

—Te echarán de casa, ¿y entonces qué?

—Entonces viviré en otro sitio.

—Flora... —Charlie no quería entrar en detalles, así que solo le dijo lo esencial—: Como abogada, no puedo llevar a alguien al estrado a testificar a sabiendas de que va a mentir.

La chica no parecía muy convencida.

—¿Y quién se va a dar cuenta de que está mintiendo?

—Lo sabré yo. —Dejó escapar un largo suspiro al ver su expresión desconcertada—. Puede que te cueste creerlo, pero los abogados debemos ceñirnos a un código ético. Podría perder mi licencia para ejercer si lo violara.

La chica no se inmutó.

—¿Es usted una cobardica o qué?

Charlie no iba a contestar con evasivas a aquella pregunta infantil.

—Lo siento, pero creo que sí.

Los ojos de la chica centellearon, llenos de rabia.

—Su padre no es ningún gallina.

—No, pero gracias a él aprendí una lección muy dura acerca de las consecuencias que tienen los propios actos.

—Se dio cuenta de que la chica seguía sin entenderla—. Mi padre tomó algunas decisiones respecto a su carrera como abogado que tuvieron consecuencias muy negativas para mi familia. —No sabía cómo expresarse con más claridad—. Incendiaron nuestra casa.

Flora pareció sorprendida. Había crecido en Pikeville, así que evidentemente sabía lo del tiroteo. El hecho de que su casa hubiera sido atacada con cócteles molotov apenas una semana antes solía quedar eclipsado por el asesinato a sangre fría.

—Alguien lanzó un cóctel molotov por la ventana de nuestra casa —añadió.

—¿Qué es un cóctel molotov?

—En nuestro caso, una botella de cristal llena de

gasolina de la que sobresalía un trapo.

Flora parecía confusa.

—¿Explotó al chocar contra la casa?

—No, prendieron fuego al trapo antes de lanzar la botella por la ventana delantera. La botella se rompió, la gasolina se extendió por todas partes, el trapo ardiendo prendió fuego a la gasolina y cuando llegaron los bomberos ya no había casa, solo un agujero negro y humeante.

—Joder. —Flora no parecía tan horrorizada como esperaba Charlie—. Como en *Más allá del amor*.

—No, como en *Más allá del amor*, no. Más bien como más allá del infierno. —Había olvidado lo que era tener la edad de Flora, cuando todo era trágico o romántico—. Por suerte no estábamos en casa. El fuego se extendió tan deprisa que la casa se quemó en menos de diez minutos.

Flora apretó los labios.

—Lo siento muchísimo, señorita Quinn. Debió de ser muy duro.

No tanto como lo que pasó ocho días después.

—Flora, te aprecio y quiero ayudarte, pero las decisiones que tomo como abogada, cómo defendiendo a mis clientes y qué líneas estoy dispuesta a cruzar o no, pueden tener consecuencias de largo alcance. Mi familia depende de mí. Sobre todo, ahora. —Bajó la mirada. Sin darse cuenta, había vuelto a llevarse la mano a la tripa—. Me están pasando cosas de las que tú no sabes nada.

—Lo siento, señorita Quinn. ¿Puedo hacer algo?

A Charlie se le rompió el corazón al verla de nuevo tan dispuesta a ayudar.

—Gracias, pero tanto tú como yo tenemos alternativas. No voy a hacerte ninguna promesa, pero, si estás dispuesta a seguir adelante, estoy segura de que podré conseguir que el juez designe un nuevo albacea para tu fideicomiso. Tus abuelos están estafando al sistema y eso podemos impedirlo. No podrás recuperar el dinero perdido, pero al menos dejarán de aprovecharse de ti.

—Pero tendrá que decirle al juez el motivo. —Flora había advertido de inmediato cuál era el punto flaco de su estrategia—. No puedo hacer eso, señorita Quinn. Tendría que denunciarlos ante la ley y entonces irían a la cárcel y yo acabaría en un hogar de acogida. Estaría mejor con Mark y Jo.

Charlie dudaba de que los Patterson estuvieran dispuestos a acogerla sin su dinero.

—No me parece una buena opción.

—Si no vivo con ellos, ¿dónde voy a ir? —preguntó la chica—. ¿A un hogar de acogida? —Sacudió la cabeza con vehemencia—. En el instituto hay algunos chicos que viven con familias de acogida. Aparecen en clase con golpes en la cabeza, con piojos, medio muertos de hambre, y a veces cosas peores. Prefiero quedarme en casa de mis abuelos y perder todo mi dinero que tener que dormir con un cuchillo debajo de la almohada cada noche. Si es que tengo almohada.

Charlie no podía discutirsele. Caer en el sistema de

acogida de Pikeville equivalía a caer en un agujero negro. Para los adolescentes como Flora, las cosas podían torcerse fácilmente. Y en el condado ya había centenares de chavales hacinados en condiciones casi infrahumanas porque nadie quería o podía hacerse cargo de ellos.

Aun así, le dijo a Flora:

—Podemos ir paso a paso. Puedo hablar con...

Flora no dijo nada, pero dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No es una causa perdida —añadió Charlie, aunque, si la chica no estaba dispuesta a denunciar a sus abuelos por desfalco, no le quedaban muchas alternativas—. Solo son dos años más. Quizá pueda hablar con ellos y explicarles...

—No —dijo, sollozando—. No pasa nada, señorita Quinn. He aguantado mucho tiempo. Puedo aguantar un par de años más.

Charlie se sintió como si se hubiera tragado una piedra. Tuvo de nuevo la impresión de que algo no cuadraba. Estaba acostumbrada a que le mintieran; ayudar a delincuentes no era un trabajo gratificante. Pero llevaba todo el día teniendo la sensación de que Flora le ocultaba un detalle importante, o quizá muchos.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó sin rodeos—. ¿Qué es lo que puedes aguantar dos años más?

Flora se secó los ojos.

—Da igual.

—Flora. —Charlie se puso delante de ella y agarró sus

delgados hombros—. Dime qué está pasando.

—No es nada. —Sacudió la cabeza tan fuerte que las lágrimas salieron despedidas de sus ojos.

—Flora...

La chica sorbió por la nariz y mantuvo la mirada fija en el suelo.

—¿Se acuerda de su madre, de que si había tenido un mal día o le había pasado algo horroroso, o estaba muy triste, apoyaba la cabeza sobre su regazo y ella le acariciaba el pelo y todo mejoraba de repente, por malo que fuera lo que le hubiera pasado?

Charlie no pudo tragar saliva. Tenía un nudo en la garganta.

—Lo notas en el cuerpo. Se relajan todos los músculos porque sabes que, cuando pones la cabeza sobre su regazo, estás a salvo. —Flora se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Eso es algo que solo puede hacer tu madre, ¿sabe?

Charlie solo acertó a asentir con un gesto.

—A veces lo echo tanto de menos... Más que su olor. Más que su forma de cantar. Esa sensación de estar a salvo.

—Lo sé. —Charlie también sabía que, si seguía a la chica por aquel camino triste y solitario, acabaría acurrucada en el suelo, sollozando. Acarició su cabello—. Cariño, dime qué es lo que pasa de verdad con tus abuelos.

—Nada, estoy bien.

—No, no estás bien, eso está claro. —Charlie le alisó otro mechón de pelo. Flora tenía la piel caliente; la cara roja y llena de pequeñas manchas—. Dime qué pasa.

Esperó, pero Flora no dijo nada. Charlie le formuló la misma pregunta que le había hecho esa mañana, la misma que le inquietaba desde entonces:

—¿Tu abuelo te está agrediendo, Flora?

La chica tragó saliva. Desvió la mirada.

—Flora, yo puedo ayudarte, pero...

—Es la abuela. —Pestañeó intentando aclararse la vista—. Pero puedo aguantarlo.

Charlie se quedó tan asombrada que no pudo decir nada. Ni en un millón de años habría sospechado que Maude pudiera estar abusando de su nieta. Por fin preguntó:

—¿Qué te hace?

Flora tragó saliva de nuevo. Saltaba a la vista que no quería hablar, pero por fin cedió. Se levantó la camisa y se bajó un poco la cinturilla de los vaqueros. Tenía en la cadera un moratón negro con la forma de un puño pequeño.

Charlie sintió el impulso de poner la mano sobre el moratón y absorber por arte de magia su dolor. En lugar de hacerlo, preguntó:

—¿Esto te lo ha hecho Maude?

La chica se subió la manga corta de la camisa. Tenía varios hematomas ovalados en el bíceps. Alguien le había clavado los dedos.

—Ay, Flora —suspiró Charlie.

—Solo quiero marcharme. —Su voz sonó muy débil en medio del pequeño aseo—. No quiero que nadie se enfade conmigo. Lo único que quiero es sentirme segura.

Charlie pensó en todas las cosas que debía decir. Como letrada, tenía la obligación de denunciar la situación. Tendría que personarse inmediatamente en la comisaría para solicitar una orden de alejamiento. Removería cielo y tierra para sacar a Flora de aquel apartamento de mierda. Pero ello planteaba un problema de difícil solución: ¿dónde iría Flora?

A casa de los Patterson, no. Seguramente le cerrarían la puerta en las narices.

Al sistema de acogida tampoco podía recurrir. Una niña tan ingenua y amable como Flora desaparecería con toda probabilidad entre las miasmas del abandono y la negligencia... o algo peor. Sobre todo, si otros chicos se enteraban de que tenía dinero.

—Flora...

Se abrió la puerta y Nancy asomó la cabeza. Flora se incorporó rápidamente, compuso una sonrisa y fingió que no pasaba nada, como seguramente hacía a diario cuando alguien le preguntaba por sus odiosos abuelos.

—¿Pasa algo?

—Oliver se va —contestó Nancy—, por si quieres despedirte.

Flora hizo amago de salir. Charlie la agarró del brazo y se contuvo de inmediato al darse cuenta de cómo podía

tomarse Flora su gesto, porque ¿cuántas veces la había agarrado así Maude? ¿Cuántas veces la había arrastrado por la habitación? ¿Cuántos puñetazos le había dado en el estómago?

—No pasa nada, señorita Quinn —dijo la chica—. Ya encontraré una solución. Usted cuide de su familia.

—No —dijo Charlie—. Quiero ayudarte. *Puedo* ayudarte.

Flora hizo un gesto afirmativo a pesar de que parecía poco convencida.

—Deje que vaya a despedirme de Ollie.

—Vuelve después —insistió Charlie—. Vuelve para que hablemos, ¿de acuerdo?

La chica titubeó, pero volvió a asentir con la cabeza antes de salir. Charlie tragó saliva, intentando deshacer el nudo que aún tenía en la garganta. El hematoma que Flora tenía en la cadera era espantoso. Casi podía sentir el impacto. ¿Quién podía hacerle eso a una chica tan dulce y buena como Flora? ¿Cómo podía alguien maltratar físicamente a un niño?

Sobre todo, una mujer. Una madre. Una abuela.

Pensarlo la ponía enferma. Iba a ayudar a la chica. Iba a encontrar la manera de sacarla de ese infierno, porque eso era lo que debían hacer los adultos. Para eso había vuelto a Pikeville en lugar de utilizar su carísima licenciatura en Derecho para ganar un pastón en algún bufete prestigioso de Atlanta o Nueva York: para ayudar a gente como Flora Faulkner. Quería ayudar a personas normales y corrientes

que no podían recurrir a un letrado lo bastante cualificado o inteligente para sacarlos de apuros, o que sencillamente no tenían ni el más mínimo interés en hacerlo.

Abrió la puerta del aseo con gesto decidido y una leve sonrisa, porque iba a hacer lo que su madre siempre le había dicho que hiciera: ser útil a los demás.

Se llevó de nuevo la mano a la tripa y se imaginó a Escarlata O'Hara yéndose por el desagüe del váter.

Mañana sería otro día, pero no sería solo eso.

Mañana, todo sería distinto porque esa noche, durante las horas siguientes, se pasaría por la farmacia para comprar la prueba de embarazo que daría un vuelco definitivo a su vida.

De pronto sintió una necesidad urgente de hablar con su marido. Nunca le ocultaba nada a Ben. Al menos, las cosas importantes. Y aquello era importante, uno de esos momentos que ambos recordarían el resto de sus vidas. Tenía que hacerlo bien. Todo tendría que ser perfecto.

Tomó asiento junto a la barra del restaurante. Repasó el plan con más detalle: primero hablaría con Flora y decidiría qué pasos seguir. La chica estaba siendo maltratada. Había que tomar medidas urgentes para garantizar su seguridad.

Una vez arreglado lo de Flora, se pasaría por la farmacia de la I-15 de camino a casa. Compraría la prueba de embarazo. Haría pis en el palito. Vería la cruz o la carita sonriente o lo que fuese. No se lo diría a Ben en cuanto llegara a casa. Esperaría a que se pusiera los

pantalones de chándal y se sentara en el sofá. No, en el dormitorio. Le seguiría arriba cuando fuera a quitarse la ropa del trabajo. O estaría esperándole en la habitación con un modelito sexi, tumbada como una esclava de Orión esperando al capitán Kirk, y entonces le enseñaría la prueba de embarazo.

Cerró los ojos unos segundos y luego apartó esa imagen de su mente, porque nada de eso podía ocurrir hasta que supiera cómo podía ayudar a Flora.

No podía permitir que regresara a una casa donde la maltrataban. No solo tenía obligación legal de denunciar a Maude Faulkner: también era su deber moral. Lo que significaba que Flora no dormiría esa noche en el apartamento de sus abuelos.

Pero ¿dónde podía ir?

Ella no podía acogerla en su casa. Aunque quisiera, como abogada de la chica había una raya muy clara que no podía cruzar. Tal vez alguien del instituto se ofreciera a acogerla unos días, mientras se llevaban a cabo los trámites legales. Quizá Leroy Faulkner consiguiera desintoxicarse. Si algún profesor o algún funcionario del colegio podía cuidar de Flora mientras su abuelo estaba en la clínica, tal vez cuando acabara el tratamiento y se hubiera desenganchado podría separarse de Maude y hacerse cargo de su nieta.

Respiró hondo para calmarse. Esa era la solución: no pensar a largo plazo. Pensar a corto plazo. Si nadie del colegio se ofrecía voluntario, seguramente se podría

persuadir a los Patterson (o presionarlos, o incluso amenazarlos, si llegaba el caso) para que acogieran a Flora aunque fuera solo por unos meses y sin pago previo, hasta que Leroy solucionara su problema con las drogas.

Sintió que una sonrisa tensaba sus mejillas. Siempre estaba más contenta cuando tenía un plan que poner en práctica. Miró más allá de la cocina y se preguntó por qué tardaba tanto Flora. Seguramente le estaba contando a Oliver la conversación que habían tenido en el aseo. Tal vez Oliver pudiera presionar a sus padres para que Flora tuviera un lugar donde vivir mientras Leroy estaba en tratamiento. Si los Patterson seguían pidiendo dinero, ella podía encontrar un modo de pagarles. Su casa estaba tan destartada que no cumpliría los requisitos del sistema de acogida, pero tal vez ella pudiera conseguirles un pago por adelantado, una especie de fianza, antes de que la trabajadora social tuviera tiempo de inspeccionar la vivienda.

Si ello no era posible, podía adelantar ella el dinero. Seguramente había alguna piedra por ahí que todavía no había levantado.

Respiró hondo otra vez. De pronto se sentía exultante. Todo empezaba a ordenarse en su cabeza. Ahora tenía que llamar a Ben, no para contarle lo que estaba pasando dentro de su cuerpo, sino para oír su voz. Y para que él oyera la suya, rebosante de felicidad. Como un anticipo de lo que vendría después. Miró dentro de su bolso. Se había dejado el teléfono en el coche.

Se levantó. Ya tenía la mano en la puerta cuando vio cruzar el aparcamiento a Dexter Black.

—Increíble —masculló, sintiendo que su alegría se disipaba de inmediato.

Aquel capullo llevaba todo el día incordiándola. ¿Cómo había dado con ella?

Abrió la puerta, decidida a encararse con él, pero Dexter se encaminó hacia un lado del edificio.

Por si acaso Charlie pensaba que no la había visto, le guiñó un ojo con malicia.

—¿Qué...? —Charlie notó que arrugaba el ceño.

Miró su coche y luego volvió a mirar a Dexter y la furgoneta del fontanero, que seguía allí aparcada. Luego dio media vuelta y echó una ojeada al restaurante desierto.

El fontanero al que se le veía la raja del culo ya no estaba en su taburete, así que ¿por qué seguía allí la furgoneta? ¿Y por qué tenía todas las ventanillas tintadas de negro? ¿Y por qué sobresalía una gigantesca antena de radio de su parte de atrás?

—Mierda —dijo en voz baja.

Maude le había dicho que Oliver ya tenía antecedentes. Había muy pocos motivos, aparte del tráfico de drogas, por los que la policía detuviera a un chaval de diecinueve años. El novio de Flora era posiblemente el pardillo al que Dexter quería delatar a cambio de su libertad. Ella había pergeñado un plan perfecto, y ahora iba a torcerse por culpa de aquel idiota. Lo único que hacía falta era que Flora se viera implicada en los tejemanejes del capullo de

su novio.

Giró en redondo. Cruzó rápidamente el restaurante a sabiendas de que los polis también estarían vigilándola.

—¿Señora? —Nancy estaba sentada detrás de la caja registradora.

—¿Puedes llamar a Flora?

—No tiene teléfono.

—No, sal al pasillo y llámala por la puerta de atrás. Pero no salgas.

—¿Por qué no voy a salir?

—Porque no te conviene verte mezclada en lo que está pasando ahí fuera.

—¿Oliver está haciendo otra vez de las suyas?

—Santo cielo. —Estaba perdiendo el tiempo. Recorrió el pasillo. La puerta seguía entornada. Oyó un murmullo lejano de voces, seguramente una transacción entre Dexter Black y Oliver, el novio apestoso.

Flora iba a verse acorralada.

En lugar de salir, abrió la puerta del aseo tratando de disimular. Era una letrada en activo. No podía interferir en una operación policial. Podía, en cambio, quedarse en el pasillo e intentar sacar a la chica de allí.

—¿Flora? —gritó hacia la puerta abierta.

Esperó. El corazón le latía dolorosamente. ¿Cuántas chicas había en prisión porque los idiotas de sus novios les pedían que les sujetaran las drogas alegando que los tribunales eran más benévolos con ellas? ¿Cuántas veces había oído la misma historia en boca de una mujer a la

que le aguardaba una década entre rejas?

—¿Flora? —Lo intentó una tercera vez—. ¡Flora!
¿Puedes venir un minuto? Necesito tu ayuda.

Esperó. Y esperó.

Dio un paso hacia el fondo del pasillo. Luego otro.

Oyó el chirrido de unos neumáticos.

El grito de una chica.

Los policías gritaron:

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Corrió pasillo abajo con el corazón en un puño. Se paró en seco al salir por la puerta trasera. Los agentes de la policía se arremolinaban como un enjambre de avispas, apuntando con los láseres rojos de sus rifles. Con sus uniformes negros de las fuerzas especiales y sus chalecos de *kevlar*, parecían estar dando caza a Osama Bin Laden.

Más gritos. Más voces. Más chirridos de neumáticos.

A Dexter Black lo empujaron contra el capó de un coche policial. A Oliver Patterson lo arrojaron contra la pared. Quedaba otra persona tumbada en el suelo, con los brazos y las piernas en cruz, sujeta por cuatro policías.

Uno de ellos se acuclilló. Charlie alcanzó a ver el color verde de una camisa de las *scouts* cuando el agente pulsó el micro que llevaba sujeto al hombro e informó a sus jefes:

—Tenemos a la sospechosa bajo custodia.

—¿Sospechosa? —susurró Charlie.

Pero no era ninguna sospechosa.

Era Flora.

6

Charlie se paseaba por la sala de entrevistas mientras esperaba a que ficharan a Flora. En el restaurante, mientras la policía introducía a la chica en un coche patrulla, le había gritado a voz en cuello que mantuviera la boca cerrada, pero temía que sus instrucciones hubieran caído en saco roto. Flora era lista pero tenía quince años y era más servicial de lo que le convenía. Probablemente no entendería que el simpático agente de policía trataba de engatusarla para enviarla a la cárcel.

Lo bueno era que Charlie había presenciado cómo le registraban los bolsillos. Habían encontrado un fajo de billetes de un dólar, de las propinas del restaurante, un paquete de chicles y su permiso de conductora en prácticas. Cuando alguien propuso que registraran el restaurante en busca de su bolso, Charlie les sugirió que fueran a buscar una orden judicial. Y luego fingió que no veía la mirada que cambiaban Flora y Nancy cuando uno de los agentes contestó que tendrían la orden antes de que anocheciera. Charlie era abogada. No podía intervenir en la ocultación o la destrucción de pruebas incriminatorias.

Eso por no hablar de que quizá acabara siendo culpable de asesinato, si conseguía dar con Dexter Black. Dexter la había llamado dos veces ese día, una de ellas sin supervisión policial. Podía haberle mencionado que pensaba delatar a unos adolescentes.

A unos, no. A una en concreto. A Flora.

Oliver Patterson había sido puesto en libertad sin cargos. Dexter era libre de hacer lo que quisiera hasta la próxima vez que diera con sus huesos en prisión. Nancy no había tenido nada que ver en el asunto. El único objetivo de la redada era detener a Flora Faulkner. Lo que no entendía Charlie era por qué habían mandado a un equipo de las fuerzas especiales a esposar a una chica de quince años. Le extrañaba que no hubieran llevado también el Humvee blindado del que, gracias a una incautación, disponían desde el año anterior.

Se abrió la puerta.

Flora vestía un mono carcelario naranja, demasiado grande para su cuerpo menudo. No iba esposada. Llevaba los brazos flacuchos cruzados y al andar arrastraba los pies, enfundados en unas deportivas Nike blancas y rosas. Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. Saltaba a la vista que estaba en estado de *shock*.

Charlie sintió el impulso de abrazarla, de dejar que pusiera la cabeza en su regazo, de acariciarle el pelo y decirle que todo iba a salir bien.

Pero, en lugar de hacerlo, la condujo a una de las sillas y la ayudó a sentarse. Apoyó la mano en su espalda con gesto tranquilizador, tratando de darle fuerzas. Si en el restaurante su cerebro no paraba ni un momento, ahora estaba tan concentrada que prácticamente vibraba, ansiosa por asegurarse de que Flora saliera de allí de una pieza.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Has hablado con alguien? ¿Has contestado a alguna pregunta?

Empezó a temblarle el labio. Se puso a jugar con el colgante que llevaba al cuello, una crucecita en la que Charlie no había reparado hasta entonces.

—Flora, mírame. —Tuvo que obligarla a girar la cabeza—. ¿Has contestado a alguna pregunta o has hablado con alguien?

—No, señora.

—¿Has visto a un tipo con un traje barato?

—Creo que sí —respondió—. Quiero decir que el traje era muy feo. No sé cuánto costaba.

—Seguramente era Ken Coin, el fiscal del distrito. ¿Le has dicho algo?

—No, señora. —La chica tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Voy a ir a la cárcel?

—No, si yo puedo evitarlo. —Pasó el brazo por sus hombros estrechos con gesto protector. El corazón le latía con violencia. Estaba tan angustiada como si estuviera hablando con su propia hija—. Mira, ese hombre del traje, Ken Coin, es más astuto que una serpiente, así que ten mucho cuidado con él, ¿de acuerdo? Intentará engañarte o te mentirá sobre las pruebas o te dirá que tus amigos han hablado mal de ti, pero no creas nada de lo que te diga. Lo único que tienes que hacer es quedarte sentada y dejarme hablar a mí.

Las lágrimas de Flora se desbordaron.

—Estoy asustada.

—Lo sé, cielo.

Charlie le frotó la espalda. Sentía el pecho rebosante de indignación. Le daban ganas de abrir la puerta, liarse a patadas con cualquier hombre que se cruzara en su camino y llevarse a Flora de allí.

—Todo se va a arreglar. Yo voy a representarte.

—¿Y las consecuencias?

—Esto es distinto —respondió Charlie—. No tenemos mucho tiempo antes de que venga la policía. Soy tu abogada. Voy a hacerlo oficial. Cualquier cosa que me digas será confidencial. ¿Entendido?

La chica asintió, temblando todavía.

—¿Hay algo que tengas que decirme?

—Yo no he hecho nada.

—Lo sé, cariño, pero tienes que confiar en mí. Si te han detenido, es por algo.

Flora seguía llorando. Empezó a gotearle la nariz.

—No entiendo por qué estoy aquí.

Charlie buscó unos pañuelos de papel en su bolso. Mientras esperaba a que Flora se sonase la nariz, se fijó en que tenía las manos limpias. Al menos le habían permitido lavárselas después de tomarle las huellas.

—¿Tienes alguna idea de por qué te han detenido?

—No, señora.

—¿Oliver está metido en algún asunto ilegal?

—No, que yo sepa. —Miró por encima del hombro de Charlie, pensativa—. Bueno, la primavera pasada fue a

cazar fuera de temporada, pero no cazó nada, así que eso no cuenta, ¿no?

Charlie negó con la cabeza, conmovida por su ingenuidad.

—¿No está vendiendo drogas ni se ha mezclado con personas poco recomendables?

—No, señora, que yo haya visto. Juega a los videojuegos, fuma tabaco y los fines de semana bebe cerveza. —Flora se secó los ojos—. ¿Qué va a pasarme ahora? —preguntó.

Charlie se recostó en su silla. Tenía que dominar sus emociones o estaría casi incapacitada cuando Ken Coin hiciera acto de aparición.

—El fiscal del distrito va a venir a hacerte unas preguntas, pero recuerda que no tienes que contestar a nada, ni siquiera hacer un comentario a menos que yo te lo diga, ¿de acuerdo? Y, si lo haces, que sea muy muy breve. Contesta solo a lo que te hayan preguntado. No intentes ayudar ni dar más explicaciones de la cuenta.

—¿No debo contestar? —preguntó la chica—. Porque tengo ese derecho, ¿no? A guardar silencio, quiero decir.

—Sí, desde luego, y, si así lo decides, debes seguir lo que te dicte tu conciencia. Si les dices que no quieres hablar con ellos, se marcharán y te llevarán de nuevo a la celda.

Flora respiró hondo, temblorosa.

—¿Y si lo hacemos como usted propone?

—Como abogada, creo que es preferible dejar que

hable el fiscal del distrito y que nosotras escuchemos. No contestaremos a casi nada, pero sus preguntas nos ayudarán a deducir cómo te has visto implicada en este lío. No puedo prometerte nada —añadió—, pero tal vez pueda convencerlos de que te suelten. Pero tienes que saber que, si no lo consigo, volverán a llevarte a la celda.

Flora asintió vagamente con la cabeza.

—Creo que si lo hacemos a su manera por lo menos tendré alguna oportunidad.

—No puedo prometerte nada —repitió Charlie, porque a veces Ken Coin era más listo de lo que estaba dispuesta a admitir—. Ahora escúchame. Tú abuela me dijo que Oliver tenía antecedentes. Ya sé que me has dicho que no está mezclado en nada raro. Pero necesito que me digas la verdad. No voy a juzgarte, ni a echarte un sermón, ni a criticarte. Pero no quiero llevarme una sorpresa cuando llegue el señor Coin.

Flora apretó los labios.

—Se supone que mañana por la mañana tengo que abrir yo el restaurante. Nancy no puede porque tiene escuela de verano. —Hizo una pausa para tragar saliva—. Usted dijo que necesitaba tener un empleo para demostrarle al juez que puedo valerme sola. No quiero que me despidan.

Charlie dejó escapar un breve soplido. A la chica seguía preocupándole la emancipación cuando lo que debía preocuparle era la cárcel.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

—Lo siento, señorita Quinn —dijo Flora—, pero no

puedo hablar de los demás. Eso no está bien.

Charlie observó su semblante cándido. Media hora antes, a Charlie le preocupaba el sistema de acogida de Pikeville. Ahora, Flora se enfrentaba a la posibilidad de pasar una noche, quizá más, en el centro de detención de mujeres. Si pasaba un solo día allí, los daños serían irreparables. Las internas de más edad se abalanzarían sobre ella como chacales.

—¿A quién estás protegiendo? —preguntó.

La chica no dijo nada.

—No es a Oliver, ¿verdad? —insistió—. Estás protegiendo a otra persona.

Flora apartó la mirada.

—¿Es a tu abuela?

El Porsche. El dinero que Maude gastaba en cerveza. Su abuela era la beneficiaria más clara del fideicomiso. Y mantenía a la chica bajo control a base de puñetazos.

—Escúchame, Flora. Alguien va a dormir esta noche en la cárcel. ¿Quieres ser tú o prefieres decirle al señor Coin lo que ha estado haciendo tu abuela y arreglar tal vez las cosas para que viváis solos tu abuelo y tú en el apartamento?

Flora no apartó la mirada de la mesa.

—No quiero meter a nadie en...

—En líos, ya lo sé. Pero piensa en dónde acabarás si te empeñas en proteger a tu abuela.

—Yo soy menor. —Se encogió de hombros—. Lo mío será menos grave que lo suyo.

—¿Grave? —preguntó Charlie—. ¿En qué sentido?

Flora miró por encima de su hombro izquierdo y luego del derecho. Vio el espejo polarizado. Miró a los ojos a Charlie y dijo gesticulando sin emitir sonido:

—Cristal.

Charlie reprimió un exabrupto. Sabía por Ben que la policía estaba buscando una furgoneta que se usaba para fabricar metanfetamina de cristal en los alrededores del bloque de apartamentos. Maude no parecía una yonqui, pero Leroy tenía todas las trazas de serlo. ¿Mandaban a su nieta a comprar la droga y luego Leroy consumía una parte y Maude vendía el resto en el Shady Ray para conseguir dinero con el que comprar cerveza? ¿Y golpeaba a Flora cuando esta se negaba a cumplir sus encargos? La chica, desde luego, parecía de las que se resistirían a quebrantar la ley.

—Si te inculpan de un delito que en realidad ha cometido tu abuela —le dijo—, quiero que sepas que seguramente te enfrentas a una condena severa. Y no me refiero a un centro de internamiento para menores. Me refiero a la cárcel.

Flora tragó saliva con esfuerzo.

—Pero soy menor de edad.

—En la cárcel hay muchos adolescentes que pensaban que obtendrían una condena leve debido a su edad y que cuando salgan en libertad peinarán canas.

Flora pareció vacilar.

—Quiero que pienses en una cosa —prosiguió Charlie

—. Supongo que te habrá asustado la forma en que te ha detenido la policía, con el equipo de las fuerzas especiales y todo eso. Y es lógico que tengas miedo, pero no debes cometer una estupidez. Está claro que tratan de intimidarte para que delates a quien de verdad vende las drogas. Por eso te esposaron las manos a la espalda y no por delante. Por eso te detuvieron delante de tus amigos y en tu lugar de trabajo.

Flora se mordisqueó el labio.

—Puedes facilitarles el nombre de la persona que conduce la furgoneta y todo se arreglará.

—Es mala gente, señorita Quinn. Me matarán.

Charlie ya sospechaba que diría eso.

—Entonces puedes darles el nombre de la persona que te mandaba a comprar las drogas. La persona que se quedaba con parte del alijo y vendía lo demás.

Flora pareció horrorizada.

—No puedo hacer eso. Delatar a mi propia familia. Ella me acogió cuando murió mi madre. Es lo único que tengo. Ella y Leroy.

Charlie le puso un mechón de pelo detrás de la oreja. Le rompía el corazón que intentara proteger a su maltratadora.

—Flora, sé que quieres a tu abuela y sé que quieres hacer lo correcto, pero tienes que preguntarte si merece la pena que, por lealtad a esas personas, sacrifiques los próximos cinco o diez años de tu vida. Y, además —añadió—, ¿te parece bien que tu abuela permita que vayas

a la cárcel para que ella se libre?

—Ella no haría eso —protestó Flora—. Me quiere demasiado.

—Te pega.

—A veces se enfada, nada más. Yo también le pego a veces —añadió.

—¿Ella te teme cuando le devuelves el golpe? ¿Te teme como tú la temes a ella?

La chica se quedó pensando. La respuesta se pintó claramente en su cara.

—Lo hace sin querer. Después se arrepiente de verdad. Llora y se disgusta muchísimo, y deja de hacerlo durante un tiempo.

—¿Solo durante un tiempo?

—Ya se lo he dicho, llevo mucho tiempo aguantándolo. Puedo aguantarlo dos años más. —Sorbió por la nariz—. Solo pasa una o dos veces al mes. O sea, cuarenta y ocho veces más, como máximo, antes de que me vaya a la universidad. Y la mayoría de las veces no es para tanto. Puede que se le vaya la mano tres o cuatro veces en total, eso es todo, y después...

—Flora...

—Usted sabe lo que es no tener madre. —La chica había empezado a llorar abiertamente—. Sabe lo que es no tener a nadie que te quiera, a quien le importes más que nada en el mundo. —Se le quebró la voz—. Eso es para mí mi abuela, aunque no sea perfecta. Es lo más parecido a una madre que tengo. No pueden quitarme eso.

Otra vez no.

Charlie sintió que se le saltaban las lágrimas. ¿Cuántas veces había deseado a lo largo de los años apoyar una sola vez más la cabeza en el regazo de su madre y escucharle decir que todo se iba a arreglar?

—Por favor —le suplicó Flora—. No puedo perderla. Tiene que sacarnos de este lío.

—Flora... —Se interrumpió al ver que se abría la puerta.

Ken Coin entró en la sala contoneándose, hasta donde podía contonearse un hombre con la fisionomía de una mantis religiosa. Dejó caer un grueso dossier sobre la mesa y se tiró de los pantalones, demasiado holgados. Llevaba el pelo teñido de negro y peinado hacia atrás. Su traje de pata de gallo brillaba tanto que bajo la luz fluorescente producía un efecto estroboscópico.

Coin había iniciado su carrera profesional como ayudante del sheriff y más tarde había estudiado Derecho en una escuela que tenía su sede en un centro comercial. A ninguno de los idiotas que le habían votado para el puesto de fiscal parecía importarles que supiera tan poco de leyes como Flora, o que su relación con la policía fuera tan estrecha que en el juzgado muchos se tomaban a pitorreo el mandato constitucional de la independencia del poder judicial.

—Charlotte. —Coin la saludó con una escueta inclinación de cabeza y esperó a que entrara Roland Hawley, un detective veterano de la policía local.

Roland era tan alto que tuvo que agachar la cabeza al pasar por la puerta. Cuando la cerró, apenas quedó espacio en la sala.

Coin se sentó delante de Charlie. Tamborileó con los dedos sobre el dossier, como si estuviera a punto de desvelar un misterio. Roland ocupó la silla situada frente a Flora. Sus manos, del tamaño de pelotas de fútbol, se desplegaron sobre la mesa. Seguramente sus rodillas tocaban las de Flora.

Charlie agarró el respaldo de la silla de la chica y la retiró unos centímetros. Roland sonrió. No era la primera que jugaban a aquel juego. Se sacó una pequeña grabadora del bolsillo.

—¿Le importa si dejamos constancia de la conversación?

Charlie hizo una mueca.

—¿No lo hacen siempre?

Su sarcasmo hizo reír a Roland. Aun así, el detective esperó a que Charlie hiciera un gesto de asentimiento. Luego, encendió la grabadora.

—¿Pueden decirme por qué estamos aquí? —preguntó ella.

—¿No se lo ha dicho ella? —Roland le guiñó un ojo a Flora—. Vamos, niña, empieza a cantar para que pueda irme a casa con mi mujer.

Flora abrió la boca, pero Charlie le agarró la mano por debajo de la mesa, ordenándole que guardara silencio.

—Por favor, indíquele al detective que no interpele

directamente a mi cliente —le dijo a Coin.

El fiscal soltó un profundo suspiro de fastidio. En lugar de dirigirse a Roland, dijo:

—Florabama Lee Faulkner, va usted a ser imputada por la fabricación y distribución de metanfetamina, una sustancia ilegal, en cantidades que exceden los quinientos gramos.

Charlie se quedó boquiabierta. Aquella cantidad equivalía a una sentencia mínima de veinticinco años de prisión.

—¿Tráfico de estupefacientes?

—Así es, en efecto. —Coin esbozó una sonrisa entre ufana y eufórica.

—Tiene quince años —dijo Charlie—. Tienen que demostrar que estaba implicada conscientemente en...

—La venta, distribución o posesión de dicha sustancia —concluyó Coin—. Sí, Charlotte, conozco la ley.

Charlie se mordió la lengua para no hacer un comentario acerca de su título de pacotilla.

—¿Qué pruebas tienen?

—Eso lo dejaremos para la sala del tribunal.

—¿Van a procesarla? —Charlie se dio cuenta de que su voz sonaba demasiado aguda. Trató de controlar su tono antes de que Coin la acusara de estar histérica—. Flora no llevaba drogas encima, y mucho menos medio kilo de metanfetamina. Vi cómo la registraban.

—Se trata de posesión implícita —repuso Coin—. Encontramos las drogas en el maletero de su coche.

—Todavía está aprendiendo a conducir. No puede tener un coche a su nombre.

Coin revolvió entre sus papeles.

—Un Porsche Boxter del 2004, azul zafiro. No es que tenga mucho maletero, pero ahí fue donde encontramos la droga. —Deslizó un documento sobre la mesa—. El coche es propiedad del fideicomiso de Florabama Faulkner.

Charlie no podía creer que Coin fuera tan obtuso. Hasta en los cursos de Derecho por correo se explicaba el funcionamiento básico de un fideicomiso.

—Son sus abuelos quienes controlan el dinero. Ella no puede tocarlo hasta que sea mayor de edad.

—Según la declaración jurada del vendedor del concesionario —dijo Coin—, Flora en persona escogió todas las prestaciones del coche. No sabía si decantarse por un Boxter o por un 911.

—Yo habría escogido el 911 —comentó Roland.

Flora abrió la boca para responder.

—No —le advirtió Charlie—. Deja que conteste yo.

—¿Así es como quieres que sea? —le preguntó Roland a Flora—. ¿Que solo hable tu abogada? Creía que eras más dura.

La chica abrió de nuevo la boca. Charlie estiró el brazo como si quisiera atajar físicamente su respuesta.

—Flora no es una traficante de drogas —le dijo a Coin—. Es una estudiante modélica. Una *girl scout*, por el amor de Dios. Trabaja en el restaurante a cambio de las

propinas. No dirige un cartel de metanfetamina.

—Dile que puedes hacer ambas cosas, Flora —dijo Roland.

La chica miró a Charlie, desesperada.

—Creía que había dicho que solo querían un nombre.

—Ya lo tenemos —afirmó el detective—. Florabama Faulkner.

Charlie sacudió la cabeza. Aquel tenía que ser uno de los legendarios juegos de poder de Ken Coin.

—Usted sabe que la declaración de un vendedor de coches no tiene ningún peso. Flora no puede acceder a ese dinero.

—Manipuló a su abuelito para que lo hiciera él. —Coin hizo un extraño ademán con la mano—. Como si tirara de los hilos de una marioneta.

—Eso es una locura, Ken. Incluso en su caso.

—¿Eso cree? —Sacó un fajo de fotografías del dossier y empezó a desplegarlas sobre la mesa—. Flora conduciendo el Porsche para ir a trabajar. Flora en el Porsche, junto al lago. Flora en el coche, en el McDonald's de la Quince. Está claro que el coche es suyo.

Charlie estudió las fotografías y al instante advirtió el fallo del razonamiento de Coin.

—Conforme a las restricciones de su permiso de conductora en prácticas, va siempre acompañada de un adulto. Ese del asiento del copiloto es Leroy Faulkner, su abuelo.

—Ella le obligaba a acompañarla —repuso Coin—.
Vea esto.

Le mostró otra fotografía. En ella, Flora aparecía aún sentada al volante, pero Leroy le estaba pasando algo por la ventanilla a un tipo con gafas de sol y aspecto sospechoso. Charlie le reconoció de inmediato: era Dexter Black.

Pero ¿por qué había delatado Dexter a Flora, en lugar de a Leroy?

Nada de aquello tenía sentido.

—Tenemos grabada la transacción en vídeo, con sonido y todo lujo de detalles. Este tipo compró veinte gramos de cristal.

—A Leroy Faulkner, no a su nieta.

—Flora dirigía la transacción desde el asiento del conductor.

—¿Eso lo tienen grabado?

Coin no respondió, lo que significaba que su argumento se apoyaba principalmente en el testimonio de Dexter. O sea, que el caso tenía muy poca consistencia.

—¿Dónde está la furgoneta, corazón? —le preguntó Roland a Flora.

La chica se mordió el labio.

—Tiene a su novio dando vueltas por toda la ciudad —le dijo Roland a Charlie—, fabricando cristal en la trasera de una furgoneta. Esta tarde estaba aparcada a veinte metros del instituto. Vendiendo esa porquería como si fueran helados.

—Entonces, ¿por qué no enviaron al equipo de detención a apresar la furgoneta? —preguntó Charlie—. ¿O es que necesitaban a todos sus hombres para reducir a una adolescente de cuarenta y cinco kilos?

—Es más dura de lo que parece. —Roland volvió a hacerle un guiño a Flora—. ¿Verdad que sí, tesoro?

—No han contestado a mi pregunta —insistió Charlie—. ¿Por qué no apresaron la furgoneta?

—La vimos por la cámara de seguridad después de los hechos —reconoció Coin.

Roland se inclinó sobre la mesa y dijo dirigiéndose a Flora:

—No creas que no vamos a encontrarla, niña. ¿Qué te apuestas a que tiene huellas tuyas por todas partes?

—Parece más bien que tendrá las de Oliver. —Charlie cruzó los brazos, dándoles a entender que estaba harta de juegos—. ¿Qué es lo que quiere, Ken?

—Queremos encerrar a una delincuente muy peligrosa —respondió Coin—. Tiene a sus abuelos presos dentro de su propia casa.

—Eso es ridículo. —Charlie trató de adivinar las intenciones del fiscal. Coin no parecía dispuesto a hacer un trato—. Si hay alguna responsable, tiene que ser Maude Faulkner.

Flora contuvo la respiración. Charlie acercó una mano para tranquilizarla.

Esta vez fue Coin quien cruzó los brazos y se recostó en la silla.

—Yo no me ando con trucos, Charlotte. Ya deberías saberlo.

El muy mamón conocía más trucos que una fulana de Las Vegas.

—¿Cree que Leroy y Maude no permitirán que su nieta vaya a la cárcel, que darán un paso al frente y confesarán que...?

—No lo harán —dijo Flora con voz trémula—. Sé que no me ayudarán. —Sus lágrimas caían tan deprisa que se acumulaban en el cuello del mono naranja—. ¿Qué voy a hacer?

—Tranquila, cariño. Deja que yo me ocupe de esto. —Charlie apretó su mano temblorosa y le dijo a Coin—: Mire, los abuelos llevan años desfalcando el fideicomiso de Flora.

La chica se puso tensa.

—Lo siento —le dijo Charlie—. Esto es muy serio. Tu abuela es...

—Su abuela no es la albacea —la interrumpió Roland—. El albacea es Leroy Benjamin Faulkner, el abuelo. Es él quien toma todas las decisiones. O, al menos, quien transmite las decisiones que toma Flora a cambio de un poquito de ese género tan rico que vende su nieta.

—Resumiendo —terció Coin—, que ella controla al abuelo, Leroy Faulkner, un hombre que quedó discapacitado como consecuencia de un horrible accidente y que antes era un hombre honrado y trabajador. Y digo antes porque ella, Florabama Faulkner, ha conseguido

convertir a su propio abuelo en un adicto a la metanfetamina. La misma metanfetamina que hace vender a su novio en una furgoneta.

—Sí, Ken, gracias, ese punto ya estaba aclarado. — Charlie trató de razonar con ellos. Era evidente que habían cometido un error—. He estado asesorando a Flora sobre su emancipación legal. Intenta escapar.

—¿De qué? ¿De la buena vida? —preguntó Coin—. Es usted como esas mamás que dicen «lo que pasa es que mi nenita se ha juntado con malas compañías». Mire, guapa, esta chica de aquí es la jefa de la banda. Es a ella a quien temen todos.

Charlie no dijo nada. Las absurdas teorías conspirativas de Coin giraban dentro de su cabeza como un torbellino.

—¿Por qué quieres emanciparte? —le preguntó Roland a Flora—. Eres dueña de esos apartamentos. Puedes echarlos a todos a la calle y quedarte con todo el edificio para ti sola.

—Los apartamentos son propiedad del fideicomiso —dedujo Charlie, pero se preguntó por qué demonios habría comprado Leroy aquel edificio. Si quería cristal, había formas más sencillas de conseguirlo—. Tú mismo lo has dicho —le dijo a Roland—, el dinero lo controla Leroy. Flora no tiene poder de decisión.

—¿Has visto a Leroy? —preguntó Roland—. ¿Te parece un mago de las finanzas?

«Maude», pensó Charlie. Cabía la posibilidad de que fuera la abuela la que manejaba el dinero. El mes anterior

se la había visto conduciendo el Porsche. Y era ella quien visitaba el Shady Ray todas las noches. Y quien golpeaba a Flora.

Claro que también Oliver conducía el Porsche; lo había visto con sus propios ojos, esa misma tarde.

Y estaban todas esas fotografías de Flora sentada al volante del coche.

¿Y qué pasaba con la furgoneta?

Coin preguntó:

—¿Por qué cree que el juez no permitió que Maude se hiciera cargo de administrar el fideicomiso? Porque se declaró insolvente seis veces antes de que muriera su hija. Pasó una temporadita en prisión por desfalcar dinero del Burger King en el que trabajaba.

Roland se rio.

—Esa bruja no vale ni el papel higiénico que usaría para limpiármela del zapato.

Charlie abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla porque todo lo que decían *sonaba* a gilipollez, pero no *olía* a gilipollez. Y Charlie había olido muchas gilipolleces a lo largo de su carrera.

Roland pareció intuir sus dudas. Le dijo:

—Aquí a la pequeña Flora se le da de perlas conseguir lo que quiere.

Charlie sintió que la chica le apretaba la mano por debajo de la mesa. La miró, vio sus ojos empañados, el temblor de sus labios, y se preguntó a qué se estaba enfrentando exactamente.

—Por ejemplo —continuó el detective—, ¿qué hace usted aquí, señorita? ¿Cómo es posible que una abogada brillante como usted se encontrara en el restaurante en el momento oportuno y que ahora esté aquí batiéndose el cobre por una chica a la que apenas conoce? Y seguramente gratis. ¿Me equivoco?

Charlie no supo qué responder, pero su instinto le decía que allí había gato encerrado.

—El fideicomiso también tiene la titularidad de una furgoneta blanca. El mismo tipo de furgoneta que se ha visto frente al instituto vendiendo cristal. —Roland sonrió a Flora—. Solo que esta misma tarde, diez minutos después de que el guardia de seguridad del instituto cruzara la calle para encararse con el conductor, se denunció el robo de la furgoneta. ¿Verdad que es curioso, señorita Flora?

Ella le miró fijamente.

—Fuiste *tú* quien denunció el robo a la policía —añadió el detective.

—No fue ella —afirmó Charlie, pero Roland le pasó una hoja de papel.

Charlie había visto un sinfín de atestados policiales a lo largo de su vida. Se saltó los pormenores. A las tres y cuarto de la tarde, Florabama Faulkner había denunciado que esa mañana le habían robado una furgoneta blanca frente al edificio de apartamentos en el que residía.

La misma furgoneta en la que alguien tenía montado un laboratorio de metanfetamina. La misma que era

propiedad del fideicomiso a nombre de Florabama Faulkner. La misma que vendía cristal a los chavales del instituto.

¿Qué hacía falta para dirigir un tinglado de ese tipo, para eludir eficazmente a la policía? Fidelización del cliente. Planificación empresarial. *Marketing*. Educación financiera. Y una vendedora estelar.

Aquel era el sueño de Juliette Gordon Low: todas las destrezas que Flora había aprendido en las *scouts*, puestas en práctica en la vida real.

Charlie experimentó una sensación de vacío, como si su corazón se precipitara en caída libre.

Se estaba creyendo parte de la historia que contaban Roland y Coin.

Y si era cierta en parte, ¿por qué no iba a serlo en su totalidad?

Miró a la chica. Flora pestañeó al estilo Bambi. Tenía los hombros encogidos. Trataba de parecer más pequeña, más delicada, más desvalida a ojos del pardillo o la pardilla al que miraba. Una sarta de exabruptos desfiló por la cabeza de Charlie. Tenía que salir de allí. La habitación le parecía de pronto demasiado opresiva. Estaba sudando otra vez.

Roland le preguntó a Flora:

—¿Tu brillante abogada de oficio sabe lo de tus manejos inmobiliarios?

Charlie hizo un esfuerzo por contenerse. No podía marcharse. Seguía siendo la abogada de Flora y, si se

levantaba y se ponía a gritar «¿Qué manejos inmobiliarios, joder?», seguramente acabaría teniendo que comparecer ante la junta de ética profesional. Le dijo a Coin:

—Cualquier compra de bienes inmuebles que haya hecho Leroy en nombre de Flora tuvo que respetar las condiciones iniciales del fideicomiso.

Roland soltó una sorda carcajada.

—¿De verdad cree que dejaron su bonita casa del lago para vivir en esa pocilga porque Leroy Faulkner entiende las fluctuaciones del mercado inmobiliario?

—¿Y usted cree que Flora sí las entiende? —preguntó Charlie, y se lanzó a especular—: ¿Por qué iba a valer más ese edificio destartado que una casa en el lago? Hay doce apartamentos en total. El alquiler de cada uno no puede superar los trescientos dólares al mes. ¿Cree que unos ingresos de menos de cuatro mil dólares mensuales, a los que hay que restar los gastos de mantenimiento y la hipoteca que tengan...?

—Tiene a Patterson cogido por los huevos —explicó Coin—. Invirtió todo su dinero en veinticinco hectáreas de terreno rústico. Hay un supermercado y varias cadenas de restaurantes interesados en construir, pero los terrenos no tienen acceso a la autovía sin la parcela de Flora.

—No son los apartamentos en sí —dijo Roland—, sino el acceso directo a la carretera lo que hace tan valioso ese terreno.

Charlie tuvo que hacer un esfuerzo para no abrir la

boca de asombro. Se había criado en Pikeville, sabía del flujo constante de promotores inmobiliarios que llegaban de la capital, incluso había oído a Jo Patterson hablar sobre la llegada de cadenas de restaurantes como Oliver Garden y Red Lobster, pero nunca se le había ocurrido pensar que los apartamentos Ponderosa tuvieran algún valor.

—Aquí la maga de las finanzas —añadió Coin— convenció a la vieja señora Piper de que le vendiera el terreno sin la intervención de un agente inmobiliario.

Charlie puso cara de fastidio, pero sintió que los últimos vestigios de su credulidad se desmoronaban definitivamente.

—Se las arregló para que la viuda le vendiera un acceso a la autovía que valía dos millones de pavos —añadió Roland—. Dile cuánto le pagaste, Flora, bonita.

La chica no respondió, pero una sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca.

—Tiró de sentimentalismo para convencer a la viuda —explicó Coin—. Le dijo que tenía la obligación moral de conservar ese pedazo de terreno por el bien de Pikeville, para impedir que esos promotores ávidos de dinero destrozaran el pueblo.

—Y luego —prosiguió Roland—, la dulce *scout* dio media vuelta y utilizó los terrenos para chantajear a uno de esos promotores ávidos de dinero. A la viuda, ¿le pagaste en galletitas de chocolate y menta o de chocolate y mantequilla de cacahuete?

Flora soltó una risita nerviosa. A Charlie le dieron ganas de sacudirla como una Polaroid.

Un olor a cuerno quemado inundó sus fosas nasales.

—Flora conocía a la señora Piper porque solía venderle galletitas —explicó Roland—. La engatusó para que le vendiera los terrenos por menos de medio millón de dólares.

—Por trescientos setenta y cinco mil, para ser exactos. —Coin le pasó un fajo de documentos. El primero de ellos, la escritura de los apartamentos Ponderosa—. ¿Os dan también una chapita por estafar a viejecitas indefensas? —le preguntó a Flora.

—Podría estar adornada con una *scout* arrancándole el andador a una ancianita —comentó Roland.

—¿Vas a contestar o piensas seguir ahí sentada como si no hubieras roto un plato en tu vida? —preguntó Coin.

Flora levantó las cejas. Giró lentamente la cabeza hacia Charlie y puso una mirada angelical mientras aguardaba a que la mema de su abogada la sacara de aquel lío.

—Santo Dios —fue lo único que acertó a decir Charlie.

Vio el destello de sus dientes blancos antes de que Flora consiguiera dominar su sonrisa.

—¿Qué pasa, Charlotte? —preguntó Coin—. ¿Necesita un momento para hablar con el Creador?

Roland se rio con un bufido.

—Creo que más bien acaba de tener una revelación divina.

Charlie sintió frío y calor al mismo tiempo. Intentó

tragar saliva, pero acabó tosiendo. Tenía la garganta seca y notaba un extraño pitido en los oídos.

—¿Charlotte? —dijo Coin fingiéndose preocupado.

—Necesito... Tengo que mirar... —Levantó un dedo, pidiéndoles un momento.

Fingió leer la escritura de los apartamentos Ponderosa, pero aquella cifra aparecía intermitentemente ante sus ojos, nublándole la vista: trescientos setenta y cinco mil dólares, más o menos lo que Ben y ella debían en préstamos de estudios. Invertidos en una parcela de terreno apestoso, en un tramo desolado de la carretera que quizás algún día se convirtiera en una vía por la que circularía la mitad del condado.

Llegó a la última página. Vio la firma temblorosa de Leroy Faulkner.

Por fin se obligó a aceptar los hechos tal y como los habían expuesto Ken y Roland. Leroy controlaba el dinero, pero que era un yonqui, y Flora traficaba con la droga a la que era adicto su abuelo. No hacía falta ser un economista de primera fila para entender el mecanismo básico de la oferta y la demanda. Leroy estaba dispuesto a hacer lo que quisiera Flora con tal de que siguiera abasteciéndole. Lo que significaba que Charlie había pasado la mayor parte del día comiéndose la cabeza por una psicópata en ciernes.

Y, aun así, tenía la obligación de defender a aquel mal bicho.

Tuvo que aclararse la garganta para poder hablar.

—Según estos documentos, la señora Piper vendió los terrenos al fideicomiso, no a Flora Faulkner.

Coin sonrió.

—¿Así es como piensa jugar sus cartas?

—Esto no es un juego, ni yo estoy jugando —replicó Charlie, porque el fiscal sabía tan bien como ella que no podía levantarse sin más y desentenderse de Flora.

Ya que estaba allí, tenía que quedarse, al menos, hasta que acabara el interrogatorio.

—No tienen pruebas de que mi clienta interviniera en esa transacción ni en ninguna otra. Flora es menor de edad. No puede, por ley, firmar ningún contrato, ni inmobiliario ni de ninguna otra clase. Su nombre no figura en ninguno de estos documentos —añadió hojeando los papeles—. Leroy Faulkner los firmó todos. Aparte de la suya, solo figuran las firmas del notario, el apoderado del banco y la señora Edna Piper. No veo el nombre de Flora por ninguna parte.

—Aquí. —Coin clavó el dedo en la primera página, donde se leía: *COMPRADOR: FIDEICOMISO DE FLORABAMA FAULKNER.*

Charlie respondió a su sonrisa ufana con una mueca de desdén.

—¿Tengo que explicarle la diferencia entre una persona física menor de edad y una entidad financiera establecida conforme a la normativa del derecho civil?

El semblante de Coin no se alteró.

—¿Tengo que explicarle yo en qué consiste la

conspiración para la comisión de un delito de fraude?

—Creo que se refiere al delito de colusión, como sin duda sabría si hubiera ido a una facultad de Leyes que no tuviera su sede entre un salón de masajes y un restaurante chino.

Coin se levantó con los puños apretados y salió de la sala. Charlie adivinó que estaría paseándose por el pasillo. Le había visto hacerlo otras veces. El fiscal tenía una mecha muy corta, pero sus explosiones solían ser prematuras.

Roland hizo caso omiso y preguntó a Flora:

—¿Viste un plano o un dibujo en el escritorio de Mark?
¿Fue así como se te ocurrió la idea?

—No. —Flora sabía que había perdido el apoyo de Charlie: ya no tenía sentido seguir fingiendo—. Si hubiera hecho lo que usted dice, cosa que no es cierta, le diría que tengo ojos en la cara. Y que cualquiera puede darse cuenta de que esos terrenos necesitan una salida a la autopista.

Roland puso la expresión propia de quien sabe que a los delincuentes les encanta alardear de sus hazañas.

—¿Cómo averiguaste de quién eran esos terrenos?

—Está todo en el registro. Cualquiera puede consultar la documentación. Si tiene interés, claro. No es que yo lo tuviera. Solo hablo hipotéticamente.

—¿Y reconociste el nombre de la viuda?

—¿De la señora Piper? —La chica se encogió de hombros—. Podría venderle la luna si quisiera.

—¿Y? —Roland esperó un segundo antes de añadir—:

Sigue, tesoro. Cuéntame cómo lo planeaste. Si es que lo planeaste, claro.

—No —dijo Charlie, porque Flora parecía creer que sus comentarios hipotéticos eran una especie de kriptonita jurídica—. Flora, como abogada te aconsejo que cierres la boca de una vez.

Ella le clavó una mirada fría como la de una serpiente. Charlie reprimió un escalofrío tan fuerte que podría haber hecho que se cayera de la silla.

—Charlotte, vamos a ver si entre todos llegamos a una solución. —Coin apareció de nuevo en la puerta, con una mano encajada en la cinturilla de sus relucientes pantalones. Su estúpida convicción de que podía persuadirla para que arrojara a su clienta a los lobos había conseguido disipar su ira—. Tienes que convencer a tu clienta de que llegue a un acuerdo con nosotros o cuando vuelva a respirar aire puro será prácticamente una momia.

Charlie no respondió. Coin probó otra táctica.

—La chica tiene olfato para los negocios —le dijo a Roland—, eso hay que reconocerlo.

El detective hizo un gesto afirmativo.

—Lástima que no supiera que Mark Patterson estaba arruinado. No puede permitirse pagar el precio de mercado que le costaría el acceso a la carretera, y nadie quiere los terrenos si no llevan aparejados la parcela de los apartamentos Ponderosa.

Flora no puso reprimir una sonrisa.

—Menos mal que tengo dinero para comprarlos cuando

se los embarguen y salgan a subasta.

—Flora —dijo Charlie haciendo un esfuerzo—, más vale que te calles.

—Claro que voy a callarme, señorita Charlie. Pero ya ve que no tienen pruebas contra mí. —Flora cruzó los brazos y le dijo a Coin—: Ya ha oído a mi abogada. No voy a decir nada más.

—Muy bien, porque estoy harto de tener que aguantar tus gilipolleces. —Coin se inclinó sobre la mesa y añadió —: Te tenemos pillada por tráfico de drogas, bonita. Habla de una vez y quizá podamos ahorrarte unos años de cárcel.

—Conozco mis derechos —replicó Flora—. O me acusan de algo o tienen que ponerme en libertad.

Charlie giró la cabeza tan bruscamente que le chasqueó el cuello.

—¿Qué has dicho?

Flora hizo amago de contestar, pero Charlie levantó una mano para atajarla.

—No llevas esposas. ¿Te han tomado las huellas? —Flora negó con la cabeza—. ¿Te han hecho una fotografía? —Flora negó de nuevo—. ¿Te han dicho en algún momento que estabas detenida? ¿Te han leído tus derechos?

Roland suspiró y apagó la grabadora.

—¿Flora? —insistió Charlie.

—No, nada de eso.

—Entonces, ¿por qué llevas puesto ese mono? —

preguntó Charlie.

—Me han dicho que me lo pusiera porque mi ropa estaba muy sucia, de haber estado tirada en el suelo.

—Pero han dejado que te quedaras con las deportivas y con la cadena del cuello. —Charlie lanzó una mirada furiosa a Ken Coin—. Maldito tramposo.

El fiscal se encogió de hombros y Charlie se acordó de la primera frase que había salido de su boca: «Va a ser usted imputada...».

No había dicho que estuviera imputando a Flora. Y ella estaba tan preocupada por la posibilidad de que su clienta fuera enviada a prisión que no se había percatado de ese detalle. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que el fiscal del distrito había jugado con ella casi tan bien como Flora.

—Usted ha tomado parte en esto —le dijo a Roland—. No crea que voy a olvidarlo.

El detective exhaló otro suspiro cansino.

—Odio que los hombres suspiren en vez de decirme que me vaya a la mierda. Levántate —le ordenó a Flora. Al ver que la chica no reaccionaba, tiró de ella y prácticamente la llevo a rastras hasta la puerta—. Esto es una vergüenza, incluso tratándose de usted.

—No va a durarle mucho la libertad —repuso Coin—. Solo es cuestión de tiempo que la cague.

—Es increíble —masculló Charlie.

Siguió tirando de Flora por el pasillo. Aporreó el timbre para que el sargento de guardia abriera la puerta del

vestíbulo.

—No entiendo —dijo Flora—. ¿Qué ha pasado?

—Que no te han detenido. Ningún juez iba a extenderles una orden de detención con unas pruebas tan endebles, así que decidieron probar suerte y te mandaron una escolta de veinte hombres para que te acompañaran a la comisaría. Confiaban en que, con el susto, confesaras.

—¿Confesar qué? —Flora volvió a adoptar su mirada de inocencia—. Señorita Quinn, yo no he hecho nada.

Charlie volvió a aporrear el timbre.

—Cállate de una vez, embustera.

La puerta se abrió lentamente, con un zumbido.

Maude Faulkner estaba en la sala de espera, sentada en una de las duras sillas de plástico. Se levantó de un salto al verlas.

—¿Qué coño está pasando?

Charlie abrió de un empujón la puerta de la calle. No quería volver a hablar con nadie relacionado con aquella familia. Una cosa era que te mintiera un cliente. Eso ocurría todos los días, en ocasiones varias veces al día. Pero Flora Faulkner no se había limitado a mentirle. La había manipulado. Había enarbolado el recuerdo de su madre muerta, una herida tan fresca aún que a Charlie se le saltaban las lágrimas cada vez que se acordaba de aquel último día, del último aliento de su madre. Ella estaba sentada a escasos centímetros del arma. Si se concentraba lo suficiente, aún podía sentir el chorro de sangre caliente que hizo saltar la bala que partió a su madre en dos.

Y Flora se había servido de esa tragedia no a manera de palanca, sino como un arma contundente. Como un garrote. Como un bate de béisbol. Como un cóctel molotov arrojado directamente al corazón.

Localizó su Subaru al fondo del aparcamiento. Le temblaban las manos cuando buscó las llaves. Volvía a sentir aquella mezcla de calor y frío, aquel pitido en los oídos. No le importaba el porqué de todo aquello. Solo quería alejarse de aquel horror. Ya había perdido tiempo más que suficiente con aquellos canallas. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse, como el hecho de que su vida estuviera a punto de dar un vuelco. Tenía que ir a la farmacia a comprar la prueba de embarazo y luego tenía que decírselo a su marido, que quizá no se alegraría tanto como ella de la noticia.

Se detuvo a metro y medio del aparcamiento.

Su deseo ardiente de marcharse volvió a agitarse con un chisporroteo cuando vio un Porsche Boxter azul zafiro aparcado en una de las plazas para discapacitados.

El coche tenía que haber costado cincuenta mil dólares como mínimo, más o menos la mitad de lo que le quedaba por pagar aún por sus estudios. El interior era negro. El techo, azul marino. La carrocería centelleaba bajo los focos del aparcamiento. Y los focos estaban encendidos porque ya había oscurecido y, en lugar de estar en casa con Ben, contándole lo maravillosa que iba a ser su vida dentro de nueve meses, se hallaba frente a la comisaría de policía, intentando dominarse para no estrangular a un

monstruo de quince años.

Dio media vuelta.

Flora estaba justo detrás de ella.

Maude se mantenía a distancia prudencial.

—Bonito coche —dijo.

—¿Verdad que sí? —La chica tenía la sonrisa encantadora de Chuckie, el muñeco diabólico—. ¿Ya puedo hablar?

—¿Es que tienes algo que decir?

—Es confidencial, ¿no? ¿Quedará entre nosotras?

Charlie cruzó los brazos.

—Claro.

—En primer lugar —dijo Flora—, gracias por sacarme de ahí.

—Tendrás mucha suerte si consigues seguir en libertad, mocosa idiota. —Charlie vio un destello de ira en los ojos de la chica—. Ya has oído al fiscal. Van a por ti, Flora. Tendrás cuarenta años cuando salgas de la cárcel. Tu vida se habrá acabado.

Maude soltó un gruñido.

—Y una mierda, ¡espera a tener cincuenta!

—Esto no es una broma —replicó Charlie—. Flora está metida en un lío muy gordo. Han encontrado más de medio kilo de metanfetamina en el maletero de su Porsche.

Maude frunció los labios.

—Medio kilo, no está mal.

A Charlie le dieron ganas de abofetearla.

—El fiscal del distrito y la policía no van a archivar el caso. Van a ir a por ella por tráfico de drogas. —Señaló la cara de Flora con el dedo, amenazadoramente—. Y no eres lo bastante lista para salir de este lío.

—Suerte que tengo una abogada más lista que yo.

—Conmigo no cuentas —replicó Charlie—. Se acabó, no quiero saber nada más de este asunto.

—No puede usted abandonarme, señorita Quinn —dijo Flora en un tono que unas horas antes había obrado el efecto de un encantamiento—. Necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda para qué?

Se acordó de cómo había cruzado Flora los brazos en la sala de interrogatorio. Sus dedos se ajustaban casi a la perfección a los tres hematomas que tenía en el bíceps.

—Eso te lo has hecho tú, ¿verdad? Los moratones del brazo.

Flora se miró el brazo. Contestó a la pregunta hundiendo los dedos en los hematomas. Encajaban perfectamente.

—Pensé que necesitaría usted un incentivo para decidirse. A veces, la historia de la mamá muerta solo sirve a medias.

Charlie pensó en lo que le había dicho acerca de apoyar la cabeza en el regazo de su madre, y notó un regusto a bilis al fondo de la boca.

—¿Y el moratón de la cadera? ¿Cómo te lo hiciste?

La chica no contestó, pero Maude dijo:

—Se dio un golpe con una mesa del restaurante. ¿Qué

le ha dicho?

—Que usted abusaba de ella, eso me ha dicho.

Maude dio un respingo.

—No me he follado a una tía en toda mi vida.

Charlie se quedó atónita. A aquella mujer la indignaba más que la acusaran de ser lesbiana que de ser una pederasta.

—Me dijo que la golpeaba. Que esos moratones se los había hecho su abuela.

—Florabama Faulkner. —Maude puso los brazos en jarras—. ¿Por qué le dijiste eso?

Su nieta se encogió de hombros.

—La gente se esfuerza más si cree que estás desvalida.

—¡Yo te habría defendido! —gritó Charlie—. Te habría ayudado si hubieras sido sincera conmigo desde el principio.

—No como me ha defendido ahí dentro —repuso Flora—. Habría intentado llegar a un trato con ellos. No me habría ayudado a irme de rositas. Tiene su código ético, como usted dice. No quiere que nadie sufra las consecuencias por ser una abogada corrupta como su padre.

Charlie decidió obviar la pulla dirigida contra su padre.

—¿Por eso me contaste lo de tu madre? ¿Para manipularme? Sabías que mi madre fue asesinada. Sabías lo que le pasó a mi hermana. Eran personas de carne y hueso. Eran importantes para mí. Pero tú lo único que viste en esa tragedia fue una oportunidad para utilizarme.

¿Es que te crees que mi vida es un juego?

Flora bajó la mirada y movió un pie, restregando el suelo de cemento con la zapatilla.

—Lo siento, señorita Quinn. Sé que debería haber sido sincera. Le prometo que no...

—También has manipulado a los Patterson, ¿verdad? Engatusaste a Mark haciéndole creer que le venderías los apartamentos a cambio de que te dejara mudarte a su casa.

—Mark no podía conservar la finca mucho más tiempo. Y he estado negociando con el banco para quedarme con la casa. Pensé que podía cobrarles un alquiler si llegaba el caso. —Se encogió de hombros—. Puede que piense usted que soy una mala persona, pero no tengo por costumbre echar a la gente de su casa, no me dedico a eso.

A Charlie no le interesaban los contratos de alquiler, ni la compra y venta de bienes inmuebles. Quería que Flora le explicara el verdadero motivo por el que la había metido en aquel embrollo.

—Tu abuelo me dijo que iba a desintoxicarse. Es el albacea del fideicomiso. Si se desintoxica, no podrás seguir sobornándole con metanfetamina.

—Hijo de puta —siseó Maude—. El muy cabrón se fue a la clínica hace una hora.

—Eso no importa, abuela —repuso Flora—. Es lo que tiene el abuelo: que siempre desea algo. —Clavó la mirada en Charlie—. Todo el mundo tiene un precio. Puede ser metanfetamina, o galletitas, o un acceso a la carretera. Lo único que tienes que hacer es colgarlo

delante de ellos y saltarán tan alto como les digas.

Charlie encajó la indirecta. Su precio había sido cero, ni más ni menos.

—He intentado facilitar las cosas —continuó Flora—. Fui sincera cuando le dije que no quería meter en líos a mis abuelos. Pero necesito el dinero ahora, no dentro de dos años. Y menos aún mientras espero a que mi abuelo se desintoxique. Este pueblo está a punto de despegar. Está viniendo cada vez más gente de Atlanta. Un día de estos autorizarán las licorerías. La economía está en auge. Es el mejor momento para comprar.

Charlie dijo:

—Resultas muy convincente. Si no fuera porque te has convertido en una traficante de drogas.

—Tres millones de dólares —repuso Flora—. Fue la cantidad que quedó en el fideicomiso después de pagar a los abogados. La última vez que miré, quedaban menos de novecientos mil. Invertirlos en terrenos es la única inversión lógica. Las tierras nunca pierden valor.

—Tu madre no habría querido que las cosas fueran así —dijo Charlie.

—Usted no conocía a mi madre.

—No, pero sé cómo son las madres. Mi madre me quiso hasta su último aliento, Flora. Hasta su último aliento. Tú estabas con la tuya cuando murió, igual que yo. Sé que ella te quería igual. Quería que hicieras cosas buenas.

—Quería que sobreviviera —replicó Flora—. Eso fue

lo que me dijo con su último aliento, justo antes de que ese tráiler le arrancara la cabeza. Me estaba gritando, diciéndome que saliera de este sitio de mierda y que hiciera algo con mi vida, y que daba igual a quien tuviera que pisar para conseguirlo. Y eso no puede hacerse con novecientos mil dólares.

—Sí se puede, si no conduces un Porsche de cincuenta mil.

—Costó sesenta y ocho mil —respondió Flora—. Y fue un leasing, porque así se pagan menos impuestos. Conducir un buen coche es esencial si una quiere hacer negocios. Tienes que aparentar. El éxito engendra éxito.

—Vendes metanfetamina a críos. Has enganchado a tu propio abuelo...

Charlie se quedó sin palabras. Decirle a aquella bruja calculadora que estaba haciendo daño a otras personas era una inmensa pérdida de tiempo. Flora ya lo sabía. Era parte de la diversión.

Charlie tenía las llaves del coche en la mano.

—No vuelvas a intentar ponerte en contacto conmigo. Ni siquiera pienses en pedirme ayuda. Ni a mí, ni a mi padre. No quiero volver a verte.

—No se preocupe por mí, señorita Quinn. Ya se me ocurrirá algo.

—Apuesto a que sí. —Quería marcharse, pero no podía dejar las cosas así. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan furiosa, tan utilizada—. Estaba preocupada de verdad por ti. Me he pasado todo el día devanándome los sesos,

pensando en cómo podía ayudarte.

—Y me ha ayudado. Me ha sacado de este lío. Y tenía razón sobre eso de dejarles hablar a ellos. Sus preguntas me han aclarado muchas cosas.

—¿Qué te han aclarado?

—Que en realidad no tienen nada contra mí. Que, si llega el caso, mi abuelo y Oliver cargarán con las culpas, como era mi intención. Que puedo aflojar un poco el ritmo durante una temporada, esperar a que el señor Coin pierda interés y empezar de nuevo cuando me parezca oportuno. —Se encogió de hombros—. Como le decía, a mí me da igual vender una cosa u otra. La gente siempre quiere algo y, si estás dispuesta a dárselo, obtienes beneficios.

—Eres increíble.

—Y usted es una buena persona, señorita Quinn. No permita que nadie le diga lo contrario. —Sonrió enseñando los dientes—. Es honrada y justa. Amable y servicial. Considerada y...

—Cállate de una puta vez.

Charlie se dirigió a su coche. Temía acabar agrediendo a una menor, pero no iba a permitir que una traficante de quince años la humillara sirviéndose del juramento de las *scouts*.

7

Estaba sentada a la mesa de la cocina, con un rollo de canela que había sobrado y un *ginger-ale*. No sabía qué le hacía más falta para aplacar su malestar de estómago. Y tampoco importaba: estaba tan agotada que ni siquiera podía alargar el brazo. Solo tenía fuerzas para quedarse sentada en la silla, mirando distraídamente el salero y el pimentero que había sobre la mesa.

Los había comprado Ben cuando se fueron a vivir juntos. Uno tenía forma de Pepe el Zorrillo y el otro de Penélope la Gata.

—¿Lo pillas? —había preguntado Ben—. Pepe, por pimienta.

Dejó que sus ojos se posaran en el reloj de la pared. Ben llegaba tarde del trabajo. Esa noche estaba de guardia. Los ayudantes del fiscal del distrito se turnaban para atender los casos que llegaban fuera del horario de oficina. Solía llamarla para decirle que iba a llegar tarde. Tal vez por eso había sonado su teléfono frente al restaurante.

Hizo un esfuerzo por levantarse. Salía más barato escuchar los mensajes a través del fijo. Encontró el teléfono inalámbrico junto a la nevera, donde lo había dejado esa tarde. Las teclas todavía estaban manchadas de polvillo de Doritos. Oyó sonar su móvil en el bolso y en su oído. Introdujo la clave para escuchar los mensajes de

su buzón de voz.

«Hola, cariño», decía Ben en uno de ellos. «¿Has visto esa llamada de la Visa? Esta mañana nos han pirateado el número de la tarjeta. Alguien se ha gastado una burrada de dinero en el Spenser's. ¿Te puedes creer que ese sitio siga abierto?».

Charlie colgó el teléfono.

El aseo de la YWCA. El contenido de su bolso desparramado por el suelo.

Flora debía de haber copiado el número de su tarjeta de crédito antes de volver a dejarla en la cartera.

—Dios. —Se dejó caer de nuevo en la silla.

¿Qué demonios le había pasado hoy?

A los trece años, dejó de confiar en la gente. No podía una ver morir asesinada a su madre sin convertirse en una escéptica. Y sin embargo Florabama Faulkner se las había arreglado de algún modo para engañarla. Estaba claro que se le daba bien manipular a la gente. Maude también se había dejado engatusar por la cría, o al menos había pasado muchas cosas por alto. Ken Coin, en cambio, parecía haberla calado desde el principio.

Lo cual era un fastidio por muchos motivos.

¿Tan crédula era? ¿O es que Flora era una maestra de la manipulación?

El coche de Ben entró en el garaje. Llevaba el volumen de la radio tan alto que Charlie oyó claramente a Bruce Springsteen cantando a Filadelfia. Al menos, todo lo claramente que podía cantar Bruce Springsteen.

Cerró los ojos. Oyó cómo se abría y se cerraba la puerta del coche, cómo se abría y se cerraba la de la cocina. No abrió los ojos hasta que las llaves de su marido tintinearón en el gancho, junto a las suyas.

—Hola, cariño. —Ben la besó en la coronilla y se sentó a la mesa, frente a ella—. Me he enterado de que has estado en la comisaría.

—¿Te han dicho por qué?

—El jefe no ha soltado prenda, y me ha extrañado. Pero me figuro que habrá sido por lo de esos apartamentos.

Ella hizo un gesto afirmativo, sabedora de que no podía entrar en detalles. Flora era una psicópata en potencia, pero ella no podía quebrantar el juramento de silencio que la unía a ella como abogada. Aunque la chica se lo mereciera.

—Coin parecía cabreado cuando volvió de comisaría —comentó su marido—, así que imagino que hiciste un buen trabajo. —Cogió el rollo de canela y le dio un mordisco. Observó a Charlie mientras masticaba—. Creía que habíamos quedado en que no te pasarías por esos apartamentos porque son peligrosos.

—Siento haberte mentido.

—Sabía que me estabas mintiendo, pero tenía que dejar constancia de mis objeciones para poder decirte luego «ya te lo avisé».

—Adelante, tienes todo el derecho a hacerlo.

—Ya te lo avisé. —Le ofreció el resto del bollo. Ella negó con la cabeza—. ¿Puedes decirme qué pasa? —

preguntó Ben—. Sin entrar en pormenores, solo a grandes rasgos.

—Yo... —Charlie se detuvo. Estaba mentalmente demasiado agotada para hacer los malabarismos que requería contarle algo sin contárselo todo—. ¿Tú crees que Belinda y Ryan son felices?

—Santo cielo, no.

—¿Por los niños? ¿Por la niña y por el que viene de camino, quiero decir?

Ben arrugó la frente.

—No creo que sea por eso. En realidad, tuvieron hijos porque pensaban que así se arreglaría su matrimonio, ¿no?

—¿Eso te lo ha dicho Ryan?

Ben hizo una mueca cómica.

—Yo no te he dicho nada.

—¿Le culpas a él de su infelicidad? —preguntó ella—. Porque Belinda se pone insoportable a veces. Yo la quiero mucho, pero...

—Eso no es justo. —Ben dejó el rollo de canela—. Belinda no ha cambiado tanto. Ryan sabía en lo que se estaba metiendo. Si la cosa no funcionaba, debería habérselo dicho y haberle dado la oportunidad de arreglar las cosas. Y viceversa. Hay que esforzarse por solucionar los problemas, no arremeter contra el otro y tratar de ganar a toda costa.

—Ya es demasiado tarde para eso. Están atados el uno al otro. Por lo menos, Belinda lo está —añadió ella—.

Dice que todo cambia cuando tienes hijos. Que estás atrapada. Que tu marido no te trata igual que antes, que te mira de otro modo.

—Bueno... —Ben pareció incrédulo, aunque sin duda pensaba que se trataba de una conversación filosófica: sabía que Charlie se tomaba religiosamente sus píldoras anticonceptivas—. Yo antes creía que Ryan era un machote porque había ido a la guerra y todo eso, pero la verdad es que un hombre como es debido no trata así a su mujer. Ni a sus hijos.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre la está humillando. Tú lo viste el fin de semana pasado. Estaba su hija delante y se puso a gritar a Belinda como si fuera una descerebrada.

Charlie se acordaba. Belinda se había quedado sentada mientras Ryan la humillaba públicamente. A pesar de lo que decía, nunca le plantaba cara. Quizá porque Ryan llevaba mucho tiempo humillándola.

—Entiendo que uno tenga problemas —continuó Ben—. Todo el mundo los tiene. Pero no puedes hablar así delante de tus hijos. Sobre todo tratándose de una niña, porque lo que le estás transmitiendo es que no pasa nada porque los hombres traten así a las mujeres, y no es verdad.

A Charlie le dieron ganas de lanzarse en sus brazos y besarle.

—¿Sabe qué te digo? —añadió él—, que no es verdad. Da lo mismo que sea un niño. Aprenderá de su padre que

no pasa nada porque los chicos humillen a las mujeres. — Se levantó y fue a buscar una cerveza a la nevera—. Además, si Ryan le habla así en público, imagínate cómo la trata cuando están en casa.

Charlie le vio abrir una botella. Ben nunca le había gritado. A veces levantaba la voz, pero nunca gritaba, y menos a ella. Incluso cuando se peleaban (lo cual no pasaba muy a menudo, pero pasaba), no intentaba imponerse a toda costa. Dejaba clara su opinión. Le decía que se equivocaba, o que estaba siendo poco razonable, o que estaba loca, y ella le contestaba lo mismo, y así seguían hasta que acababan haciendo el amor o viendo una película.

—No sabía que tuvieras un criterio tan claro al respecto —comentó.

—Digamos que mi padre era el ejemplo perfecto de cómo no debe uno tratar a su mujer y a sus hijos.

Al igual que Belinda, Ben quería hacer las cosas de otro modo. Charlie se dijo que su marido tenía muchas más posibilidades de conseguirlo que su amiga.

—Hoy he tenido una clienta —dijo—. No puedo decirte su nombre.

Ben escuchó mientras se bebía la cerveza.

—Es una adolescente, pero me la ha jugado. Y a lo grande, además. No me engañaban así desde que mi hermana me convenció de que nuestro vecino de enfrente trabajaba para la CIA.

—¿Para la CIA? ¿Por qué? ¿Tenía algún vínculo con

Rusia?

—Concéntrate, cielo.

Su marido esperó.

—Tratar con esa chica ha hecho que me pregunte qué clase de madre sería.

Pensó en la cajita blanca que tenía en el bolso. Se había ceñido al plan, más o menos: antes de volver a casa, se había pasado por la farmacia y había comprado la prueba de embarazo. Había hecho pis en un aseo público mugriento. Y entonces se había puesto tan nerviosa que había vuelto a guardar el chisme en la caja antes de que apareciera el signo de más o el de menos.

—Seguramente es una psicópata en toda regla — prosiguió—, pero me creí cada palabra que salió de su boca. Me manipuló como a una marioneta. Y eso ha hecho que me pregunte, si una cría desconocida puede engañarme así, ¿qué pasará cuando se trate de mi propia hija?

—Pues que seguramente será aún peor. —Ben volvió a sentarse a la mesa—. Piensa en cuántos padres vemos en nuestro trabajo que te dicen «Mi hijo no, imposible». Puedes enseñarles grabaciones de su hijo robando una bici y desguazándola, que te dicen «Seguro que la confundió con la suya» o «Alguien le habrá engañado para que lo haga». Sus cerebros buscan automáticamente una explicación alternativa. No pueden aceptar que sus niños puedan hacer algo malo. ¡Pero si hasta los tipos que están en el corredor de la muerte reciben la visita de sus

madres! Nunca los dan por perdidos. Supongo que así son las cosas. Nunca se rinden. —Ben sonrió—. Así que, si ese es el requisito fundamental, que nunca te rindes, creo que, teniendo en cuenta tu trayectoria, estás perfectamente capacitada para ser madre.

Charlie cogió su mano. Una hora antes, Ken Coin había utilizado un argumento parecido para decirle que era una idiota. Ahora, en cambio, su marido, aquel hombre maravilloso, lo estaba usando para demostrarle que sería una madre estupenda.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Estás preparado?

—¿Yo? —Se echó a reír—. Yo era el mayor pardillo de mi instituto y ahora estoy casado con una mujer despampanante.

—¿Ese es tu baremo para saber si puedes ser un buen padre?

—Cariño, si un tío como yo puede conseguir a una mujer como tú, puede hacer cualquier cosa.

Charlie no pudo seguirle la broma.

—¿Y si se me da fatal?

—A ti no hay nada que se te dé mal. —Le apretó la mano—. Eres perfecta.

—El viernes no pensabas lo mismo.

—Vale. Salvo el viernes, que te pusiste insoportable, eres perfecta. —Le apretó otra vez la mano—. Pero ¿por qué te preocupa eso ahora? ¿Porque Belinda y Ryan son el peor ejemplo del mundo?

—Supongo.

—Tenemos un montón de amigos que son buenos padres. O que al menos intentan serlo.

Era cierto. Entonces ¿por qué había pasado tanto tiempo pensando en sus amigos más infelices, en vez de pensar en los que gozaban de una vida feliz?

—Por eso te necesito —dijo—. Para que me recuerdes que hay cosas buenas en el mundo.

Ben estiró el brazo y le acarició el pelo.

—Si alguna vez tenemos hijos, no puedo prometerte que no vaya a cometer errores, pero me esforzaré todo lo que pueda, que es lo único que puede hacer uno, de todos modos. Solo con estar ahí ya tienes la mitad de la batalla ganada.

Charlie se enjugó los ojos.

—¿Qué ocurre, cariño? Estás muy rara desde esta mañana.

Ella sintió que le temblaba el labio. Llevaba todo el día evitando decirlo en voz alta, pero había llegado el momento de hacerlo. Aunque el test diera negativo, estaba segura de que estaban preparados para acoger a un nuevo miembro de la familia. Ben era su alma gemela. Era el amor de su vida. Quería verle convertido en el padre de sus hijos. Quería ser una de esas mamás bobaliconas que se empeñaban en que su bebé no mordiera a sus amiguitos, o en que no tirara un ladrillo por la ventana, o en que no traficara con metanfetamina (pero, por favor, Dios mío, que no llegara ese caso).

—Cariño —dijo Ben—, estás llorando.

Charlie se secó los ojos. No solo estaba llorando: estaba a punto de ponerse a hipar. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había llorado así delante de su marido, y normalmente siempre era porque los Blue Devils sufrían una derrota aplastante en la cancha de baloncesto.

—¿Charlie? —Ben se acuclilló a su lado—. ¿Estás bien?

No, no estaba bien. Estaba llorando a moco tendido. Le picaban los ojos. Le moqueaba la nariz.

—¿Quieres un pañuelo? —preguntó él.

—Hay un paquete en mi bolso.

Él se levantó para coger el bolso, que estaba al lado de la puerta.

A Charlie le dio un vuelco el corazón.

La cajita blanca.

Su plan, viniéndose abajo.

No era así como pensaba decírselo, pero así era como iba a ocurrir. Ella estaba llorando y él abriría su bolso y vería la prueba de embarazo y entonces la miraría y...

Sonó el teléfono.

Charlie dio un brinco tan repentino que estuvo a punto de caerse de la silla.

Ben le pasó el bolso y se acercó al teléfono.

—¿Diga?

Ella cerró los ojos y escuchó.

—¿Cuándo? —preguntó Ben, y luego añadió—: ¿Cuántos? —Y por último—: De acuerdo.

Cortó la llamada.

Ella abrió los ojos.

Ben había dejado el teléfono sobre la encimera, pero seguía con la mano apoyada sobre el aparato como si necesitara agarrarse a algo.

Charlie dedujo por su semblante que le había tocado un caso de asesinato. Lo que significaba que era el peor momento posible para darle la noticia.

—¿Tienes que irte? —preguntó.

—Tengo que esperar a que los bomberos aseguren la zona. Todavía no disponen de información suficiente. — Ben volvió a sentarse y la agarró de la mano—. Son esos apartamentos de bloques de cemento.

Charlie sintió que se le paraba el corazón.

—Solo son de bloques de cemento por fuera. El resto es madera —añadió su marido.

—¿Qué quieres decir?

—Ha habido un incendio —contestó él—. Se ha quemado todo el edificio. Han muerto seis personas.

Charlie se llevó la mano a la boca. Flora. Maude. Leroy.

—Han pillado a un chaval, un tal Oliver Reynolds, abandonando el lugar de los hechos. Conducía la furgoneta que andaban buscando. La policía ha encontrado en ella una botella que parece idéntica a la que arrojaron por una de las ventanas del edificio.

Charlie sintió que todos los músculos de su cuerpo se agarrotaban.

—¿Una botella?

—Sí, hay un testigo, una mujer. Estaba fuera, fumando en las mesas de pícnic cuando vio llegar a Oliver con la furgoneta. Vio al chico encender un trapo metido en una botella llena de gasolina y arrojarla dentro de unos apartamentos de la planta baja. Es lo que llaman...

—Un cóctel molotov. —Charlie le había hablado a Flora de aquel artefacto incendiario menos de tres horas antes—. ¿Cómo se llama la testigo?

—Como te decía, todavía no se conocen todos los datos. No me han dicho el nombre, pero es la novia, o la exnovia, del chaval. Creen que ha sido una riña de novios. La chica no paraba de hablar de esa película...

—*Más allá del amor.*

—Sí —dijo Ben, pero no le formuló la pregunta obvia: ¿cómo lo sabía ella?

—Dios mío.

Se tapó la boca con las manos. Estaba demasiado asustada para hablar. La testigo tenía que ser Flora. Seguramente era ella quien le había dicho a Oliver que arrojara la botella por la ventana, y quien había llamado a la policía para que sorprendiera a Oliver con las manos en la masa.

Y después les había dicho lo mismo que le dijo a ella sobre el incendio en casa de su familia: que era igual que en *Más allá del amor*.

—¿Quién estaba en el apartamento en el que arrojaron el cóctel molotov? —preguntó.

—Los abuelos de la testigo. Murieron casi en el acto. No sé sus nombres.

Ella sí los sabía, pero no podía decírselo a Ben porque había jurado proteger a su clienta.

Su clienta, que ahora era libre de emanciparse.

Cuyos abuelos se habían quemado vivos en su propia casa.

Cuyo novio iba a ir a prisión por asesinato e incendio provocado.

Los padres de cuya mejor amiga iban a perder su casa.

Que había descubierto cómo neutralizar una investigación policial.

Que iba a ganar millones de dólares mediante una operación inmobiliaria.

Que había llegado al corazón de Charlie hablándole del bienestar que produce apoyar la cabeza en el regazo de tu madre.

Cerró los ojos.

Pensó en la mano acariciadora de su madre cuando le tocaba el cabello. En su voz tranquilizadora. En sus palabras de ternura. En su razonamiento lógico, según el cual las cosas siempre siempre mejoraban, por muy mal que se pusieran. En el caliente bofetón de la sangre cuando se accionó el gatillo de la escopeta.

Abrió los ojos.

Por suerte, eso no se lo había contado a Flora.

«No se preocupe por mí, señorita Quinn. Ya se me ocurrirá algo».

—¿Charlie? —Ben la miraba preocupado—. ¿Ese incendio tiene algo que ver con lo que te ha pasado hoy?

Ella asintió con un gesto. Estaba llorando otra vez, aunque no de emoción, sino de desaliento.

¿Hasta qué punto era cómplice de las muertes de Maude y Leroy Faulkner? Oliver ya tenía antecedentes. Iría a prisión para el resto de su vida. Flora no solo había logrado liberarse, sino que había acabado de una vez por todas con el caso de tráfico de drogas. Cualquier abogado medianamente capaz podría persuadir a un jurado de que la pobre chica era una víctima de sus abuelos, los traficantes, y de su novio el pirómano.

Y ella prácticamente le había escrito un guion sobre cómo hacerlo.

—Charlie. —Ben la besó en la coronilla—. ¿Qué ocurre?

—Soy una persona despreciable.

—Venga, no digas eso.

—Lo soy —sollozó. ¿Cómo había podido estar tan ciega?—. Y voy a ser una madre horrible.

—No voy a permitir que hables así. —Ben la hizo apartar las manos de su cara—. Escúchame, Charlie. Sé que no puedes contarme lo que ha pasado, pero estoy aquí. Siempre estoy aquí. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos. Tú y yo. Siempre.

—¿Me lo prometes?

—Claro que te lo prometo. —Le apretó las manos—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Ella besó sus manos y pensó en lo que tal vez estuviera creciendo dentro de su vientre —. Hasta mi último aliento.

Otra frase manida pero cierta.

Ben le dedicó una sonrisa azorada y le secó las lágrimas de los ojos.

—Falta al menos una hora para que tenga que marcharme. ¿Qué quieres cenar?

Charlie meneó la cabeza. No podía pensar en comer.

—Vale, elige el chef. —Él se incorporó y se acercó a la nevera—. ¿Pollo? Umm... Aunque la verdad es que no tiene muy buena pinta.

Charlie metió la mano en su bolso. Encontró la caja de cartón blanco.

—Podría hacer un asado —prosiguió su marido—, pero no sé qué verduras ponerle. O puedo hacer espaguetis. Ah, y todavía hay un poco de lo que pedimos al General Ho's. ¿Quieres...?

—¿Ben?

Él miró hacia atrás.

—¿Sí?

—Estoy embarazada.

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[8 de junio de 2004](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[8 de junio de 2004](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)